ARIEL ÁLVAREZ VALDÉS

¿Estuvo casado Jesús?

...Y otras 19 preguntas sobre la Biblia

evd

ARIEL ÁLVAREZ VALDÉS

¿Estuvo casado Jesús?

...Y otras 19 preguntas sobre la Biblia

evd

Ariel Álvarez Valdés

¿Estuvo casado Jesús?

...Y otras 19 preguntas sobre la Biblia

evd

Índice

Presentación

1. ¿CUÁNTO TIEMPO DURÓ EL DILUVIO UNIVERSAL?

2. ¿CUÁNTAS FUERON LAS PLAGAS DE EGIPTO?

3. ¿CÓMO NACIÓ LA FIESTA DE PASCUA?

4. ¿POR QUÉ DAVID BAILÓ DESNUDO ANTE EL ARCA DE YAHVÉ?

5. ¿POR QUÉ EL LIBRO DE ESTER CASI QUEDA FUERA DE LA BIBLIA?

6. ¿POR QUÉ EL LIBRO DE JUDIT NO ENTRÓ EN LA BIBLIA PROTESTANTE?

7. ¿POR QUÉ EL PROFETA EZEQUIEL TUVO QUE COMERSE UN LIBRO?

8. ¿SE CUMPLIERON SIEMPRE LAS PROFECÍAS DE LOS PROFETAS?

9. ¿JeSÚS ERA NAZARENO O BELENITA?

10. ¿ESTUVO CASADO JESÚS?

11. ¿POR QUÉ SAN JUAN NO CUENTA LOS EXORCISMOS DE JESÚS?

12. ¿POR QUÉ EXPULSÓ JESÚS A LOS VENDEDORES DEL TEMPLO?

13. ¿QUIÉN ERA BARRABÁS?

14. ¿QUIÉNES DESCUBRIERON LA TUMBA VACÍA DE JESÚS?

15. ¿POR QUÉ SE PELEARON SAN PEDRO Y SAN PABLO?

16. ¿DE DÓNDE TOMARON SUS EVANGELIOS MATEO Y LUCAS?

17. ¿SE DESCUBRIÓ UN EVANGELIO CON PALABRAS SECRETAS DE JESÚS?

18. ¿CUÁL ES EL ÚLTIMO LIBRO DE LA BIBLIA?

19. ¿CUÁL FUE LA PRIMERA TRADUCCIÓN DE LA BIBLIA?

20. ¿QUIÉN REUNIÓ LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO?

Créditos

Presentación

Una mañana me encontraba dictando un curso sobre los géneros literarios de la Biblia, en un instituto al que me había invitado un profesor amigo. Al finalizar se me acercó un señor, y con una mirada de alivio me dijo: «No sabe cuánta paz me da el haber escuchado su conferencia». Intrigado, le pregunté qué es lo que le había gustado tanto. Y con aire cómplice me respondió: «Mire, yo siempre había pensado que el relato del arca de Noé y el diluvio universal eran un episodio histórico; pero había algo que me perturbaba, y nunca me había animado a preguntar por no ser irrespetuoso; y era el hecho de que, según el libro del Génesis, cuando terminó de llover y Noé quiso averiguar si habían descendido las aguas, soltó varias veces una paloma, hasta que esta no regresó, indicando que las aguas se habían secado. Ahora bien, si la paloma no volvió más, ¿con quién se reprodujo el palomo que había quedado en el arca?».

Hizo una pausa, y añadió: «Yo tenía la sensación de que con la Biblia me pasaba algo raro, porque me sentía obligado a creer en hechos que no me convencían. Ahora, al oírlo a usted decir que el episodio de Noé no es más que un relato didáctico, con el que el autor pretendía solo transmitir una enseñanza a sus lectores, y que no es necesario tomarlo como un suceso histórico, me siento reconciliado con la Palabra de Dios».

Quedé profundamente consternado con aquella conversación. No solo al ver que alguien se había sentido turbado por ese detalle del texto bíblico, sino sobre todo porque aquel buen hombre, en tantos años, nunca se había atrevido a plantear su duda por temor a faltarle al respeto a la Biblia.

Desde entonces me he preguntado cuánta gente hay preocupada porque, al leer ciertos pasajes de las Sagradas Escrituras, cree que debe aceptarlos tal como suenan, aun cuando parezcan ilógicos. Incluso a veces he escuchado a gente

decir que, cuanto más irrazonable es lo que se cree, mayor es la fe del creyente.

Pero si hay algo que hemos entendido últimamente es que la razón y la fe no tienen por qué contradecirse. Las dos vienen de Dios y deben coincidir en lo que enseñan, aunque lo hagan desde distintos ángulos. Es verdad que las verdades sobre Dios a veces superan la capacidad de comprensión humana, pero aun así tienen que ser lógicas y coherentes. Dios no puede haber hecho al hombre racional e inteligente, y luego pedirle que acepte como verdades ciertas ideas absurdas o ilógicas.

Precisamente una de las características de los estudios bíblicos modernos es que tratan de ser respetuosos con la obligación de no inhibir la mente humana. A la vez que buscan ser fieles al mensaje original, procuran conservar el buen uso de las facultades intelectuales. Si el hombre posee una inteligencia, tiene la obligación de desarrollarla, de aprender a pensar, a cuestionarse y a intentar llegar al fondo de las verdades, para después poder actuar con más coherencia en la vida de fe.

Este libro es el cuarto tomo de una colección con preguntas sobre la Biblia. Contiene veinte interrogantes, todos ellos destinados a lograr que el lector no tenga miedo de interpelar al texto sagrado. Y sobre todo a que comprenda que, cuantas más dudas le plantee, en mejores condiciones estará de entenderlo en profundidad.

Las preguntas que aquí se incluyen procuran mostrar que la razón no es enemiga de la fe, sino una herramienta óptima para ayudar a profundizarla. Contando con ella, estaremos empleando todas las cualidades que Dios nos brindó, y podremos desarrollar un estudio bíblico más adecuado y confiable para el hombre de hoy. Las cuestiones de este libro ya fueron tratadas y analizadas por otros exegetas, pero aquí se exponen de manera sencilla, simple y comprensible para los no especialistas, a fin de llenar el vacío divulgativo que existe en nuestro medio sobre estos temas, y establecer un puente entre las investigaciones de los

exegetas y el pueblo de Dios.

1

¿Cuánto tiempo duró el diluvio universal?

Sorpresa tras sorpresa

En la creencia popular está arraigado el dato de que el diluvio universal duró 40 días y 40 noches. Pero ¿eso dice la Biblia? El libro del Génesis efectivamente menciona, al principio, que el diluvio duró 40 días (Gn 7,4.12). Pero más adelante nos sorprende diciendo que «las aguas inundaron la tierra por espacio de 150 días» (Gn 7,24). Entonces «Dios se acordó de Noé y de los animales que estaban con él en el arca, y se cerraron las fuentes del abismo y las compuertas del cielo, y dejó de llover» (Gn 8,1-2). O sea que, según esto, la lluvia cesó... ¡después de 150 días! ¿Cuánto tiempo, entonces, estuvo lloviendo?

Esta no es la única contradicción del relato. Al hablar de los animales que Noé llevaba en el arca, el Génesis dice primero que se trató de una pareja de cada especie (Gn 6,19-20). Pero a continuación afirma que introdujo siete parejas de animales puros (es decir, que se podían comer) y una de animales impuros (es decir, no aptos para la comida) (Gn 7,2). Entonces ¿cuántas parejas había?

Tampoco está claro en qué consistió el diluvio universal. Primero dice que se trató de una lluvia torrencial (Gn 7,4); y después, que se debió a que las aguas subterráneas se mezclaron con las aguas de arriba y cubrieron todo el mundo (Gn 7,11; 8,2).

En cuanto a cómo supo Noé que el diluvio ha terminado, primero dice que lo averiguó enviando diversos pájaros fuera de la nave (Gn 8,6-12). Pero a

continuación afirma que fue Dios quien le avisó de que podía salir del arca (Gn 8,15-17).

¿Cómo puede esta narración contener tantas incoherencias?

Dos miradas sobre un hecho

Hoy los biblistas han resuelto el problema. En realidad, el Génesis no contiene una sino dos versiones entremezcladas del diluvio universal. En efecto, la historia del diluvio, tal como hoy está en Génesis 6–9, se compuso alrededor del año 400 a.C. Pero el autor, para escribirla, se basó en dos historias más antiguas.

¿De dónde habían salido esos dos relatos? El primero se había compuesto en el siglo VIII a.C. en Jerusalén. A su autor se lo suele llamar «el Yahvista». Este relato estaba lleno de detalles amenos y coloridos, y describía a Dios con rasgos más humanos que divinos.

El segundo se había redactado unos doscientos años después, en el siglo VI a.C., cuando el pueblo de Israel se hallaba cautivo en Babilonia. En esa época, de profunda crisis, un grupo de sacerdotes volvió a escribir algunos episodios de la historia de Israel, entre ellos el del diluvio. Este nuevo relato, a cuyo autor se le da el nombre de «Sacerdotal», tenía características diferentes. Era más cuidadoso y elaborado que el Yahvista. No se fijaba tanto en el hombre que sufría la inundación, sino en el Dios que la ocasionaba. Al mismo tiempo presentaba a Dios de manera más solemne, inaccesible, lejana, sin los rasgos humanos que tenía en la versión Yahvista.

Separando las aguas

El redactor final del año 400 a.C. tenía a mano estas dos exposiciones. ¿Cómo salvarlas? La manera que encontró fue fundiéndolas en una sola, y tratando de rescatar lo más importante de cada una. El resultado final fue el relato que hoy tenemos en la Biblia (Gn 6,5–9,17).

Pero a pesar del esfuerzo que puso en su obra, no quedó del todo bien. Por un lado, como ya vimos, porque se le filtraron algunas incoherencias, como la de la duración del diluvio (40 días siguiendo al Yahvista y 150 días siguiendo al Sacerdotal), o la de los animales cargados (7 parejas de cada especie según el Yahvista y una pareja de cada especie según el Sacerdotal).

Por otro lado, se le notan las repeticiones y dobletes. Por ejemplo, dice que dos veces Dios ve la maldad sobre la tierra (Gn 6,5 y 6,12), dos veces anuncia la destrucción de la humanidad (Gn 6,7 y 6,13), dos veces le ordena a Noé entrar al arca (Gn 6,18 y 7,1), dos veces Noé cumple las órdenes de Dios (6,22 y 7,5), dos veces hace subir a los animales (7,8-9 y 7,14), dos veces entra Noé al arca con su familia (Gn 7,7 y 7,13), dos veces comienza el diluvio (7,6 y 7,10), dos veces crecen las aguas (Gn 7,17 y 7,18), dos veces mueren todas las criaturas (Gn 7,21 y 7,23), dos veces termina el diluvio (8,2b-3a y 8,3b-5), dos veces Dios promete no volver a enviar un diluvio (Gn 8,21 y 9,11).

Si ahora hacemos una lectura cuidadosa de la narración del diluvio, podremos visualizar las diferencias entre las dos versiones (la Yahvista y la Sacerdotal), ya que el redactor final respetó sus características.

El relato tiene cinco partes:

1) La corrupción de la humanidad (Gn 6,5-12).

2) La orden divina de construir el arca (Gn 6,13–7,5).

3) La catástrofe (Gn 7,6-24).

4) El fin del diluvio (Gn 8,1-19).

5) El nuevo orden mundial (Gn 8,20–9,17).

Analicemos cada una de ellas.

Cuando el mundo se extravía

En la primera parte, comienza el autor Yahvista:

Yahvé vio que todos los pensamientos del hombre eran malos. Entonces se arrepintió de haberlo creado, se indignó en su corazón y dijo: «Voy a exterminar de la tierra al hombre que he creado, y también a los animales, los reptiles y las aves, pues me arrepiento de haberlos hecho». Pero Noé le cayó en gracia a Yahvé (Gn 6,5-8).

A continuación, viene la versión Sacerdotal:

Esta es la historia de Noé. Noé fue el hombre más justo y perfecto de su tiempo, y caminaba con Dios. Pero la tierra estaba corrompida, llena de violencia, viciada, y todos los hombres se habían pervertido (Gn 6,9-12).

Desde el principio ambos relatos presentan el mal de diferente manera. Al Yahvista le interesa ante todo el hombre. Por eso hace un análisis psicológico del mal («los pensamientos del hombre eran malos»). En cambio para la versión Sacerdotal el mal no es un problema exclusivo del hombre, sino que existe una maldad cósmica («toda la tierra estaba corrompida, viciada»), en la que no tiene que ver solo el individuo sino la creación entera.

El Yahvista describe a un Dios con sentimientos demasiado humanos, reconociendo que se equivocó en su creación («se indignó, se arrepintió»). El Sacerdotal, en cambio, no revela los sentimientos divinos. Solo afirma que comprobó el mal que había en la tierra.

Para el Yahvista, Dios decide salvar a Noé porque «le cayó en gracia», es decir, gratis. Para el Sacerdotal, en cambio, Dios lo salva por los méritos que tenía («Noé era justo, perfecto, y caminaba con Dios»). Es decir, porque era un fiel cumplidor de la Ley divina, concepción propia de los sacerdotes.

Las normas de construcción

La segunda parte se inicia con la versión Sacerdotal. Dios le ordena a Noé construir un arca. Le explica de qué material fabricarla, con qué medidas hacerla y qué forma debía tener. Luego le cuenta que vendrá un diluvio, y que él debía

entrar en el arca con su familia, junto con una pareja de cada especie animal (Gn 6,13-22).

El arca debía tener tres secciones o tres pisos (Gn 6,16). ¿Por qué tan extraño armazón? Era un recuerdo del Templo de Jerusalén, cuya estructura tenía justamente tres secciones. El arca, pues, más que un barco era una especie de nuevo Templo donde (según la mentalidad Sacerdotal) la humanidad debía refugiarse si quería encontrar su salvación.

Luego sigue el relato Yahvista (Gn 7,1-5). No trae las medidas del arca, ni su forma. Solo dice, a diferencia del Sacerdotal, que Yahvé le ordena a Noé meter dentro siete parejas de animales puros y una de animales impuros. El redactor encontró las dos órdenes distintas de Dios, y al parecer, no sabiendo con cuál quedarse, prefirió conservar ambas sin importarle la evidente contradicción que resultaría en su texto.

Una prueba que atravesar

Seguimos con la segunda parte. Vimos que en la versión Sacerdotal Dios le contaba a Noé, antes de que construyera el arca, por qué debía hacerla: porque iba a venir un diluvio. En cambio en el relato Yahvista Dios le ordena construir el arca... ¡sin avisarle del diluvio! Podemos imaginar al pobre Noé (según la versión Yahvista) construyendo un enorme barco, en medio del desierto, ante la burla de vecinos y amigos, sin poder dar ninguna explicación, más allá de: «Yahvé me lo ha ordenado». Solo cuando ha terminado de cumplir sus órdenes, recién entonces Dios le avisa lo que va a ocurrir: «Porque haré llover sobre la tierra, y exterminaré a todos los seres que hice» (Gn 7,1-5).

Esta es una idea constante en los relatos de la tradición Yahvista: Dios da una

orden, aparentemente absurda; si el hombre obedece, se salva. Si desobedece, se destruye. Es la salvación que viene de la fe. Ahora sí, Noé se ha convertido en un hombre justo, porque ha superado la prueba de la fe. Para la tradición Sacerdotal, en cambio, Noé ya era justo antes, y por eso Dios lo había elegido.

Cuando se juntan las aguas

En la tercera parte (la descripción del diluvio), aunque las dos versiones están bastante bien entremezcladas, aún pueden distinguirse sus características diversas.

La sección del Yahvista (Gn 7,7-10.12.16b.17.22-23) está llena de delicadezas. Por ejemplo, Dios le concede a Noé un margen de siete días para hacer entrar los animales. Además, Dios mismo es quien cierra amorosamente la puerta del arca. Y el diluvio no es presentado como un cataclismo universal, sino solo como una fuerte lluvia de larga duración: 40 días con sus noches (Gn 7,12). Incluso cuando las aguas crecen, estas levantan la nave y la mantienen en alto, como si Dios quisiera acunar en sus brazos a los asustados habitantes del barco. El diluvio está narrado, pues, con un respeto reverencial.

En cambio la descripción Sacerdotal es más fría (Gn 7,6.11.13-16a.18-21.24). Todo ocurre a las apuradas, en un solo día, y no en una semana como decía el Yahvista. En cuanto al diluvio, no se trata ya de una simple lluvia, sino que «saltaron todas las fuentes del gran abismo, y las compuertas del cielo se abrieron» (Gn 7,11). Es decir, es un terrible cataclismo que azota el universo entero, en el que se juntan las aguas superiores del cielo con las inferiores de la tierra. El arca resulta, así, una pequeña barquilla solitaria y abandonada a merced del horroroso caos.

Como ya vimos, para la tradición Sacerdotal el pecado de la humanidad no era un simple hecho personal que hacía infeliz al pecador. Era un acontecimiento cósmico que implicaba la destrucción de la creación entera. Dios al principio del mundo había separado las aguas superiores de las aguas inferiores (Gn 1). Ahora, la perversión del hombre había dado marcha atrás con aquella obra, que queda completamente aniquilada.

La salida del barco

La cuarta parte (el fin del diluvio) también está contada de manera diversa por ambas tradiciones.

El relato Yahvista (Gn 8,2b.3a.6-12.13.b), más centrado en la persona de Noé, afirma que este, al no poder mirar por la cubierta si las aguas habían bajado, encontró una sabia solución: soltó por la ventana un cuervo, que estuvo yendo y viniendo porque no tenía dónde posarse. También soltó una paloma, que igualmente regresó. Siete días más tarde soltó de nuevo la paloma, que volvió con un ramo de olivo en el pico, pues las aguas habían menguado. Una semana después la soltó por tercera vez, y la paloma ya no volvió. Con este ingenioso sistema Noé supo que la tierra estaba seca y que los pasajeros podían salir del arca.

En cambio en la versión Sacerdotal es Dios quien le avisa a Noé de que ya puede salir del barco. Noé no tiene ninguna iniciativa (Gn 8,1-2a.3b-5.13a.14-19). Para el autor Sacerdotal todas las acciones parten siempre de Dios, que es quien dirige y domina todo. Noé es solo un débil y pequeño hombrecito, sometido a la poderosa y férrea voluntad divina.

Un Dios para el día y la noche

En la quinta parte (el nuevo orden mundial), los navegantes salen del arca. Otra vez tenemos dos versiones. Según el Yahvista (Gn 8,20-22), lo primero que hace Noé es construir un altar y sacrificar algunos animales para Dios. Así entendemos por qué, en esta versión, hacían falta siete parejas de animales. De haber llevado una sola, como en el Sacerdotal, no habrían podido reproducirse las especies sacrificadas. Por eso menciona el número 7, que además era un número altamente simbólico.

Luego afirma que a Dios le agradó el sacrificio y se comprometió a no volver a mandar un diluvio. La razón que da es: «porque el corazón humano tiene pensamientos malos desde su infancia» (Gn 8,21). ¡La misma razón que había llevado antes a Dios a mandar el diluvio (Gn 6,5) ahora lo lleva a no mandarlo nunca más! En toda la Biblia no existe un texto que muestre, de manera tan realista, los sentimientos contradictorios de Dios ante el pecado del hombre. Por un lado, lo ofende y provoca su ira; pero por otro le genera ternura y lo vuelve más amoroso y comprensivo.

Finalmente, para el Yahvista la señal de que Dios no volverá a destruir la tierra es que las leyes naturales no volverán a alterarse como ocurrió durante el diluvio (Gn 8,22). De esta forma, el signo del amor de Dios se encuentra en los ciclos regulares de la naturaleza: en el paso del invierno al verano, del día a la noche, es decir, en el transcurso de la vida. Ahí el hombre puede descubrir cuán cerca está la mano protectora de Dios. Es una de las ideas más optimistas y esperanzadoras de toda la Biblia.

El nuevo mundo Sacerdotal

En la versión Sacerdotal (Gn 9,1-17), Noé no le ofrece a Dios ningún sacrificio. Estos solo comenzarán cuando se construya el Templo de Jerusalén; no pueden

ofrecerse en cualquier lugar. En cambio es Dios quien le ofrece algo a Noé: una alianza. Es la primera alianza que Dios hace con alguien en la Biblia.

Como la creación había quedado destruida, Dios hace una nueva diciendo a Noé y a sus hijos: «Sean fecundos y multiplíquense» (Gn 9,1), las mismas palabras que les había dicho antes a Adán y Eva (Gn 1,28).

Además, si en la primera creación Dios había autorizado a Adán y Eva a comer solo frutas y verduras (Gn 1,29), ahora autoriza a comer carne (Gn 9,3). La nueva creación incluye una nueva dieta, quizás para mostrar el mayor poder que el hombre tiene sobre los animales, a quienes ha salvado.

También en esta versión Dios se compromete a no mandar más un diluvio. Pero la señal de su protección ahora no es el ciclo normal de las estaciones (como en el Yahvista), sino el arcoíris que aparece en el cielo (Gn 9,12). Significa que Dios ha cambiado el arco que empleaba en el Antiguo Testamento para castigar (Lam 2,4; Sal 18,14; Job 20,23) por el arco de la paz y la esperanza.

Todas las inspiraciones valen

La historia del diluvio universal, contada en el Génesis, es una mezcla de dos narraciones combinadas. La del autor Yahvista, más personal, espontánea, natural, y la del autor Sacerdotal, más institucionalizada, estructurada, formal. La primera, más laica. La segunda, más clerical. La primera, tendente a valorizar más lo humano. La segunda, acentuando más lo divino. Y el redactor final no tuvo dificultad en ensamblar ambos relatos, aparentemente tan contrastantes, para formar con ellos uno solo. De un modo magistral, se valió de dos inspiraciones diversas para dar vida a una de las historias más fascinantes y maravillosas de todos los tiempos.

Hoy entre los cristianos siguen existiendo estas dos tendencias, una más espontánea y humana, otra más estructurada y sacral. Las dos son valiosas, las dos son importantes, y las dos se necesitan. En la catequesis, en las parroquias, en los movimientos eclesiales, estas dos inspiraciones surgen permanentemente. A veces se enfrentan entre ellas, compiten y rivalizan, tratando de ahogar la una a la otra, o de imponerse una sobre la otra. Pero las dos son provechosas.

Sería espléndido aprender del viejo cronista bíblico, quien, en vez de fijarse en los detalles que diferenciaban cada postura, supo hallar lo mejor de ellas para unirlas y formar una historia en la que no se excluía a nadie, no se eliminaba lo diferente, ni se imponía una sola postura. Solo por esa enseñanza, el relato del diluvio merece figurar en la Biblia tal como está.

Para continuar la lectura

P. Grelot, Hombre, ¿quién eres?, Cuadernos bíblicos n.º 5, Editorial Verbo Divino, Estella 1987.

2

¿Cuántas fueron las plagas de Egipto?

¡Ahí viene la plaga!

Tiempo atrás, un periodista egipcio solicitó al gobierno de El Cairo que demandara al Estado de Israel por los daños y perjuicios que las diez plagas, provocadas por Moisés, habían causado en Egipto. Aparte de que difícilmente se encuentre un tribunal dispuesto a juzgar un suceso fechado hace más de tres mil años, y de que las plagas no fueron provocadas por Moisés sino por Dios (a quien correspondería demandar), los estudiosos hoy se preguntan si de verdad ocurrieron.

Según el libro del Éxodo, cuando los israelitas estaban esclavos en Egipto, se desencadenaron sobre el país diez plagas. Estas fueron: 1) el agua del Nilo convertida en sangre; 2) la invasión de ranas; 3) el ataque de mosquitos; 4) la irrupción de tábanos; 5) la muerte del ganado; 6) las úlceras en hombres y animales; 7) la caída de granizo que destruyó los cultivos; 8) la plaga de langostas que atacó la vegetación; 9) las tinieblas que oscurecieron el sol; 10) la muerte del primogénito de cada familia egipcia (Ex 7–11).

Las catástrofes terminaron doblegando al faraón, que finalmente permitió salir a los hebreos.

Hasta la primera mitad del siglo XX, este episodio era considerado un hecho histórico. Algunos lo explicaban diciendo que había sido una intervención milagrosa de Dios; otros, que fueron cataclismos naturales frecuentes en Egipto;

incluso de vez en cuando en la televisión pueden verse documentales que pretenden explicarlas a la luz de la ciencia moderna. Hoy, sin embargo, la lectura cuidadosa del texto nos muestra una serie de incoherencias que llevan a dudar de su veracidad.

Cuando la sangre llega al río

En primer lugar, llama la atención cómo los detalles de las plagas se van ampliando a medida que avanza la narración bíblica.

Un ejemplo lo tenemos en su número. ¿Cuántas fueron? Al comienzo del libro del Éxodo, Dios envía a Moisés a hablar con el faraón, y le dice que las plagas serán dos: el agua convertida en sangre y la muerte de los primogénitos (Ex 4,9.23). En un texto posterior, el Salmo 78, se dice que fueron siete (vv. 44-55). El Salmo 105 ya las eleva a ocho (vv. 28-36). Y en la narración final del Éxodo terminan siendo diez (Ex 7–11). ¿Cuántas fueron entonces?

Otro ejemplo de esta ampliación lo hallamos en la primera plaga. Al comienzo del relato se dice que solo el agua que Moisés saque del río y derrame en el suelo se convertirá en sangre (Ex 4,9). Más adelante es el Nilo entero el que se convierte en sangre (Ex 7,17). Finalmente, se afirma que «todas las aguas de Egipto, sus canales, sus ríos, sus lagunas y todos sus depósitos de agua, hasta la de las vasijas de madera y de piedra» se convirtieron en sangre (Ex 7,19). Para colmo los magos egipcios, para mostrar su poder, hicieron lo mismo que Moisés (Ex 7,22). ¿De dónde sacaron más agua?

Un tercer ejemplo lo vemos en lo que se propone Yahvé con las plagas. Con la primera, quiere que el faraón reconozca al Dios de los hebreos (Ex 7,17). En la segunda la exigencia es mayor: que reconozca que Yahvé es más poderoso que

todos los dioses del país de Egipto (Ex 8,6), lo cual es mucho pedir para un faraón egipcio. Al final, pretende que reconozca a Yahvé como el Dios más poderoso de toda la tierra (Ex 9,14). Entonces, ¿qué esperaba Dios del faraón?

El rey piadoso

En segundo lugar, llama la atención la cantidad de datos históricamente improbables.

Por ejemplo, varias veces se dice que, mientras el faraón se paseaba por la orilla del Nilo con sus guardias, se le acercó Moisés para advertirle de las plagas (Ex 7,15; 8,16; 9,13). Este faraón no era el que había conocido a Moisés desde niño, sino su sucesor (Ex 2,23). ¿Cómo permitieron los guardias que ese desconocido, representante sindical de una raza detestable de trabajadores, se le acercara para amenazarlo? ¿No era el faraón el dios de Egipto al que solo tenían acceso unos pocos funcionarios?

También leemos que, luego de la segunda plaga, el faraón pide a Aarón y a Moisés que recen por él a Yahvé (Ex 8,4), algo ciertamente inverosímil; si el faraón hubiera renunciado a creer que él era Dios se habría trastornado todo el sistema de gobierno egipcio, centrado en la divinidad de su gobernante.

Es igualmente improbable la seguidilla de conversiones que se producen a continuación: en la tercera plaga los magos egipcios reconocen el poder de Yahvé (Ex 8,15); en la séptima plaga el pueblo entero se convierte a Yahvé (Ex 9,20); en la octava plaga hasta los funcionarios egipcios aceptan a Yahvé y suplican al faraón que deje salir a los israelitas (Ex 10,7); y al final, el faraón mismo le pide humildemente perdón a Moisés (Ex 10,16-17).

Las tres muertes del ganado

En tercer lugar, llaman la atención las incoherencias internas del relato. Por ejemplo, en la quinta plaga se afirma que todo el ganado murió de peste (Ex 9,6). En la sexta plaga el ganado vuelve a morir, esta vez de úlcera (Ex 9,10). Y en la séptima muere nuevamente debido al granizo (Ex 9,19).

También la quinta plaga mata todos los caballos de Egipto (Ex 9,3). Pero cuando los hebreos huyen del país, el faraón y su ejército los persiguen... ¡a caballo! (Ex 14,9).

Lo mismo ocurre en la novena plaga. El faraón, harto de los desastres, llama a Moisés y le dice: «Apártate de mi vista; nunca más vuelvas a verme, porque el día que te presentes otra vez ante mí morirás». Moisés le contesta: «No volveré a verte nunca más» (Ex 10,28-29). Pero a continuación Moisés se presenta de nuevo ante el faraón y se da el lujo de amenazarlo con otra terrible plaga: la muerte de los primogénitos (Ex 11,4-8).

¿Cómo explicar estas anomalías? Los estudiosos han encontrado la solución afirmando que el relato de las plagas es un combinado de tres narraciones compuestas en épocas diversas, las cuales a su vez se remontan a una tradición oral.

Tratemos de desarrollar esta hipótesis.

Agrandando la memoria

Probablemente todo habría empezado con los recuerdos de un pequeño grupo de hebreos, que por alguna razón habían estado cautivos en Egipto y pudieron escapar gracias a alguna epidemia, causada quizás por la contaminación de las aguas del Nilo. La peste se abatió sobre las familias locales y sus niños, mientras que los hebreos se salvaron porque habitaban en una región diferente, llamada Goshén (mencionada en Ex 8,18). La confusión y el pánico provocados habrían sido los que les permitieron escapar hacia el desierto y alcanzar la ansiada liberación.

Estos recuerdos hicieron surgir una primera tradición que atribuía aquella salida al auxilio divino. En ella se incluía dos plagas, relacionadas con el suceso: la contaminación del agua y la muerte de los primogénitos. Son las dos plagas que aparecen mencionadas en el libro del Éxodo como si fueran únicas (Ex 4,9.23).

Años más tarde, aquella liberación se fue extendiendo a grupos más grandes, de manera que con el tiempo terminó atribuyéndose a todo el pueblo de Israel. Se pensó que todos los israelitas habían estado cautivos en Egipto, que todos habían sufrido la opresión, y que todos habían logrado escapar milagrosamente del poder del faraón.

Entonces el relato del éxodo se volvió central en la historia de Israel. ¿Por qué? Primero, porque por primera vez los hebreos aparecían unidos y actuando como un solo pueblo; era su origen como nación. Segundo, porque allí el Dios de Israel se mostraba más poderoso que los dioses egipcios. Y tercero, porque revelaba que el Dios hebreo quería a su pueblo libre de toda opresión extranjera.

Estas características llevaron a los hebreos a convertir aquella supuesta salida en la gesta fundacional de su historia, e hicieron que aquel supuesto éxodo nacional

cobrara enorme importancia.

Por un bastón milagroso

Con el tiempo, la leyenda de la milagrosa liberación de Egipto se puso por escrito en el reino del Norte, cuya capital era Samaria. Algunos exegetas suelen darle a esta versión el nombre de «Elohísta». Probablemente fue aquí donde se incorporó, como parte del éxodo, la figura conductora de Moisés, que en un principio no figuraba.

Ahora bien, en el reino del Norte los profetas gozaban de enorme prestigio y autoridad moral. Más que al rey o al sacerdote, era al profeta a quien la gente consideraba representante de Dios. Uno de ellos, llamado Eliseo, era famoso porque con su bastón obraba milagros (2 Re 4,29-31). Eso debió de haber influido en el relato del éxodo, ya que muestra a Moisés provocando las plagas no directamente, sino con un bastón.

Al parecer aquella versión escrita contenía solo cinco plagas, precisamente las que aparecen causadas con el bastón de Moisés. Son las que actualmente figuran como primera (el agua convertida en sangre: Ex 7,17), séptima (el granizo: Ex 9,22-23), octava (las langostas: Ex 10,12-13), novena (las tinieblas: Ex 10,21-22) y décima (la muerte de los primogénitos). Es cierto que esta última no menciona el bastón de Moisés; posiblemente porque, al ser la plaga más importante, el redactor final quiso mostrar a Yahvé provocándola en persona, y por eso eliminó el detalle del bastón de Moisés. Pero sabemos que pertenece a la versión Elohísta por el vocabulario y las características teológicas que contiene.

Para llegar a lo perfecto

Tiempo después en el reino del Sur, cuya capital era Jerusalén, se escribió una nueva versión del éxodo. Su autor es llamado el «Yahvista» por los estudiosos. Si bien este se basó en el relato Elohísta, le añadió dos plagas más, posiblemente para elevar su número a siete, la cifra simbólica de la perfección. Estas son las que hoy figuran como primera (el agua en sangre), segunda (las ranas), cuarta (los tábanos), quinta (muerte del ganado), séptima (el granizo), octava (las langostas) y décima (la muerte de los primogénitos).

Esta versión de siete plagas debió de ser sumamente popular, y seguramente circuló durante algún tiempo entre los israelitas, porque el Salmo 78, al hablar del éxodo, menciona esas siete plagas.

Luchando contra los magos

Hacia el siglo VI a.C., en los círculos sacerdotales judíos surgió un tercer relato del éxodo, llamado el relato «Sacerdotal». Como los sacerdotes judíos tenían preferencia por la figura de Aarón, el hermano sacerdote de Moisés, y no por Moisés, en esta versión era Aarón quien generaba las plagas y no Moisés. Además, Aarón no aparecía enfrentándose al faraón, como en las otras versiones, sino a los magos egipcios, que eran los sacerdotes de la época. La tradición Sacerdotal pretendía, así, describir estos sucesos como un enfrentamiento entre sacerdotes.

Esta versión contenía cinco plagas, igual que el relato Elohísta, aunque no coincidían totalmente. Son las cinco que aparecen provocadas por Aarón y no por Moisés (Ex 7,19-20; 8,1-2; 8,12-13), y en las que Aarón se enfrenta a los magos y no al faraón (Ex 7,22; 8,3; 8,14; 9,11). Concretamente: la primera (el agua en sangre), la segunda (las ranas), la tercera (los mosquitos), la sexta (las úlceras) y la décima (la muerte de los primogénitos).

Finalmente, hacia el año 400 a.C. un redactor decidió reunir las tres antiguas tradiciones en una sola, tratando de conservar la mayor cantidad de datos posibles de cada una. Compuso así una nueva narración, mucho más amplia. Las plagas, que en los primitivos relatos eran entre cinco y siete, ahora pasaron a ser diez.

A pesar del esfuerzo que puso, este redactor no pudo evitar que a su texto se le filtraran algunas contradicciones y discrepancias, como las que vimos del número de plagas (primero dos y después diez), de los lugares donde el agua se convierte en sangre, o de las exigencias que Dios le impuso al faraón.

Por cambiar el orden

El redactor final, al reunir los tres relatos en uno, cambió además el orden que las plagas tenían en sus respectivas versiones, lo cual produjo las incoherencias que antes señalamos.

En efecto, según el Salmo 78 (vv. 47-48) el antiguo orden de las plagas era: primero el granizo (séptima plaga) y después la peste (quinta plaga). El relato así tenía sentido, porque como durante el granizo no moría todo el ganado (Ex 9,20), dejaba un resto para que muriera de peste. Pero el redactor final no solo cambió ese orden, sino que, además, entre una y otra plaga agregó la de la úlcera, en la que también moría todo el ganado, dando como resultado final la narración incoherente que tenemos actualmente.

Pero al redactor final no le importó este desfase. Él colocó las plagas en ese orden porque seguía otro plan. Primero mencionó las cuatro más leves, que solo

causaban molestia (agua, ranas, mosquitos y tábanos). Luego, las cuatro más graves, con resultados destructores (peste, úlcera, granizo y langostas). Luego, la novena, con efectos terroríficos (tinieblas). Y al final, la muerte de los primogénitos, tan espantosa, que terminó dejando salir a los hebreos. Quiso, así, destacar la gradual pedagogía divina, que va mostrando poco a poco las consecuencias negativas que puede traer el rechazo a Dios.

Gracias a Dios, no era Dios

¿Supone el libro del Éxodo que estas plagas fueron de origen milagroso, en el sentido de que no tuvieron una causa natural? No necesariamente. En el Éxodo estas plagas siempre son designadas con la palabra hebrea mofét, que significa «prodigio» (Ex 7,9; 11,9). Y un prodigio significa algo fuera de lo común, extraordinario, pero no sobrenatural. No tenemos por qué afirmar más de lo que el texto dice. Pudo muy bien tratarse de hechos naturales, que a los israelitas les resultaron extraordinarios, y que por lo tanto les sirvieron de señales o de mensajes divinos, pero no tuvieron por qué ser intervenciones sobrenaturales como muchas veces se ha interpretado.

De todos modos, el relato de las plagas tal como lo tenemos en la Biblia no es un texto histórico en el sentido actual de la palabra, lo cual nos tranquiliza enormemente, ya que uno puede preguntarse si se justificaba que Dios mandara tal derroche de castigos y muertes a los habitantes de Egipto que, al fin y al cabo, eran tan hijos de Dios y objetos de su amor como los israelitas. El relato de las diez plagas no es la crónica histórica de un furioso castigo divino. Es una confesión de fe, en la que el autor sagrado quiso proclamar la superioridad de Yahvé, Dios de Israel, por encima de los dioses de los demás pueblos.

Actúa cuando lo ayudan

Para los israelitas, uno de los episodios más importantes de su historia fue el éxodo, junto con el de las plagas de Egipto. Porque les enseñaba, de modo incuestionable, que Dios intervino y sigue interviniendo en las cuestiones humanas y en los anhelos de la gente. No ciertamente de manera directa, como si él tuviera que solucionar todos los errores que cometen los hombres en el mundo. Pero sí interviene de modo indirecto, cada vez que uno escucha su palabra y se decide a llevarla a la práctica.

Muchos hoy, frente a las injusticias y el dolor que oprimen a media humanidad, se preguntan si Dios puede todavía actuar entre nosotros, si tiene poder para terciar en nuestros conflictos y ayudar a los que sufren. Solo puede actuar si cuenta con gente decidida, como Moisés y los israelitas, a cambiar ellos mismos la historia.

Es que Dios parece tener un proyecto para la humanidad. Consiste en que haya libertad, paz, justicia, bienestar e igualdad de oportunidades para todos los pueblos. La oposición a este proyecto acarrea inevitablemente calamidades. Quizás por eso hoy nos azotan tantas plagas. Porque, al igual que el faraón de Egipto, seguimos empecinados en oprimir y maltratar, cada uno a su manera, a nuestros hermanos más débiles. El día en que todos juntos busquemos una salida a tanta opresión, como lo hizo Moisés, ese día las plagas cesarán.

Para continuar la lectura

G. Auzou, De la Servidumbre al Servicio, Ediciones Fax, Madrid 1979.

3

¿Cómo nació la fiesta de Pascua?

Cenando a las apuradas

Según el libro del Éxodo, la fiesta de Pascua nació la noche en que los hebreos, que se hallaban cautivos en Egipto, lograron escapar del faraón y librarse de la esclavitud a la que estaban sometidos.

El Éxodo cuenta que esa noche Dios le enseñó a Moisés cómo celebrarla: cada familia debía tomar un cordero sin defecto, macho, menor de un año, y sacrificarlo al atardecer. Luego había que observar una serie de ritos: untar con sangre las puertas de las casas, comer la carne asada al fuego, preparar panes sin levadura, recoger hierbas amargas, estar con los vestidos puestos, las sandalias en los pies, el bastón en la mano, y reunirse así en familia (Ex 12).

Pero ¿es posible imaginar que la misma noche en que los israelitas escaparon, con el nerviosismo y la desesperación que tenían, y debiendo movilizar en poco tiempo una multitud de niños, mujeres, ancianos y animales para la larga estancia en el desierto, pudieran haber estado de fiesta? ¿Habrían tenido ánimo y tiempo de celebrar aquella distendida reunión con los ritos indicados por Dios?

Una vieja conocida

Por otra parte, la Biblia da a entender que antes de salir de Egipto los hebreos ya conocían la Pascua. Porque dice que, en cuanto Dios le explicó a Moisés cómo celebrarla (Ex 12,1-20), este reunió a los ancianos de Israel y les dijo: «Busquen un cordero y celebren la Pascua» (Ex 12,21), como si ellos ya supieran de qué fiesta se trataba.

Además, antes siquiera de que Dios se la enseñara a Moisés, el caudillo hebreo le pidió más de diez veces permiso al faraón para ir con los israelitas al desierto a celebrar «una» fiesta (Ex 5,1; 10,9). No dice cuál es, pero por las características que da de ella se trata sin duda de la Pascua.

La Pascua, pues, tuvo que haber tenido un origen anterior al éxodo. ¿De dónde salió? ¿Cuál es su procedencia?

Tal como la conocemos hoy, la fiesta pasó por tres etapas sucesivas, con tres significados diferentes. A su vez, la segunda de esas etapas pasó por seis fases distintas. Veamos cómo fue su evolución.

La protección de la sangre

La fiesta de Pascua nació en tiempos remotos, entre los pastores nómadas de Oriente que cuidaban sus rebaños de ovejas y cabras. Durante la época de las lluvias de invierno (de octubre a marzo), como la vegetación era abundante en la región, los animales tenían suficiente alimento; pero al empezar la primavera (marzo) y finalizar las lluvias, la vegetación se secaba. Entonces los pastores tenían que trasladar sus rebaños a otra parte en busca de nuevos pastos.

Este traslado, llamado trashumancia, era concebido como una aventura

peligrosa. Los pastores temían enfrentarse a percances y enfermedades, a espíritus malignos y demonios, que se creía que podían acechar en la nueva región a la que iban. Todos estos males eran personificados en un espíritu, que al no saber cómo llamarlo, solían darle el nombre de Exterminador (mashhít), por los daños que causaba.

Para que Dios los acompañara en el camino y los protegiera, la noche anterior a la partida se reunían en una celebración, tomaban un animal joven del rebaño, lo sacrificaban y lo ofrecían a la divinidad. Con su sangre realizaban el rito más importante: untaban los palos y postes de las tiendas de campaña para alejar los posibles males durante el viaje. Luego comían el animal asado a fuego abierto, no hervido, para no tener necesidad de ollas ni utensilios de cocina. Acompañaban su comida con hierbas silvestres recogidas en el desierto, y pan sin levadura, que era el pan de los nómadas.

Hasta épocas recientes era posible hallar en Oriente grupos de pastores trashumantes que seguían celebrando la Pascua de este modo.

La fiesta se hacía de noche (cuando los rebaños no necesitaban atención), y con luna llena (cuando la claridad les facilitaba la visión). No se celebraba en ningún templo, sino donde ellos tenían sus tiendas; y no la presidía ningún sacerdote sino el jefe de clan. Como partían en primavera, la fiesta quedó fijada para la primera luna llena de primavera (que puede caer entre marzo y abril). Esta festividad se convirtió en el acontecimiento más importante del año para aquellos pastores, y le dieron el nombre de pesháj, que en hebreo significa «pasar», porque con esa fiesta ellos «pasaban» de una tierra a otra.

Si alguna vez hubo algún grupo de nómadas trashumando por las tierras de Egipto, debieron de haber seguido sin duda el rito de Pascua celebrado desde antaño por las generaciones anteriores.

Ese fue el primer significado de la Pascua.

Con el bastón en la mano

Alrededor del siglo XII a.C., las tribus israelitas se liberaron de su dependencia de Egipto. Para los arqueólogos y biblistas no está claro cómo fue esa liberación, ni en qué consistió su esclavitud. Lo cierto es que, una vez que se sintieron liberadas, los recuerdos de aquel suceso cobraron una enorme importancia en la conciencia del pueblo, y se volvieron centrales para su historia.

Entonces adaptaron la tradicional fiesta de Pascua que celebraban, de manera que fuera un recuerdo de aquella liberación. Se produjo así un proceso de «historización» de la fiesta. Es decir, en vez de celebrar con ella un ciclo anual de la naturaleza (la llegada de la primavera y el paso hacia nuevos pastos), empezó a recordar el paso de Egipto hacia la liberación de la esclavitud obrada por Yahvé (Ex 12,14.27).

Con este objetivo se fue adaptando gradualmente el significado de los ritos de la primera Pascua a la nueva: a) el antiguo Exterminador, del que buscaban liberarse en el desierto, pasó a ser el exterminio del que se salvaron en Egipto (Ex 12,23); b) la sangre del cordero, que los protegía de los peligros del camino, ahora los había protegido de aquel exterminio en el país del Nilo (Ex 12,12-14); c) las hierbas amargas, su comida típica, se volvió una alusión a las amarguras de Egipto; d) el pan sin levadura, propio de los pastores, significó el apuro de la huida de Egipto, en el que solo pudieron cocinar pan sin leudar; e) el animal que comían asado, y no hervido, fue el recuerdo de la prisa de la salida; f) el comer con el vestido puesto, los pies calzados y el bastón en la mano, propio de los pastores que estaban por salir, conmemoró a los israelitas que estaban listos para huir de Egipto.

De ese modo la velada de Pascua adquirió su segundo significado. De una fiesta de pastores se convirtió en una fiesta de liberación política. Nacía así la que después se llamará «Pascua judía».

A su vez, como dijimos, esta pasó por seis fases o modos de celebrar distintos. El primero fue este, que consistía en conmemorar la liberación de Egipto mediante una reunión de clanes y tribus.

Muchas bocas para un cordero

Con el transcurso del tiempo, la población de las tribus israelitas fue aumentando y su número creció. Ante esto, una fiesta de comidas que se celebraba comunitariamente, donde el cordero, los panes, las hierbas y la bebida eran el ritual principal, se volvió incómoda de celebrar con la participación de tanta gente. Entonces, hacia el siglo X a.C., al comienzo de la monarquía en Israel, la festividad pascual se transformó en una celebración privada y empezó a celebrarse en las casas de familia. Esto podemos deducirlo por el hecho de que los más antiguos calendarios religiosos que aparecen en la Biblia (Ex 34,18-23 y 23,14-17), cuando enumeran las fiestas públicas de los israelitas, no mencionan la Pascua, a pesar de la importancia que esta tenía. Esto parece indicar que en ese tiempo se celebraba en los hogares israelitas.

Es la segunda fase de la Pascua judía.

La Pascua del rey

Durante siglos esta festividad siguió siendo una reunión íntima y doméstica,

hasta mediados del siglo VII a.C., en que se produjo un nuevo cambio. Gobernaba entonces en Jerusalén el rey Josías. Este monarca, que albergaba sueños nacionalistas y anhelaba depurar el judaísmo de las influencias extranjeras, vislumbró el gran potencial político que encerraba la conmemoración de la salida de Egipto. Más aún en esos tiempos en que habían vuelto a surgir las aspiraciones expansionistas de Egipto debido al faraón Psamético I (664-610 a.C.), que intentaba extender sus fronteras sobre Canaán. Entonces, en el año 622 a.C., entre otras medidas, el rey Josías ordenó que la Pascua no fuera más una fiesta privada, sino que se celebrara de manera pública en el Templo de Jerusalén. De este modo, el cordero pascual ya no fue sacrificado por el jefe de familia en los hogares, sino por los sacerdotes, y su sangre dejó de untarse en las puertas de las casas para ser derramada en el altar del Santuario.

Aquella Pascua del año 622 a.C., celebrada por primera vez en el Templo después de tantos años de ser una práctica hogareña, resultó un acontecimiento sorprendente. Tanto fue así, que el 2.º libro de los Reyes afirma:

No se había celebrado una Pascua como esta desde la época de los jueces de Israel; ni en la época de los reyes de Israel, ni de los reyes de Judá. Solo en el año 18 del rey Josías se celebró una Pascua así en honor de Yahvé, en Jerusalén (2 Re 23,22-23).

Se había vuelto al antiguo estilo celebrativo en que la Pascua era una reunión de toda la comunidad.

Las leyes complementarias

Celebrar la Pascua en el Templo no fue la única innovación que el rey Josías

hizo en esta fiesta. También estableció que el animal sacrificado podía ser de ganado mayor, o sea, vacuno (para proporcionar mejor la comida a una concurrencia numerosa), y que debía comerse hervido y no asado, ya que esto último causaba trastornos en el Templo.

La nueva legislación de Josías quedó reflejada en el Deuteronomio:

El mes de Abib [marzo-abril] celebrarás la Pascua en honor de Yahvé, pues en ese mes él te sacó de Egipto. Sacrificarás un animal de ganado mayor o menor, donde Dios haya elegido para habitar [o sea, el Templo]. No comerás pan con levadura sino ázimo, porque saliste de Egipto a las apuradas... Celebrarás la Pascua por la tarde, al caer el sol, a la hora que saliste de Egipto. Lo hervirás [no asado] y lo comerás en el lugar elegido por Yahvé, tu Dios (Dt 16,1-8).

Estamos en la tercera fase de la Pascua judaíta.

Sin el Templo no se puede

Décadas más tarde, en el 587 a.C., el pueblo de Israel fue invadido por los ejércitos babilonios, que incendiaron Jerusalén, destruyeron el Templo y deportaron a gran parte de la población a Babilonia. El Templo quedó destruido e inutilizado.

Frente a esta nueva situación, un grupo de sacerdotes en Babilonia decidió cambiar otra vez el rito de la celebración de la Pascua. No podían seguir festejándola en el Templo, como había mandado el rey Josías, de manera que modificaron otra vez el ritual, y volvieron a la antigua usanza: celebrarla en familia, con un animalito de ganado menor, y con una comida asada, no hervida.

La nueva legislación sacerdotal puede leerse en el libro del Éxodo:

Cada familia tomará un cordero o cabrito. El animal debe ser sin defecto, macho, de un año. Lo sacrificarán al anochecer. Tomarán la sangre y untarán los dos postes y el travesaño de la casa donde lo coman. Luego comerán la carne asada al fuego, con panes sin levadura y con hierbas amargas. No lo comerán hervido sino asado. Comerán así: con los vestidos puestos, las sandalias en los pies y el bastón en la mano. Comerán rápidamente, porque es la Pascua de Yahvé. Yo pasaré esta noche por Egipto y mataré a todos los primogénitos, desde los hombres hasta los animales. Pero cuando vea la sangre en las casas de ustedes, pasaré de largo y allí no habrá muerte. Este será un día memorable para ustedes, y lo celebrarán como una fiesta en honor de Yahvé para siempre (Ex 12,1-14).

Este texto aparece puesto en boca de Moisés, como si fuera él quien hubiera establecido esas disposiciones, de parte de Yahvé, la noche en que salieron de Egipto. Pero en realidad fue compuesto siete siglos más tarde por los sacerdotes exiliados en Babilonia, para acomodarse a la nueva situación.

Es la cuarta fase de la Pascua judaíta.

La solución intermedia

Unas décadas más tarde, los judíos cautivos en Babilonia pudieron regresar a su patria. Reconstruyeron el Templo para poder celebrar otra vez sus fiestas religiosas, rehicieron los calendarios, actualizaron la liturgia y establecieron nuevos ritos. Pero al plantearse el tema de la Pascua, dudaron si seguir conservándola como una fiesta privada (como era hasta ese momento) o volver a

imponerla en el Templo. Entonces optaron por una solución intermedia: una parte sería en el Templo (allí sacrificarían el cordero pascual) y otra se realizaría en la intimidad familiar (la comida del animal). La Pascua, así, volvió a convertirse en una fiesta de peregrinación obligatoria, y otra vez volvieron a verse grandes multitudes que acudían a Jerusalén para celebrarla. Es la quinta fase de la Pascua judía, y era la Pascua que se celebraba en tiempos de Jesús.

Finalmente, en el año 70 d.C. los romanos destruyeron de nuevo el Templo de Jerusalén, y nunca más fue reconstruido. Entonces la Pascua judía volvió a ser una fiesta exclusivamente familiar, y así permanece hasta la actualidad. Es la sexta y última fase de la Pascua judía.

El verdadero Cordero

Mientras tanto en abril del año 30, en la época de Pascua, Jesús de Nazaret celebró una cena de despedida con sus discípulos, pensando que llegaría pronto el Reino de Dios. Fue su última comida con ellos, ya que poco después lo arrestarán y colgarán en una cruz.

Los discípulos conservaron con esmero el recuerdo de aquella cena; y como había tenido lugar durante la Pascua, le cambiaron a esta su antiguo significado. Dejó de conmemorar el paso del pueblo de Israel de su esclavitud a la libertad, para evocar el paso de Jesús de su muerte a su resurrección.

Al cambiar el significado de la fiesta, cambiaron también el significado de sus diversos elementos. Así: a) la víctima sacrificada a Dios ya no era el cordero sino Jesús (1 Cor 5,7); b) la sangre salvadora dejó de ser la derramada en las puertas de las casas o en el Templo y pasó a ser la que derramó Jesús en la cruz (Heb 9,12-14); c) la liberación que ahora se celebraba no era ya la de la

esclavitud de Egipto sino la de la esclavitud del pecado (Jn 8,34-36; Rom 8,2); d) la palabra pesháj («pasar») no recordaba el paso de la esclavitud a la libertad, sino el paso de la muerte a la vida (Hch 2,23-24; Rom 10,9).

Es la Pascua cristiana, la tercera y última evolución de la fiesta.

Los muchos pasos de la Pascua

Los primeros seguidores de Jesús encontraron en la fiesta de Pascua una admirable pedagogía divina. Vieron que, al principio, Dios se valió de una fiesta de primavera celebrada por pastores nómadas que pasaban de pastos secos y muertos a pastos renovados, para enseñar a los israelitas que la salida de Egipto había sido para ellos como pasar de una vida seca, marchita y sin sentido a una más plena y llena de esperanzas. Y una vez instaurada esta segunda etapa de la fiesta, se valió de ella para enseñar que el sacrificio de Jesús podía ayudarlos a liberarse de las esclavitudes que padecían.

Esta mirada los ayudó a salvar el escándalo provocado por la muerte sin sentido de Jesús, y a decir: «Cristo era el cordero sin defecto, sin mancha, preparado desde antes de la creación del mundo, cuya sangre preciosa nos rescata» (1 Pe 1,18-20). O en otras palabras: «Es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29).

A pesar de esta pedagogía divina, con la que Dios quiso enseñar que el hombre debe vivir libre y sin dependencias, muchos siguen siendo hoy esclavos. Están dominados por su egoísmo, su mezquindad, su materialismo, su intolerancia, sus reacciones injustas. Esto ha hecho que un inmenso mundo de esclavos se extienda a lo largo y ancho del planeta. La humanidad está esperando que quienes siguen a Jesús den el ejemplo de haber «pasado» de una vida egoísta a

una más solidaria. Que demuestren, como dijo san Pablo, que Cristo es «nuestra Pascua» (1 Cor 5,7). Solo entonces esta fiesta alcanzará su pleno sentido.

Para continuar la lectura

S. Ros Garmendia, La pascua en el Antiguo Testamento. Estudio de los textos pascuales del Antiguo Testamento a la luz de la crítica literaria y de la historia de la tradición, Eset, Vitoria 1978.

E. Otto – T. Schramm, Fiesta y gozo, Sígueme, Salamanca 1983.

4

¿Por qué David bailó desnudo ante el arca de Yahvé?

El escándalo de la reina

Cuenta la Biblia que cuando el rey David conquistó Jerusalén y la hizo su capital política, quiso también convertirla en el centro religioso del país. Para ello se le ocurrió una idea brillante: llevar a Jerusalén el Arca de la Alianza.

Cuando llegó el día del traslado, David se presentó semidesnudo, vistiendo solo un pequeño taparrabo. Al comenzar la procesión se puso a bailar de manera sensual y voluptuosa delante de la gente, y caminó así todo el tiempo que duró la marcha. Cuando llegaron a Jerusalén, su esposa, la reina Mical, que presenciaba el desfile por la ventana, se sintió tan escandalizada que salió a la calle y delante de los presentes le recriminó su desvergonzada actitud. Pero David le contestó que no le importaba lo que ella opinara, porque lo que él había hecho era agradable a Dios. A partir de ese día, afirma la Biblia, David y Mical se distanciaron y el matrimonio real se rompió para siempre (2 Sm 6,1-23).

¿Por qué David danzó aquel día de esa manera? ¿Qué sentido tenía su baile?

Los que leen este episodio del traslado del Arca a Jerusalén no suelen caer en la cuenta de que el texto no habla de una sino de dos procesiones, con ritos diferentes, con liturgias distintas y con personajes diversos. Al parecer, un grave incidente obligó a suspender la primera procesión y a cambiar la forma como se la realizaba. Solo teniendo en cuenta este hecho se entiende el baile del rey David.

La caja que agonizaba

El relato bíblico comienza cuando el rey David se propuso transportar el Arca de la Alianza a Jerusalén.

¿Qué era el Arca? Una caja de madera de 1,25 metro de largo por 0,75 de ancho y 0,75 de alto, recubierta con láminas de oro puro por dentro y por fuera. A pesar de ser un simple cofre, para los israelitas era el objeto más sagrado del mundo porque, según la tradición bíblica, Moisés la había construido en el desierto para guardar las tablas con los Diez Mandamientos. Desde entonces se creía que Dios vivía en el Arca y desde allí hablaba y guiaba al pueblo de Israel.

Pero, a pesar de la gran importancia que tenía, durante años el Arca había caído en el olvido. No estaba en ningún santuario sino en una sencilla casa particular, en el pueblito de Kiryat Yearim, 13 kilómetros al oeste de Jerusalén. Allí la habían dejado en tiempos del juez Samuel, después de que los israelitas sufrieran una derrota militar, y no le habían prestado mayor atención. Cuando subió al trono Saúl, el primer rey de Israel, tampoco se interesó por el Arca durante los veinte años de su reinado. Ahora David llevaba ya diez años gobernando, y el Arca seguía allí languideciendo, sin peregrinaciones, sin fiestas en su honor, sin celebraciones, en la casa de un tal Abinadab, donde uno de sus hijos llamado Eleazar había sido consagrado sacerdote para que la cuidara (1 Sm 7,1).

Fue entonces cuando, hacia el año 1000 a.C., David se acordó del Arca y tomó la gran decisión de su vida, una decisión que acarreará consecuencias políticas impredecibles: resolvió trasladarla a Jerusalén para venerarla allí. Con esta decisión convirtió la ciudad, hasta entonces desconocida y pagana, en la ciudad más sagrada de la historia de Israel.

Comienza la fiesta

Para su traslado David organizó una magnífica procesión. Dice la Biblia que reclutó 30.000 hombres, los mejores guerreros que había en Israel, como escoltas del cortejo (2 Sm 6,1). ¿Por qué guerreros? Porque Yahvé había acompañado siempre a los israelitas en sus guerras, y el Arca había sido una de las principales armas de combate utilizadas por estos. ¡Qué mejor escolta, entonces, que un grupo de hombres de guerra!

La noticia despertó gran entusiasmo entre la gente, que concurrió masivamente al pueblito de Kiryat Yearim para acompañar al Arca durante los 13 kilómetros de viaje que la separaban de Jerusalén. Fue colocada sobre una carreta nueva, nunca antes utilizada por nadie, para evitar que se contaminara con alguna impureza, y una vez que todo estuvo listo estalló la fiesta, la alegría y el regocijo (2 Sm 6,2-3).

La multitud reunida comenzó a cantar con todas sus fuerzas a medida que avanzaba, acompañada con toda clase de instrumentos musicales. El clima festivo era enorme, y los cantos y aclamaciones retumbaban por el camino en las colinas aledañas. Cinco clases de instrumentos aparecen mencionados en esta procesión, lo que muestra la variedad y el júbilo de aquella música. Estos son: las cítaras, las arpas, las panderetas, los sistros (una especie de sonajero metálico) y los platillos (2 Sm 6,5).

Dos hijos del dueño de casa donde había estado alojada el Arca, Uzzá y Ajió, conducían la carreta (2 Sm 6,4). Ajió marchaba adelante, guiando los bueyes, mientras Uzzá caminaba a un costado, al lado del Arca. Y el rey David... ¡qué actitud humilde y sencilla mostraba aquel día! Iba en medio de la gente como uno más, como un hermano entre los hermanos, caminando a paso lento y

contagiando su alegría y euforia a los hombres y mujeres israelitas que caminaban a su lado (2 Sm 6,4-5).

Los bueyes tambaleantes

Algunas Biblias suelen poner que «David y toda la casa de Israel “bailaban” ante Yahvé» (2 Sm 6,5). Pero el verbo hebreo saják, que aparece aquí, no significa bailar sino «alegrarse», «regocijarse», «reírse». Por lo tanto, el sentido correcto de la frase sería: «David y toda la casa de Israel “se regocijaban” ante Yahvé», en el sentido de que marchaban felices tras el Arca de Dios.

El texto, pues, describe el día del traslado del Arca como una jornada de euforia y entusiasmo. El momento era extraordinariamente solemne porque la propia sede de Dios, el lugar donde él habitaba, iba a ser llevado a Jerusalén, y a partir de entonces la presencia divina habitaría en la ciudad. David y todo el pueblo estaban conmovidos.

Pero de repente algo salió mal. Cuando el cortejo se encontraba en mitad del camino, cerca de la finca de un tal Nacón, ocurrió una desgracia que heló la sangre de todos los presentes. La Biblia lo cuenta así:

Uzzá estiró la mano hacia el Arca de Dios y la sujetó, porque los bueyes casi la volcaron; entonces Yahvé se enojó contra Uzzá y lo hirió allí mismo por este atrevimiento; y Uzzá murió allí junto al Arca de Dios (2 Sm 6,6-7).

Con las manos no

La escena es estremecedora. ¿Qué ocurrió exactamente? No está claro. Al parecer, la carreta se tambaleó debido a un mal movimiento de los bueyes o a algún bache del camino, y Uzzá, que caminaba a su lado, al ver que el Arca estaba a punto de caer y dañarse, intentó sujetarla. Entonces quizás fue aplastado por el carro, o tal vez el peso del cofre le cayó encima y lo hirió mortalmente, o sufrió algún accidente grave de ese tipo. No lo sabemos.

Cualquiera que haya sido el accidente fatal sufrido por Uzzá, lo cierto es que la tradición lo interpretó como un castigo divino (2 Sm 6,8). En efecto, según la Ley de Moisés, quien tocaba un objeto sagrado debía morir inmediatamente (Nm 4,15; 18,3). Y nada había más sagrado que el Arca de Dios. El castigo sufrido por Uzzá, que ni siquiera era sacerdote, resultaba pues comprensible. Estaba en juego el carácter intangible del Arca, y en consecuencia la santidad de Yahvé al que nadie podía acercarse.

Un hondo silencio cayó sobre la procesión. Los cantos enmudecieron, y el son de los instrumentos se apagó. La alegría de la jornada se interrumpió abruptamente, y el rey David quedó abatido. Todos los preparativos que había montado y los festejos organizados en Jerusalén quedaron frustrados por este contratiempo. Pero lo más grave fue el pavor que invadió a David. ¿Cómo llevar este objeto tan peligroso a Jerusalén? ¿Dónde dejarlo, si aún ni siquiera existía el Templo? ¿Cómo depositarlo cerca de su palacio con las terribles consecuencias que podía acarrear cualquier pequeño descuido a su sacralidad? (2 Sm 6,9).

El filisteo valiente

David decidió suspender la peregrinación y ordenó que el Arca fuera dejada allí, en alguna casa de familia de los alrededores donde había sido el accidente, entre Kiryat Yearim y Jerusalén. Como era de esperar, ningún israelita quería llevarla

a su hogar, aterrados por lo que le había sucedido a Uzzá. Si el propio rey tenía miedo de la cercanía del Arca en su propio palacio, ¡cuánto más los simples aldeanos! Al final, un tal Obededom terminó ofreciendo su casa como morada del Arca (2 Sm 6,10). Obededom era un extranjero, de origen filisteo, oriundo de la ciudad de Gat, y por lo tanto no experimentaba el temor al Arca que sentían los israelitas.

¿Qué hacía un filisteo participando de una procesión en honor de Yahvé? Probablemente era un soldado de la guardia personal de David, pues la Biblia dice que el rey había reclutado a numerosos hombres de Gat para su ejército (2 Sm 15,18).

David, pues, confió a aquel extranjero, que vivía en algún poblado cerca de allí, el cuidado del Arca para evitarle a cualquier israelita el pánico de aquella temible presencia. Y, junto con todo el pueblo, regresó esa tarde a su ciudad triste y cabizbajo, convencido de que era peligroso vivir cerca de la inquietante presencia de Dios. El intento de llevar el Arca de la Alianza a Jerusalén había terminado en un rotundo fracaso.

Se dispusieron nuevas normas

Tres meses después, le llegaron a David sorprendentes noticias. El filisteo Obededom había sido bendecido por Dios: sus negocios prosperaban, su economía florecía, y todo marchaba de maravillas en su familia, gracias al Arca que albergaba en su casa (2 Sm 6,11). Se encendieron entonces de nuevo las esperanzas de David. Su antiguo temor desapareció, y el viejo proyecto de trasladar el Arca a Jerusalén volvió a cobrar vida. Resolvió organizar una nueva procesión desde la casa de Obededom hasta Jerusalén (2 Sm 6,12). Pero esta vez el rey había aprendido la lección. Comprendió que la procesión anterior se había frustrado porque no estaba a la altura de lo que quería Yahvé, y resolvió organizarla de otra forma. No iba a repetir los errores precedentes.

En primer lugar, ordenó que el Arca no fuera llevada en carreta sino en hombros de los sacerdotes (2 Sm 6,13). Recordó que transportar un objeto sagrado en carretas de bueyes era una costumbre pagana, propia de las religiones idólatras (1 Sm 6,7-11). En cambio la Ley judía ordenaba que se transportara manualmente, empleando unas largas varas atravesadas por los anillos que el Arca tenía en sus costados (Ex 25,12-15).

Segundo, los miembros de la familia de Abinadab, que habían acompañado la caminata anterior fracasada, fueron excluidos de la marcha.

Tercero, el rey David ya no se colocó en medio de la gente a la manera de un peregrino más, como lo había hecho la primera vez, sino que se puso al frente de la comitiva, como líder y conductor (2 Sm 6,14).

Cuarto, no se presentó con sus ricos vestidos reales sino semidesnudo, con un simple taparrabo de lino por toda vestidura (2 Sm 6,14).

Quinto, al comenzar la procesión, cuando tímidamente se habían dado los primeros seis pasos, al ver que no pasaba nada extraño y que todo parecía augurar una marcha feliz, los presentes ofrecieron allí mismo a Dios un sacrificio de un buey y un carnero cebado en agradecimiento (2 Sm 6,13).

Baile y conflicto familiar

También se modificó la música. Los instrumentos de cuerda y de percusión empleados en la primera procesión fueron reemplazados por el sonido de

cuernos y los «clamores» (2 Sm 6,15). El clamor no era un canto, sino una especie de grito de guerra que todos daban al unísono, y que solía acompañar las marchas de los israelitas (Jos 6,5; 1 Sm 17,20).

Finalmente, en esta segunda procesión se añadió la danza de David. Mientras en la primera no se la menciona, aquí se dice que «David bailaba (karár) con todas sus fuerzas ante Yahvé» (2 Sm 6,14). Más adelante el texto reitera el tema de la danza, diciendo que David «se meneaba» (patzátz) y «bailaba» (karár) (2 Sm 6,16).

Esta vez la caravana triunfal del Arca sí pudo llegar sana y salva a Jerusalén. Cuando arribaron, David la hizo colocar en una tienda que había hecho levantar como Santuario. Luego bendijo al pueblo, repartió comida gratis entre la gente que había venido de lejos, y al terminar la fiesta regresó al palacio sudoroso, radiante, feliz de haber concretado por fin el sueño de la presencia del Arca en su capital (2 Sm 6,17-19).

Pero, al llegar a las puertas del palacio, su esposa la reina Mical, que había presenciado el baile desde la ventana, salió a recibirlo furiosa, y le recriminó con duros términos el haberse «desnudado delante de las criadas de sus sirvientes, como si fuera una basura» (2 Sm 6,20).

Para Mical, la actitud de David había sido indigna de un rey. Había hecho el ridículo con su grosero baile, y no había guardado la compostura y el decoro apropiados. Pero David le explicó que él había bailado «delante de Yahvé» (2 Sm 6,21), no delante de las mujeres del pueblo. Que su danza formaba parte de su adoración a Dios, y no se avergonzaba porque delante de Yahvé no existe el ridículo. Más aún: gracias a su baile y a su actitud humilde, ahora contaba con la presencia divina en Jerusalén.

Los cuatro sentidos de Dios

Las palabras de David explican el sentido de su danza. Formaba parte del ritual que había ideado para la segunda procesión, con un claro propósito: llamar la atención de Dios.

En efecto, según la mentalidad de los pueblos antiguos, las fiestas que se organizaban en honor de los dioses (y también de Yahvé, el Dios de Israel) tenían por finalidad llamar la atención de la divinidad para obtener sus favores. Creían que Dios se comunicaba con los hombres mediante los cinco sentidos, como lo hacemos nosotros. Por eso las reformas introducidas por David en la segunda procesión, además de hacerla más aceptable, pretendían alcanzar de manera más efectiva los sentidos de Dios. Vamos a explicarlo.

Mediante el sonido de cuernos y clamores (mucho más sonoros que los instrumentos de la primera procesión) se activaba el oído divino. Con el sacrificio de un buey y un carnero se estimulaba su olfato y su gusto. Y el famoso baile de David, llamativo y escandaloso, se atraía la vista divina, sentido que no se había tenido en cuenta en la marcha anterior. Cuatro de los cinco sentidos divinos aparecían ahora acaparados en la segunda procesión. ¿Y el quinto: el tacto? Este era precisamente el que no había que estimular. Con la desgraciada experiencia de Uzzá, David había comprobado que el hombre no puede relacionarse con Dios por medio del tacto. A eso se debió el revés del primer traslado.

En conclusión, mediante su baile David buscó estimular el sentido divino que le había faltado en la procesión anterior, para agradar a Dios y poder llevar el Arca a su capital, Jerusalén.

Lo que enseña el Dios del Arca

Muchos recuerdan el pasaje bíblico de la danza de David, como si eso fuera lo más destacable del relato. Sin embargo, el mensaje del texto habría que buscarlo en las dos enseñanzas que el traslado del Arca deja a los lectores.

En primer lugar, la muerte de Uzzá al pretender sujetar el Arca en la primera peregrinación pretende enseñar que a Dios no se lo puede sujetar ni manipular a nuestro antojo, para obligarlo a ir por donde nosotros queramos. Él tiene sus propios derroteros, aun con vaivenes, e invita al creyente a seguirlo, aunque a veces, por ir detrás de Dios, su vida parezca tambalearse y estar a punto de caerse.

Y en segundo lugar, David con su danza y su baile alocado nos revela cómo, en ocasiones, para cumplir con la voluntad de Dios uno se expone a hacer el ridículo. La amistad y la relación con Dios suelen llevar al creyente a asumir comportamientos que la sociedad juzga como propios de necios e idealistas. Pero son esos gestos, aparentemente ingenuos e ilusorios, es decir, los gestos de amor, de perdón, de lucha por la justicia, de búsqueda del bien común, los que suelen llamar la atención de Dios. Porque con ellos uno le avisa que está dispuesto a ir por la vida al ritmo de él. Que generalmente es el de los vencedores.

Para continuar la lectura

G. Auzou, La danza ante el Arca. Estudio de los libros de Samuel, Ediciones Fax, Madrid 1971.

5

¿Por qué el libro de Ester casi queda fuera de la Biblia?

Trama de amor y sangre

Uno de los libros más polémicos y a la vez más hermosos de la Biblia es el de Ester. Desde el día en que fue escrito despertó grandes discusiones, primero entre los judíos y después entre los cristianos. Hubo que agregarle nuevos capítulos para mejorarlo y para que fuera aceptado, y aun así estuvo a punto de quedar fuera de la Biblia. Finalmente logró imponerse y ser aceptado como texto inspirado. ¿Por qué fue tan cuestionado? ¿Qué problema encerraba?

El libro de Ester es una novela en la que se mezcla la intriga, la pasión, el complot y el sexo. Un extraño relato donde, por primera vez, la vida del pueblo de Israel depende no de sus militares, ni generales, ni del rey, ni de los rabinos o doctores de la Ley, sino de una simple mujer. Se trata de una narración turbia, de alcoba, escrita con ironía y humor, y con un final feliz pero cargado de sangre y muerte.

La historia está ambientada en el siglo V a.C., época en la que todo el Medio Oriente (incluida la tierra de Israel) estaba sometido a Persia. La trama transcurre en la ciudad de Susa (actual Irán), en el palacio de verano de un monarca llamado Asuero.

El libro tuvo dos versiones, una breve y otra más larga. Empezaremos viendo el argumento de la más breve.

Una reina rebelde

La novela comienza el día en que el rey Asuero organiza un banquete para los jefes y ministros de su reino. Cuando el monarca estaba bebido y eufórico, ordenó a su bella esposa, la reina Vashtí, que se presentara ante sus invitados para mostrar sus encantos físicos. Vashtí se negó a bailar desnuda ante los amigos de su marido (Est 1,1-12). Enojado por su desobediencia, el rey decidió repudiar a Vashtí y buscar en su lugar una nueva esposa. Convocó entonces a una especie de «concurso de sexo» entre las muchachas vírgenes de sus dominios para elegir a la futura reina. Con tal fin, le trajeron las jóvenes más hermosas de las 127 provincias de su imperio. Entre ellas se presentó Ester, una huérfana judía, joven y bella, que vivía en Susa junto a su primo y guardián Mardoqueo (Est 2,1-11).

Según el reglamento del certamen, todas las tardes una candidata debía desfilar ante del rey mostrando su belleza, y luego pasar la noche con él. La que más le agradara se convertiría en reina. Las demás pasarían a su harén como esposas secundarias (Est 2,12-14).

Cada una de las muchachas fue compareciendo ante Asuero con la ilusión de ser la preferida. Sin embargo, veían con tristeza cómo por la mañana eran conducidas al harén secundario. Cuando le tocó el turno a Ester, el rey quedó profundamente enamorado de ella y la eligió como su nueva reina. Para festejar el matrimonio, organizó un gran banquete con sus jefes y ministros, ante los cuales hizo desfilar a su nueva y bella esposa. Por consejo de su primo Mardoqueo, Ester no contó a nadie que era judía (Est 2,15-20).

Por falta de una genuflexión

Pasado algún tiempo, Mardoqueo, que al parecer trabajaba en el palacio real, se enteró por casualidad de un complot para matar al rey, e inmediatamente dio aviso a la reina Ester, quien pudo así salvar la vida de su esposo (Est 2,21-23).

Amán, el visir del rey, sentía un profundo odio por Mardoqueo debido a que este, por ser judío, se negaba a arrodillarse cuando Amán pasaba. Para deshacerse de él, el visir convenció al rey para que ordenara matar a todos los judíos de Persia, alegando que eran un pueblo peligroso. El rey aceptó, y encargó a Amán aquella tarea. Amán fijó por sorteo la fecha de la matanza, y la suerte cayó el día 13 del mes de Adar, correspondiente a nuestro febrero (Est 3,1-15). Faltaban once meses.

Mardoqueo se enteró de la decisión del rey y quedó espantado. ¡No imaginaba las dramáticas consecuencias de su negativa a arrodillarse! Desesperado acudió a su prima Ester para que hiciera revocar el decreto, pero Ester le explicó que no podía hablar con el rey. Este había ordenado que nadie se presentara ante él a menos que fuera llamado. Si alguien lo hacía, debía morir. Mardoqueo le insistió, argumentando que si no intercedía, también ella moriría por ser judía. Y pronunció una de las frases centrales del libro: «¡Quién sabe si no has llegado a ser reina precisamente para esto!» (Est 4,14).

Ester aceptó los ruegos de Mardoqueo. Temblando de miedo se puso sus mejores ropas, fue a la sala donde estaba el rey, y se detuvo en la puerta, sabiendo que corría peligro de muerte, pero confiando en el poder de su seductora belleza. Increíblemente, al verla el rey, en vez de enojarse se alegró y la recibió cordialmente, preguntándole qué deseaba. La reina le dijo que quería invitar a él y a su visir Amán a un banquete días después en sus aposentos. El rey aceptó gustoso la invitación (Est 5,1-5).

Por una noche de insomnio

Esa noche, luego de aquella invitación, el rey no pudo dormir. Para entretenerse ordenó que le trajeran los viejos archivos del reino. Mientras los hojeaba, leyó que Mardoqueo le había salvado una vez su vida y no había sido recompensado por ello. Por la mañana el rey seguía meditando sobre el asunto, cuando se presentó Amán en el palacio para pedirle que hiciera ahorcar a Mardoqueo, pues ya no soportaba su insolencia de negarle la reverencia debida. Pero antes de que Amán hablara, el rey le preguntó: «Dime, Amán, ¿qué harías con un hombre al que quisieras recompensar?». Amán, creyendo que el rey pensaba en él, le contestó: «Le pondría las mejores vestiduras del rey y la corona real, lo haría subir en el propio caballo del rey, y ordenaría que uno de los ministros lo hiciera desfilar por la plaza mayor proclamando: "Así se trata al hombre a quien el rey quiere honrar"». Entonces el rey le mandó que él hiciera eso mismo... ¡con Mardoqueo! Amán no podía creerlo. ¡Honrar a su peor enemigo! Pero era una orden del rey, así que esa mañana tuvo que pasear a Mardoqueo por la plaza, proclamando alabanzas y loas delante de él (Est 6,1-13).

Sumamente amargado, Amán concurrió esa noche al banquete programado por Ester. La reina se mantuvo callada todo el tiempo, y Asuero le preguntó qué le pasaba. Ella le reveló el motivo de su tristeza: «Estoy a punto de ser asesinada, junto con mi pueblo». Estupefacto, el rey preguntó: «¿Quién es el que quiere matarte?». Ella contestó: «Amán, el que está a tu lado». Amán quedó helado. No esperaba semejante sorpresa. El rey, enfurecido, dispuso inmediatamente que Amán fuera ahorcado, y en su lugar nombró como visir a Mardoqueo.

Entonces Ester pidió al rey que anulara el decreto de exterminio de los judíos, y que permitiera a estos vengarse de sus enemigos. El rey aceptó. Así, cuando llegó el 13 de Adar, día fijado para la matanza de los judíos, fueron los judíos los que salieron a matar a sus enemigos. En la ciudad de Susa mataron a 810 personas; y en las provincias ¡a 75.000! Fue una venganza espeluznante.

La novela concluye con una carta de Ester y Mardoqueo a los judíos de Persia para que celebraran todos los años, el 14 de Adar (día siguiente de la masacre del

13), una fiesta llamada Purim, en recuerdo del cambio de suerte que habían experimentado los judíos en Persia.

Recuerdos de Babilonia

Volvamos ahora al principio. ¿Por qué se escribió esta extraña y a la vez fascinante novela? Los biblistas sostienen que se compuso para justificar la existencia de la fiesta llamada Purim. Era una antigua celebración nacida en Persia, que conmemoraba el comienzo del año nuevo. Los persas, cuando terminaba el ciclo anual (en febrero), hacían una gran fiesta augurando que el nuevo año (que empezaba en marzo) mejorara las condiciones de vida de la gente, trajera prosperidad y cambiara la suerte de todos. La palabra Purim en babilonio significa precisamente «suerte». Ese día se organizaban banquetes, se intercambiaban regalos y se daba limosna a los pobres.

De Persia, la fiesta del Purim pasó a Babilonia. Allí la conocieron los judíos en el siglo VI a.C. durante los años que estuvieron exiliados (entre el 587 y el 538 a.C.), y quedaron prendados de ella por ser una fiesta alegre y optimista. Por eso al regresar del exilio la trajeron con ellos y empezaron a celebrarla en Judea. Poco a poco se fue imponiendo entre la gente y se volvió una celebración popular.

Para salvar una fiesta

Al principio, las autoridades religiosas judías no vieron con buenos ojos el Purim, por tres razones: a) porque todas las fiestas judías tenían que ser en honor de Yahvé, y esta era una festividad pagana que no conmemoraba ningún hecho religioso; solo evocaba el deseo de que «cambiara la suerte» para el nuevo año; b) porque era de origen extranjero, como se veía por su nombre; c) porque no

había sido establecida por Moisés ni figuraba en el Pentateuco, como mandaba la tradición. Intentaron, entonces, eliminar el Purim.

Entonces, alrededor del año 250 a.C., un judío anónimo de Jerusalén decidió escribir el libro de Ester. Para ello se basó probablemente en un viejo cuento popular que narraba la historia mencionada, es decir, que en cierta oportunidad los judíos de Persia estuvieron a punto de ser exterminados, porque el malvado Amán había «echado la suerte» contra ellos; pero gracias a Ester se salvaron, «cambiando la suerte». Así, el Purim dejó de ser una fiesta pagana que conmemoraba la suerte del año nuevo para recordar la suerte de los judíos que se salvaron del exterminio en Persia.

De todos modos, a pesar de este intento de reivindicación, el libro no aborda los temas fundamentales del judaísmo como son la Ley, el Templo, la Alianza, el sacerdocio o el sábado.

El día más feliz del año

Gracias a la novela de Ester, el Purim se convirtió en una fiesta conmemorativa de la historia judía, y estos pudieron celebrarla con libertad. La alegría desenfrenada que en ella se vivía estaba ahora justificada, porque evocaba el día de la salvación del pueblo.

Con el paso del tiempo la celebración fue adquiriendo cada vez más importancia, hasta llegar incluso a superar a las demás fiestas en popularidad. Sabemos que en el año 160 a.C. se la celebraba oficialmente en Jerusalén con el nombre de «Día de Mardoqueo» (2 Mac 15,36). Se leía el relato en las sinagogas, seguido de alegres banquetes familiares. Y en el año 114 a.C. en Egipto el libro fue traducido al griego (Est 10,3), para que los judíos de Alejandría también

pudieran conocer el nuevo significado conmemorativo del Purim y celebrarlo tranquilamente.

Fue tal la aceptación que tuvo la fiesta, que un rabino de aquel tiempo llamado Rabí Simeón ben Gamaliel comentó: «Los israelitas nunca han tenido días tan felices como los de Purim». Se convirtió en una jornada de enorme algarabía y bullicio, una especie de carnaval. Y cuando en el año 70 d.C. Jerusalén fue destruida por los romanos, el libro de Ester se volvió más popular aún, puesto que aportaba un poco de consuelo y alegría en medio de tanto dolor. Era la alegría del año.

El libro sin Dios

Sin embargo, cuando hacia el año 80 d.C. los rabinos judíos quisieron fijar la lista oficial de los libros sagrados, es decir, aquellos que debían considerarse inspirados por Dios, el libro de Ester se vio en serias dificultades por las irregularidades que contenía: a) Dios jamás aparecía en el texto; b) Ester y Mardoqueo no eran personajes muy religiosos: nunca oraban, ni hacían sacrificios, ni cumplían la Ley; c) Ester aparecía casada con un rey pagano, y desfilaba mostrando sus encantos físicos ante los invitados de su marido; d) la reina comía y banqueteaba con Asuero sin fijarse en los alimentos impuros prohibidos por la Ley judía; e) los judíos al final perpetraban una terrible matanza.

La novela de Ester, pues, daba la impresión de ser un libro poco religioso, y por lo tanto inadecuado para formar parte de las Sagradas Escrituras, de modo que fue rechazado por los rabinos junto con el libro del Eclesiastés. Por eso Flavio Josefo, un historiador judío del siglo I, al enumerar en su obra Contra Apión la lista de los libros inspirados, no menciona ninguno de estos dos.

Alrededor del año 150 hubo una nueva asamblea de rabinos, en la que se volvió a considerar la inspiración de los libros bíblicos, y esta vez sí se aceptó el Eclesiastés. Pero el libro de Ester volvió a quedar afuera. Fue entonces cuando se hizo sentir todo el peso del clamor popular. La fiesta del Purim no podía quedar sin el libro que la avalaba. Había penetrado profundamente en la tradición de la gente, y quedaría desacralizada si se rechazaba el texto de Ester. Finalmente, ante la presión general y el reclamo del pueblo, hacia el año 200 los rabinos, aun con fuertes discrepancias entre ellos, terminaron aceptando a Ester como libro inspirado. Fue el último libro en ser aceptado en la Biblia hebrea, y con él los judíos clausuraron las Escrituras.

El libro de Ester había sido compuesto para salvar la fiesta. Y al final, la fiesta terminó salvando al libro.

La nueva versión

Pero la historia del libro de Ester no termina aquí. Los judíos de Alejandría (Egipto), que leían el libro en su traducción griega, también habían notado los inconvenientes que señalaban los rabinos. Entonces se animaron a hacer algo que sus hermanos judíos de Palestina no se habían atrevido a hacer: agregaron, en griego, seis capítulos nuevos repartidos estratégicamente en distintas partes la novela, para rellenar las lagunas religiosas que tenía. Fue la segunda versión del libro de Ester.

En esos seis añadidos, compuestos hacia el año 80 a.C., el nombre de Dios se menciona muchas veces, Ester y Mardoqueo aparecen rezando largas oraciones, Dios sí interviene en la trama, Mardoqueo se muestra como un hombre religioso, Ester es descrita como una reina piadosa que no come comidas impuras, los judíos aparecen como fervientes devotos, y se suaviza el episodio final de la venganza. Hasta se menciona el Templo de Jerusalén y el altar de los sacrificios, que antes no aparecían.

Ahora sí, el libro había quedado convertido en una obra espiritual.

Sin embargo, los judíos de Palestina nunca aceptaron los capítulos añadidos porque tenían un defecto: estaban escritos en griego, lengua que para ellos no era sagrada. Por eso, cuando hacia el año 200 admitieron el libro de Ester en el canon, acogieron su versión breve. En cambio entre los cristianos hubo desde el principio una gran discusión: ¿cuál de las versiones aceptar, la breve de Palestina (solo en hebreo) o la larga de Egipto (con las seis adiciones griegas)? Algunos Santos Padres, como san Jerónimo, eran partidarios de la primera, y rechazaban los añadidos. Pero poco a poco en la Iglesia se fue imponiendo el texto largo, de manera que este terminó siendo el libro universalmente admitido.

Cuando en 1517 Martín Lutero se separó de la Iglesia católica y formó la Iglesia protestante, estableció que la versión de Ester que había que leer era la breve. Por eso actualmente las Biblias protestantes contienen el libro de Ester más corto, mientras que en las Biblias católicas incluyen la versión larga con las seis adiciones griegas.

La suerte somos nosotros

Dice el Talmud que al final de los tiempos solo quedarán dos fiestas judías: Purim y Yom Kippur. Es decir, la fiesta del Purim no desaparecerá jamás. Es que los judíos terminaron comprendiendo la gran enseñanza del libro de Ester: que la mala suerte no existe. Que puede haber problemas y desgracias en nuestra vida, pero siempre planea sobre nosotros una fuerza superior, divina, que nos empuja a cambiar esa suerte como cambió la de los judíos cuando, a punto de ser exterminados por los persas, ellos se decidieron a actuar.

Para lograrlo es necesario hacer lo que hizo Ester: descubrir para qué estamos en esta vida. Al principio, ella era solo un mero objeto decorativo en manos del rey, una joven sin voluntad propia, egoísta y miedosa, encerrada en la apatía del palacio. Pero Mardoqueo le hizo ver que Dios la había puesto como reina para algo: liberar a su pueblo aun a riesgo de su vida. Todos nosotros vinimos a este mundo con una misión, aunque a veces nuestra vida parezca no tener sentido. Todos ocupamos un lugar único en la vida. Descubrir cuál es ese aporte original que podemos hacer, en el sitio en el que estamos, es la forma como Dios actúa en la historia. Porque solo hay una manera de hacer que funcione la buena suerte: decidiéndonos a actuar nosotros.

Para continuar la lectura

J. Vílchez, Rut y Ester, Editorial Verbo Divino, Estella 1998.

C. Bernabé Urieta, «Esther, el poder subversivo y transformador de la risa», Revista Aragonesa de Teología 34 (2010) 23-34.

6

¿Por qué el libro de Judit no entró en la Biblia protestante?

Una ciudad atrevida

Uno de los siete libros que aparece en las Biblias católicas y que no figura en las protestantes es el de Judit. ¿Por qué? La respuesta es sencilla: porque como los judíos no lo aceptaron, Martín Lutero (el iniciador del movimiento protestante) tampoco lo incluyó en el canon.

¿Y por qué los judíos no aceptaron el libro? Eso ya es otra historia. Y es fascinante.

El libro de Judit es una novela de acción y aventuras, increíblemente osada para su época. Ambientada en el año 590 a.C. (Jdt 1,1), dice que Nabucodonosor, a quien erróneamente llama rey de Asiria (en realidad era rey de Babilonia, imperio que surgió más tarde), decidió un día atacar a los países de la costa occidental del Mediterráneo por haberle negado ayuda militar cuando quiso conquistar a los medos. Entonces envió a un general llamado Holofernes con el propósito de castigar a las naciones rebeldes. Holofernes poco a poco fue invadiendo esas regiones sin que ninguna ofreciera resistencia, hasta que llegó a Palestina. Una vez allí, la pequeña ciudad judía de Betulia, enclavada en las colinas de Samaria, le cerró el paso, guarnecida tras sus murallas (Jdt 1–4).

El militar quedó asombrado al ver cómo un minúsculo pueblo se plantaba frente a él y desafiaba su poder. Convocó a los jefes para tomar una decisión, y uno de ellos, llamado Ajior, de origen amonita, le dijo que nunca podrían ganar la

batalla porque el Dios de los judíos era muy poderoso. Solo si los judíos pecaban, Dios dejaría de defenderlos. Holofernes, enfurecido por el pronóstico desalentador, ordenó que Ajior fuera enviado a la ciudad de Betulia para que cuando la tomaran fuera él también asesinado allí junto con los demás habitantes (Jdt 5–6).

Los reproches de una viuda

Holofernes entonces puso sitio a la ciudad y cortó el suministro de agua. Los judíos resistieron cuanto pudieron, pero luego de un mes la sed empezó a hacerse sentir, y los ciudadanos, desesperados, hablaron con su jefe Ozías para decirle que lo más sensato era entregarse (Jdt 7).

En este momento entra en escena Judit. Era una viuda hermosa y rica de Betulia la cual, al enterarse de que los dirigentes pensaban rendirse, los convocó en su casa y los reprendió por su falta de fe. Ellos le explicaron que no veían otra salida. Judit, ante el desaliento de los líderes, les prometió que ella misma salvaría a Betulia (Jdt 8).

Al marcharse los líderes israelitas, la viuda se puso en oración pidiendo a Dios que la protegiera en la difícil misión que iba a emprender. Luego se vistió con sus mejores atuendos y sus joyas más caras, y junto con su esclava partió hacia el campamento enemigo (Jdt 9).

Al verla llegar, Holofernes quedó sorprendido. Entonces ella le inventó una historia. Le dijo que los hebreos estaban a punto de pecar, porque el hambre los estaba induciendo a comer alimentos impuros. De ser así, Dios los abandonaría pronto y Holofernes podría fácilmente conquistar Betulia. Le prometió que se quedaría junto a él en el campamento, y que cada día rezaría para averiguar el

momento del pecado de los israelitas, y le avisaría. El general, creyendo en sus palabras, pero sobre todo cautivado por su belleza, le permitió quedarse (Jdt 10–11).

Durante tres días Judit permaneció en una tienda preparada para ella. Al cuarto día Holofernes la invitó a un banquete en su tienda, con la intención de seducirla. Judit aceptó, y concurrió a los festejos preparados en su honor con sus mejores galas. El militar quedó extasiado por su hermosura. Ante las perspectivas alentadoras que tenía, el hombre bebió mucho vino; y cuando ya casi había perdido el conocimiento, Judit tomó la espada que había en la cabecera de su cama, y después de rezar para que Dios la ayudara, le cortó la cabeza, la envolvió en una alforja, y con su criada regresó inmediatamente a Betulia (Jdt 12,1–13,16).

Dramatismo con humor

Los betulienses, al verla llegar portando la cabeza del temido general, no daban crédito a sus ojos, y llenos de alegría salieron a atacar a sus enemigos. Mientras tanto, en el campamento asirio habían descubierto el cuerpo decapitado de Holofernes; entonces cundió el pánico entre los soldados, y todos huyeron despavoridos dejando en el apuro sus pertenencias. Ajior el amonita, contemplando las maravillas que había obrado Dios a través de Judit, se convirtió al judaísmo. El Sumo Sacerdote viajó desde Jerusalén hasta Betulia para agradecer a la valiente mujer el haber salvado el país de su destrucción. Y Judit organizó una procesión con cantos de alabanza hasta Jerusalén acompañada por todo el pueblo. Allí permaneció tres meses festejando y alabando a Dios. Luego regresó a Betulia (Jdt 13,17–16,20).

La novela finaliza diciendo que Judit vivió hasta los 105 años, sin casarse con nadie a pesar de los diversos pretendientes que tuvo (Jdt 16,21-25).

El mensaje de la novela parece claro. Muestra cómo, cuando fallan los fuertes (los militares), Dios es capaz de valerse de algo tan débil como una mujer (en la concepción de aquel tiempo) para salvar al pueblo del poder de sus enemigos.

A pesar de su crudeza, la obra contiene pinceladas de humor e ironía. Lo vemos por ejemplo cuando Bagoas, oficial de Holofernes, a la mañana siguiente golpea suavemente las manos antes de entrar a la tienda para despertar delicadamente a su jefe, que estaba decapitado (Jdt 14,14). O en la grotesca expresión de Bagoas cuando descubre el cadáver de su general: «¡Miren, Holofernes está aquí en el suelo, pero su cabeza no está con él!» (Jdt 14,18). O en el diálogo de Judit con Holofernes en su tienda, cuando ella le dice con sarcasmo: «Hoy, mi Señor, es el día más feliz de mi vida» (Jdt 12,18), haciéndole creer que lo dice por estar cenando con un valiente general, cuando en realidad se refiere a que lo va a decapitar.

Dos mujeres semejantes

Debido al ambiente de persecución que se respira en todo el relato, los exegetas sitúan la composición del libro de Judit en torno al año 150 a.C., en circunstancias muy especiales. En esa época los judíos se hallaban dominados por el vecino país de Siria. Los Macabeos, una familia judía muy patriota y religiosa, habían iniciado una revuelta contra sus opresores alrededor del año 166 a.C. mediante una guerra de guerrillas. Con el apoyo popular, poco a poco fueron recuperando el país y manteniendo en jaque a los invasores sirios. Sin embargo, la resistencia judía había empezado a desanimarse y perder las esperanzas, olvidando los ideales religiosos por los que estaba luchando. Ante esta situación, un escritor anónimo de Judea compuso la obra de Judit para infundir ánimo a sus compatriotas contra sus enemigos sirios. Y sobre todo para hacerles ver que Dios podía derrotar incluso al más poderoso adversario, valiéndose de personas frágiles y desvalidas como aquella viuda solitaria, si es que ellos se mantenían fieles y confiaban en Dios.

Ahora bien, si prestamos atención, vemos que la novela de Judit es muy parecida a otra novela bíblica escrita un siglo antes: la de Ester. En ambos libros el personaje central es una mujer. En ambos se trata de figuras marginales de la sociedad, ya que una es huérfana (Ester) y la otra es viuda (Judit). Ambas son mujeres bellas y de hermosa figura (Est 2,7; Jdt 8,7). Ambas usan su atractivo sexual como armas: Ester en un concurso de belleza, y Judit en un banquete en el que espera que el general asirio la seduzca sexualmente). Las dos tienen una gran habilidad para expresarse.

Con argumentos parecidos

No solo las heroínas se parecen, sino también la trama de los dos relatos. En ambos, la heroína judía arriesga su vida para salvar a Israel de una nación extranjera. Las dos mujeres, antes de entrar en escena, llevaban una vida solitaria y apartada de la sociedad (Ester en el harén del rey, y Judit en su casa). En ambos, el enemigo es muy numeroso y desproporcionado para sus fuerzas (en el caso de Ester se trata de 75.000 persas, y en el de Judit de 132.000 soldados). Las dos muchachas realizan un ritual de embellecimiento para señalar que el arma que piensan emplear es la seducción. Las dos logran sus fines en una cena festiva, en la que han empleado el vino para los hombres. En los dos relatos el jefe enemigo termina muerto de manera vergonzosa. En ambos textos, el pueblo judío se venga de sus enemigos organizando una matanza. Finalmente, Dios no interviene de manera directa en ninguno de los dos libros, sino que son las protagonistas quienes, con astucia y valentía, logran salir airosas de su misión.

Estas semejanzas sugieren que el autor de Judit se inspiró en el libro de Ester para componer su texto. Pero, al parecer, le encontró varios defectos a Ester y se propuso mejorarlo. ¿Por qué? ¿Cuáles eran esos defectos? ¿Qué mejoras le hizo?

Una oración antes de matar

1) El libro de Ester (en su versión original, en hebreo) no mencionaba jamás a Dios, y sus personajes no mostraban interés por la Ley judía ni las prácticas religiosas. En cambio en el libro de Judit Dios es el centro de la historia, el Templo de Jerusalén es lo más valioso que existe (Jdt 8,21), siempre se observa la Ley judía, y Judit demuestra un enorme fervor religioso (Jdt 8,8).

2) Ester nunca rezaba, ni hacía sacrificios, ni realizaba actos religiosos. En cambio Judit es sumamente devota, ayuna, ora y hace constantemente ofrendas a Dios. Incluso antes de cortar la cabeza a Holofernes pronuncia una piadosa oración.

3) Ester comía y banqueteaba sin preocuparse de los alimentos prohibidos por la Ley. En cambio Judit es respetuosa de las normas gastronómicas judías, y cuando se dirige al campamento enemigo lleva escondida su comida para evitar el alimento impuro de Holofernes (Jdt 10,5).

4) Ester convivía sin reparos con un rey pagano, y no tenía problemas en desfilar mostrando sus encantos físicos en un banquete. En cambio Judit no tiene trato sexual con un gentil (Jdt 13,16) ni con nadie. Y después de liberar a Betulia se mantuvo viuda el resto de su vida (Jdt 16,22).

5) Ester no era una heroína valiente. Se mostraba titubeante, temerosa, insegura, sin el coraje suficiente para la inmolación. En cambio Judit desde el principio se presenta como una mujer valerosa, osada y sin vacilaciones.

6) El libro de Ester no mostraba interés por la tierra de Israel, ni por sus

instituciones. Para su autor, el hecho de que los judíos vivieran bajo el gobierno de un rey pagano no significaba un problema, siempre que este fuera benévolo y justo. En cambio el autor de Judit muestra gran preocupación por la independencia judía, y presenta a Jerusalén gobernada por el Sumo Sacerdote. Para él la autoridad extranjera, sea la que fuere, no es bien vista y debe ser combatida.

La causa de la exclusión

El autor de Judit, pues, superó notablemente la novela de Ester, eliminando los detalles incómodos que pudieran sonar escandalosos para los lectores más sensibles. El resultado fue una excelente heroína, mejor aún que Ester (en su versión hebrea): ejemplar en lo religioso, intachable en lo moral, modelo de creyente, perfecta ciudadana. Como opinan algunos autores, Judit es quizás el héroe hebreo más potente de toda la literatura bíblica.

Sin embargo, ¡oh ironías de la historia!, a pesar de todo este esfuerzo para que Judit enmendara los defectos de Ester, el libro de Judit no fue admitido en la Biblia hebrea mientras que el de Ester sí. Sin duda, la causa de esta exclusión debió de haber sido una serie de defectos que los judíos hallaron en Judit. No sabemos exactamente cuáles, pero podemos suponer que la figura de Judit no terminó de encajar en el modelo de sociedad patriarcal judía. Al autor de Judit se le fue la mano y terminó creando un personaje que, si bien era perfecto en el aspecto religioso, era demasiado liberal en el aspecto social. En cambio Ester sí se adaptaba al orden social imperante. Veamos algunos ejemplos.

La mujer, en su casa

1) Mientras Ester está casada, como correspondía a toda mujer joven, y emplea

su belleza solo para su marido el rey, Judit es viuda; y la viudez no era un estado deseable para las mujeres jóvenes y hermosas. La belleza se consideraba peligrosa si no estaba adecuadamente controlada por el matrimonio. Judit, que debía al menos haber cumplido con la ley del levirato, casándose con un familiar de su marido difunto (Dt 25,5-10), no muestra ningún interés en ello. Su esposo había muerto hacía más de tres años, y ella parecía disfrutar de su estado civil emancipado. Era una amenaza potencial al orden patriarcal imperante en Israel.

2) Ester es obediente a su marido, al punto de desfilar ante sus invitados en una fiesta, porque «todo marido debe ser señor de su casa» (Est 1,22). En cambio Judit no acata órdenes sino que las da. Ella reprende a los dirigentes de Betulia, advierte a los ancianos, decide por los jefes, y da directivas a los soldados israelitas.

3) Ester no maneja dinero. Se supone que la riqueza debía ser controlada por los hombres. En cambio Judit es muy rica y controla ella misma su fortuna. Tan rica es que, mientras los desesperados betulienses se desmayaban de sed durante el sitio de la ciudad (Jdt 7,22), a ella le sobraba agua para tomar un baño y hermosearse (Jdt 10,2).

4) Ester no actúa públicamente. Siempre está en la habitación privada de las mujeres. En cambio Judit no solo interviene públicamente sino que lo hace en un terreno absolutamente viril, como era el de la guerra. Asume el papel de estratega, jefe y soldado, en un mundo en el que lo bélico estaba estrechamente ligado a la sexualidad masculina.

Un David en femenino

5) Ester no mata personalmente a su enemigo Amán. Nunca ejerce violencia. En

cambio Judit decapita a Holofernes con sus propias manos.

6) Ester es siempre sincera; todo lo que dice es verdad. En cambio Judit no solo miente y engaña sino que reza a Dios para que le dé «palabras mentirosas», y poder desarrollar eficazmente su plan (Jdt 9,13).

7) Al final del libro, Ester desaparece completamente como corresponde a una muchacha decente, y todas las alabanzas recaen sobre la figura masculina que la acompaña, llamada Mardoqueo (Est 10,3). En cambio, Judit es el centro de atención masculina. Los soldados enemigos quedan atónitos ante su belleza (Jdt 10,19); y el Sumo Sacerdote, junto con los ancianos de Israel, los habitantes de Jerusalén y los ciudadanos de Betulia le dedican alabanzas y loas solamente a ella (Jdt 15,8-10).

En conclusión, por más que el autor del libro de Judit quiso crear un personaje que sirviera de ejemplo para la lucha de la época macabea, y que a la vez subsanara las deficiencias teológicas del libro de Ester, el resultado fue demasiado audaz. Los judíos ya tenían en su tradición un personaje que servía de ejemplo de lo que Dios podía hacer con lo pequeño: era el joven David en su lucha contra el gigante Goliat. No necesitaban otro. Y menos femenino. El autor de Judit había colocado a una mujer en un papel eminentemente viril, como era el de la guerra, y le había otorgado un estatuto que nunca antes había tenido en la historia de Israel. Y eso no era fácil de admitir.

Desde donde Dios nos llame

A nosotros nos resulta difícil imaginar la conmoción que debió de producir la historia de Judit entre los judíos. Nunca antes se había oído en Israel el relato de una mujer que ingresara en el mundo de los hombres, y que engañara, asesinara

y deshonrara de un modo tan brutal a un enemigo masculino. Eso rompía con todas las costumbres, y trastocaba de manera inusitada la forma habitual de concebir las relaciones sociales entre el hombre y la mujer. Por eso la tradición judía posterior no vio con buenos ojos a esta heroína. Era demasiado innovadora. Y por eso su libro se quedó afuera del canon.

La Iglesia católica, en cambio, sí aceptó el texto de Judit como inspirado. Reconoció así que la mujer tiene mucho para dar en la reconstrucción de un mundo más justo y en una sociedad nueva. No solo desde su casa, desde su familia o desde la maternidad, como a veces se la ha confinado, sino desde los más variados lugares y situaciones, incluso aquellos que puedan parecer inapropiados o intrépidos, como lo eran la guerra y el ejército para Judit. Basta con tener valentía, imaginación y confianza en Dios.

No hay límites ni barreras cuando el Dios de Israel llama. Si alguien trabaja con la fe puesta en él, es capaz de hacer cosas increíbles. Como lo hizo la viuda betuliense.

Para continuar la lectura

J. Vílchez, Tobías y Judit, Editorial Verbo Divino, Estella 2000.

7

¿Por qué el profeta Ezequiel tuvo que comerse un libro?

Junto a los ríos de Babilonia

La Biblia cuenta cómo fue la vocación religiosa de muchos personajes, como por ejemplo la de Moisés, Jeremías, Pedro o Pablo. Pero ninguna resultó tan extraña y traumática como la del profeta Ezequiel. El día que sintió el llamado de Dios, entre las cosas raras que debió hacer, estuvo la de comerse un libro. ¿Por qué?

A veces no se comprende este gesto, porque tradicionalmente se ha dicho que el relato de su vocación abarca solo los tres primeros capítulos de su libro (Ez 1,1–3,15). Pero si extendemos el relato hasta el capítulo cinco, como hacen hoy los exegetas (Ez 1–5), entonces se aclaran muchas cosas, y entre ellas se entiende lo del libro devorado.

Para Ezequiel, la experiencia de su vocación fue dolorosa por varias razones: porque se hallaba cautivo en Babilonia, porque era sacerdote y debió convertirse en profeta, y porque era dueño de una gran sensibilidad que lo llevó a sufrir como nadie aquellos terribles acontecimientos.

Ezequiel había nacido probablemente en Jerusalén, o en una de sus aldeas cercanas, hacia el año 623 a.C. Era hijo de un sacerdote llamado Buzí, y por lo tanto él mismo era sacerdote. Siendo aún joven, en el 598 a.C., el general Nabucodonosor lo llevó desterrado a Babilonia junto a un grupo grande de judíos. Una vez allí, fue alojado en la ciudad de Tel Abib, junto al río Kebar, cerca de la antigua Nipur, a unos 80 kilómetros al sudeste de Babilonia, donde

estaba radicada la mayoría de los deportados. En una casita de adobe, junto a su mujer a quien amaba tiernamente (Ez 24,15), Ezequiel empezó una nueva vida. Al igual que sus compatriotas, se sentía triste y abatido en tierra extraña. Pero nunca se imaginó lo que Dios le tenía preparado.

Cuando hace falta un profeta

Al principio, los exiliados debieron sortear condiciones muy duras. Pero con el paso del tiempo estas se fueron suavizando, y pudieron mejorar su calidad de vida: construyeron sus propias casas, consiguieron trabajo, compraron tierras y formaron sus familias. Sin embargo, sus pensamientos y su corazón habían quedado en su patria. En ella pensaban, de ella hablaban, con ella soñaban, y anhelaban el día en que se les permitiría regresar a Jerusalén, de donde habían sido arrancados a la fuerza.

Pero eso no iba a suceder. El horizonte se presentaba muy negro. Apenas once años después, Jerusalén iba a ser tomada nuevamente por el ejército de Nabucodonosor, y esta vez sí la destruirían; la ciudad sería arrasada, sus edificios desmantelados, su población aniquilada y deportada, y el Templo, lo más precioso que tenían, quedaría en ruinas.

Los desterrados en Babilonia ignoraban todo esto, y alguien tenía que decírselo. Por un lado, para que dejaran de ilusionarse en vano con el regreso a Jerusalén; y por otro, para que aprendieran la lección que dejaba la catástrofe: el corazón de los judíos estaba lejos de Dios, y tenían que cambiar de vida y convertirse.

¿Quién sería capaz de pregonarlo? ¿Quién destrozaría el corazón de los judíos deportados anunciando semejantes desgracias y truncando la ilusión que todos tenían de volver algún día a su amada patria?

Sí. Correcto. Dios había pensado en Ezequiel.

La importancia de una fecha

Ezequiel era sacerdote, hijo de sacerdotes, y formado desde niño para ejercer funciones de sacerdote en el Templo de Jerusalén. Tenía, pues, una mentalidad opuesta a la de los profetas. Él era conservador, tradicionalista y apegado a las instituciones. Los profetas en cambio eran todo lo contrario: libres de toda estructura, independientes de las instituciones, críticos de las tradiciones, audaces, innovadores. De modo que a Dios no le iba a resultar fácil forjar semejante personalidad en Ezequiel. De hecho, le costó mucho trabajo.

La vocación de Ezequiel comienza con una fecha misteriosa. Dice que Dios lo llamó «en el año 30» (Ez 1,1). Pero ¿en el año 30 de qué? El texto no lo aclara, y los estudiosos tampoco se ponen de acuerdo. Probablemente se trate del año 30 de la vida de Ezequiel. ¿Por qué era importante señalar su edad, cuando este dato no aparece en ningún otro profeta? Por una razón muy simple: a los 30 años era cuando los sacerdotes entraban en funciones en el Templo de Jerusalén (Nm 4,3.23). Ezequiel acababa de cumplir los 30. Era la edad en la que hubiera esperado ser consagrado sacerdote y promovido al servicio del culto divino. Sin embargo, se hallaba exiliado, en una tierra impura, y sin esperanzas de retornar a Jerusalén. Su vocación tiene lugar, pues, en un momento crucial: el día en que descubre que nunca va a poder ejercer aquello para lo cual se había preparado toda su vida.

El libro precisa aún más la fecha: «El día 5.º, del mes 4.º, del 5.º año del destierro» (Ez 1,2). Esto equivale al 31 de julio del año 593 a.C. Ezequiel es, pues, el único profeta bíblico del que tenemos la fecha exacta de su vocación. Ese día, ante sus ojos, se abrió el cielo y contempló unas visiones terribles

(Ez 1,1), que lo dejaron aturdido y casi le hicieron perder el sentido (Ez 3,15).

¿Qué fue lo que vio?

Seres de fuego y pezuñas

Era una tarde de verano. El sacerdote había salido a caminar a orillas del río Kebar, en las afueras de la ciudad de Tel Abib, cuando de pronto, mientras miraba el cielo de Babilonia, vio bajar cuatro seres rodeados por una nube de fuego. Cada uno tenía cuatro caras: de ser humano, de león, de toro y de águila. Poseían además cuatro alas, y piernas terminadas en pezuñas de buey. En medio de ellos se hallaba un extraño vehículo con cuatro ruedas. En su parte superior, un trono de zafiro sobre el que estaba sentada una figura envuelta en fuego y rodeada por un arcoíris, cuyo rostro era imposible de distinguir (Ez 1,1-28). El vehículo venía del norte (Ez 1,4), por lo tanto, del camino que conducía a Jerusalén. Ezequiel comprendió que estaba ante una visión de Dios sentado en su trono, y que el carro con cuatro ruedas apoyado sobre figuras fantásticas no era otro que el arca de la alianza, que solía estar guardada en el Templo de Jerusalén.

¿Qué hacía el arca allí, en Babilonia?

Pronto comprendió el mensaje. El Dios santo de Israel había abandonado la ciudad sagrada de Jerusalén y su Templo, para ir a visitarlo a Babilonia. Mientras el sacerdote Ezequiel se lamentaba por no poder presentarse ante Dios en el Templo, Dios había venido a presentarse ante él en su vehículo litúrgico oficial. Ezequiel se hallaba ahora frente al mismo Dios, como si fuera el día de su ordenación sacerdotal. Se había cumplido su sueño.

Pero Dios le deparaba más sorpresas al vidente de Tel Abib.

Cada uno es lo que come

Desde su carro divino Dios le contó a Ezequiel su nuevo proyecto. No iba a ejercer como sacerdote. Dios lo necesitaba como profeta en Babilonia para que hablara a los exiliados y les comunicara su palabra (Ez 2,1-7). Al oír esto, Ezequiel quedó atónito. Nada había más lejos de sus aspiraciones. Él había nacido para ser sacerdote, y había aprendido la liturgia, los ritos y las ceremonias del Templo. ¿Cómo podía asumir ahora un papel tan opuesto al suyo?

Entonces Dios le ordenó realizar una acción insólita: le entregó un libro y le pidió que se lo comiera. El libro estaba cubierto de escrituras por dentro y por fuera. Ezequiel no podía negarse al encargo divino y lo devoró; y extrañamente le resultó dulce como la miel (Ez 2,8–3,13).

¿Qué sentido tenía ese gesto? Cuando un sacerdote era consagrado en el Templo de Jerusalén, se le hacía comer la carne de un animal sacrificado como señal de que desde ese día se iba a ocupar de los sacrificios que allí se ofrecían (Lv 8,31-32). Con una genial pedagogía, el autor del libro muestra a Dios adaptando aquel ritual de ordenación sacerdotal al nuevo rol de Ezequiel y dándole de comer simbólicamente un libro para mostrar que estaba siendo «consagrado», no ya como sacerdote sino como profeta. En el futuro no tendrá que encargarse de los sacrificios del Templo sino de predicar el mensaje que Dios ponga en su boca.

Encierro sacerdotal

Cuando la visión desapareció, Ezequiel quedó turbado y volvió a Tel Abib. Se encerró en su casa y esperó. Estaba seguro de que Dios iría allí a buscarlo para encomendarle la misión para la que lo había llamado. Todo profeta, cuando era convocado, recibía un encargo inmediato y urgente, y se les exigía celeridad. Los profetas no dilataban su tarea.

Pero no fue así. Dios no volvió a hablarle por una semana. Durante siete días Ezequiel permaneció recluido y silencioso en su casa sin que Yahvé le dirigiera la palabra (Ez 2,16). Estamos nuevamente ante un gesto tomado de la consagración sacerdotal. Cuando un sacerdote era consagrado, se encerraba durante siete días en el Templo para profundizar la bendición que habían recibido (Lv 8,33-35). El autor vuelve a mostrar a Dios, con admirable delicadeza, empleando el rito sacerdotal para hacer sentir más cómodo a Ezequiel en su transformación como profeta.

Pasada la semana, y repuesto Ezequiel de su aturdimiento, Dios volvió a llamarlo (Ez 3,16). Esta vez le pidió que fuera a un valle a las afueras de la ciudad para tener un encuentro con él. Ezequiel partió al lugar indicado, y allí, solo, a campo abierto, quedó deslumbrado ante el espectáculo que contempló: toda la gloria de Dios apareció de pronto ante sus ojos, radiante, majestuosa, de manera que Ezequiel cayó rostro en tierra (Ez 3,22-23). Otra vez era parte del ritual de consagración sacerdotal. Los ministros del Templo, después de la semana de retiro, ingresaban en el Santuario donde podían contemplar la gloria de Yahvé (Lv 9,23). Nuevamente el autor adapta el ritual sacerdotal para mostrar a Ezequiel convirtiéndose en profeta.

Un mensaje indescriptible

De pie, en el valle de las afueras de Tel Abib, por fin Ezequiel se enteró de lo que Dios quería que proclamara: la inminente caída de Jerusalén. Peor aún: la destrucción del Templo, orgullo de todo judío y centro de sus esperanzas.

Ezequiel se sintió desfallecer. ¡Era el anuncio de una pesadilla! Ni en sus noches más negras hubiera imaginado que le tocaría vivir semejante tragedia. Por mal que estuvieran las cosas, en la mente de un sacerdote no cabía la idea de que Jerusalén pudiera ser destruida.

¿Cómo salir a pregonar esa noticia entre los desterrados de Babilonia? Todos confiaban en que, de un momento a otro, se acabaría el cautiverio y podrían regresar a su patria. Añoraban volver a contemplar las doradas almenas de sus murallas y caminar por sus calles y sus plazas. Incluso en esos momentos muchos profetas recorrían Tel Abib animando a la gente a no desesperar porque pronto Dios les permitiría retornar a sus casas (Ez 13,1-16). ¿Cómo ahora iba a decirles que nada de eso era cierto, que las cosas no iban a mejorar sino empeorar, porque Dios había dispuesto la ruina de Jerusalén? Ni él mismo quería aceptarlo.

Pero Dios le insistió. En un plazo no muy grande Jerusalén iba a ser sitiada, conquistada y destruida, y ni el Templo iba a salvarse.

Si a Ezequiel le costó aceptar su vocación de profeta, mucho más le costó aceptar el mensaje que debía proclamar. Entonces perdió la voz y se quedó mudo (Ez 3,26).

El juego de la guerra

Durante los meses siguientes el profeta lo pasó muy mal. La Biblia cuenta una serie de extrañas acciones que realizó, encerrado en su casa. Fueron cinco gestos que los estudiosos suelen llamar «actos simbólicos», pero que posiblemente sean mucho más que eso.

Primero: tomó un ladrillo y dibujó en él la ciudad de Jerusalén. Luego, cual si fuera un niño pequeño, se tiró al suelo a jugar con el ladrillo simulando el sitio de la ciudad. Le construyó alrededor trincheras, terraplenes, campamentos, arietes, y colocó una sartén de hierro sobre el mismo simulando un muro de asedio (Ez 4,1-3).

Segundo: permaneció largas temporadas acostado, a veces del lado derecho, otras del lado izquierdo, inmóvil, paralizado y silencioso, como un preso en una cárcel (Ez 4,4-8).

Tercero: comía poco y mal. También bebía el agua racionada y a ciertas horas del día, como si estuviera en un lugar donde se pasa hambre y sed (Ez 4,9-11).

Cuarto: cocinaba sobre el fuego hecho con excrementos humanos, es decir, sin atender las normas de pureza de la Ley judía (Ez 4,12-15).

Quinto: se afeitó la cabeza y la barba, y con los cabellos formó tres pequeños bultos. A uno le prendió fuego, al otro lo cortó con una espada y al último lo esparció al viento (Ez 5,1-4). La suerte de esos cabellos simbolizaba el terrible destino que aguardaba a los habitantes de Jerusalén.

Predicar con la enfermedad

Los estudiosos discuten si Ezequiel realmente ejecutó estas acciones o solo se las imaginó. Si las realizó en público o encerrado en su casa. Si las hizo en la plenitud de sus facultades o en un estado alterado de conciencia. El texto dice

expresamente que las hacía «ante la vista» de los demás (Ez 4,12), «en medio de la ciudad» (Ez 5,2). Sin embargo, es poco probable que alguien que todavía no era un profeta famoso, ni reconocido como tal por la gente, hubiera comenzado voluntariamente a predicar de manera tan extravagante, arriesgándose a pasar más bien por loco que por un enviado de Dios.

Quizás no estemos lejos de la realidad si pensamos que Ezequiel, luego de enterarse del mensaje que debía predicar, quedó muy alterado, y durante un tiempo la idea lo llevó a realizar compulsivamente algunos de esos actos, ya sea en su casa (como jugar a la guerra o tenderse en la cama) o en público (como pasearse con la cabeza rapada y esparciendo cabellos). El escritor bíblico posterior interpretó que Dios le había encomendado llamar la atención con esos gestos, para anunciar a los desterrados la caída de la capital. Por eso el texto atribuye a Dios la orden de dibujar en un ladrillo la ciudad, permanecer largas temporadas acostado, o afeitarse la cabeza y la barba.

No hay noche a la luz de Dios

Un año y dos meses estuvo Ezequiel en estado de conmoción mental (Ez 4,5-7). No le fue fácil aceptar la nueva misión divina. Necesitó de un largo proceso interior, durante el cual tuvo que organizar todas sus vivencias: meditar las visiones recibidas, aceptar la renuncia a su sacerdocio, asumir su nueva vocación, y sobre todo comprender que Jerusalén y el Templo, dos realidades que todo israelita creía indestructibles, en poco tiempo más quedarían reducidas a cenizas.

Finalmente una mañana, superadas la depresión y el agobio, se abrió la puerta de la casa de Ezequiel y este salió a la calle plenamente convertido en profeta. Estaba recuperado y se sentía seguro del paso que iba a dar. Ya no había temor ni inseguridad. No había desmayos ni convulsiones. Aquel día los judíos del exilio vieron aparecer por las calles de Tel Abib a un hombre formidable, a un

predicador extraordinario ante el cual acudirán en tropel para escuchar sus palabras, tan bien pronunciadas que se parecían a «canciones de amor, con bonita voz y hermosa música» (Ez 33,30-31). Severo y a la vez sensible, apasionado pero reflexivo, extático y lógico, el vidente del río Kebar será uno de los más grandes profetas que jamás tuvo Israel.

Siempre hay algo mejor

Ezequiel era un sacerdote desterrado y obligado a vivir en una despreciable tierra extranjera. En sus noches de nostalgia y melancolía soñaba con regresar un día a su amada Jerusalén y ejercer el ministerio sacerdotal para el que se había preparado desde siempre. Pero la vida le derrumbó los planes. Sintió entonces que Dios le encomendaba una nueva tarea: la de ser profeta. Si Ezequiel se hubiera quedado lamentando su sueño incumplido tal vez hoy nadie sabría de él. Pero entre las cenizas de su amargura encontró una vocación alternativa, que lo terminó convirtiendo en una figura única, en un teólogo magistral, y en el fundador del judaísmo posexílico.

Cuando la noche cae sobre la vida de alguien destruyendo todos sus proyectos, siempre le queda la opción de oír dentro de él una voz que lo invita a una nueva tarea. Y esa suele ser mejor que la anterior. Porque las épocas de crisis generalmente suelen sacar lo mejor de nosotros. Seguir el nuevo llamado es el gran desafío de todo hombre, aunque eso le cueste tragarse algún desafío desconcertante. Como Ezequiel debió «tragarse» aquel libro.

Para continuar la lectura

J. L. Sicre, Profetismo en Israel, Editorial Verbo Divino, Estella 1992.

8

¿Se cumplieron siempre las profecías de los profetas?

En busca de una función

Para el común de la gente, un profeta es alguien que puede conocer el futuro, una especie de vidente capaz de predecir el destino de los acontecimientos y de las personas. En otras palabras: una especie de adivino. Por eso, cuando entre nosotros alguien afirma algo que luego se cumple, solemos decir: «fue una profecía».

Pero ¿era esa la función de los profetas de la Biblia? ¿Podían adivinar el futuro?

En las Sagradas Escrituras se conservan numerosas profecías pronunciadas entre los siglos VIII y IV a.C. por hombres que se sentían enviados de Dios. Pero cuando las analizamos, descubrimos que gran parte de ellas no se llegaron a verificar. ¿Se equivocó Dios con sus anuncios? ¿O fueron los profetas los que se equivocaron?

Ni Dios ni los profetas se equivocaron. Somos nosotros los que tenemos una idea equivocada de lo que es una profecía bíblica. En efecto, si analizamos los textos proféticos de la Biblia podemos hallar en ellos cuatro características.

La gran incertidumbre

La primera es que la función de los profetas no era hablar del futuro sino iluminar el presente; o, a lo sumo, hablar de un futuro cercano a los oyentes. Ellos transmitían un mensaje de Dios para los contemporáneos del profeta, para aquellos que los escuchaban en ese momento.

Pongamos un ejemplo. En el evangelio de Mateo (escrito en griego), cuando María está embarazada y a punto de dar a luz a Jesús, comenta el evangelista:

Esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del señor por medio del profeta: «He aquí que la virgen concebirá y dará a luz a un hijo, a quien pondrán por nombre Emanuel, que significa Dios con nosotros» (Mt 1,23).

El profeta aquí aludido es Isaías. Y siempre que leemos este texto, suponemos que este se refería a María («la Virgen») y a Jesús (el «Emmanuel»). Pero históricamente no es así.

Isaías pronunció ese oráculo en el año 735 a.C. En aquella época gobernaba Jerusalén el rey Ajaz, y estaba preocupado porque le habían llegado noticias de que dos reyes vecinos, Pecaj de Samaria y Rasín de Damasco, se habían unido para atacarlo. ¿El motivo? Ajaz no quería adherirse a ellos en una revuelta que habían organizado contra Asiria, la potencia internacional que tenía dominados a estos pequeños reinos. Entonces los dos monarcas decidieron destronar a Ajaz y poner en su lugar a alguien que se uniera en la rebelión (Is 7,1-6). Desesperado, el rey Ajaz pensó que tenía una sola salida: pedir ayuda a la misma Asiria. Pero tenía miedo porque sabía que, de hacerlo, quedaría automáticamente sometido a ese gran imperio enemigo. ¿Qué hacer? El dilema era serio, y el pobre Ajaz estaba en una gran incertidumbre.

¿Solución a largo plazo?

Ante esta situación, el profeta Isaías se presentó ante el rey y le aconsejó que no pidiera ayuda a los asirios. Le dijo que Dios tenía otros planes para él. Como señal, le anunció la famosa profecía: «He aquí que la joven ha concebido y dará a luz a un hijo, a quien pondrá por nombre Emmanuel» (Is 7,14).

Supongamos ahora que esa profecía se refería a la Virgen María y a Jesús. ¿Qué podía importarle a Ajaz, frente al grave problema en que se hallaba, que 700 años más tarde la Virgen María diera a luz a Jesús? El monarca estaba ante una inminente invasión enemiga. ¿Por qué habría de interesarle el nacimiento de un Salvador siete siglos después? ¿Podía ser tan torpe Isaías de llevarle al rey una solución tan absurda? Es como si hoy, a alguien que padece hambre o sufre desempleo, lo consoláramos diciendo: «No te preocupes ahora; dentro de 700 años las cosas van a cambiar; habrá comida y trabajo para todos». ¿Puede servir de algo un consuelo tan inapropiado?

Sin duda estamos interpretando mal el texto. Hoy los biblistas sostienen que la muchacha de la que hablaba Isaías no era la Virgen María sino la esposa del rey Ajaz, es decir, la reina Abí (2 Re 18,2); y el Emanuel era el hijo que ella está a punto de dar a luz, el cual más tarde será el rey Ezequías.

Así se aclara el mensaje de Isaías. Lo que este le quiso decir al rey es que el embarazo de su esposa era la mejor garantía de que la familia real iba a continuar, y no desaparecería con la invasión de los dos monarcas enemigos. Si Dios le permitía pensar en un heredero al trono, era porque la protección divina de la dinastía estaba asegurada. Más aún: el profeta dice que el apodo del niño será Emanuel (en realidad se llamará Ezequías) para expresar que, en el futuro, las cosas iban a cambiar para mejor. Este niño sería la prueba de que Dios estaría de parte del rey, defendiéndolo y cuidándolo. Por eso Isaías agrega: «Y antes de que el niño tenga uso de razón [es decir, en un breve tiempo], el país de los dos

reyes que te dan miedo quedará abandonado» (Is 7,16). La profecía de Isaías era, pues, una respuesta para el presente del rey Ajaz, no para el futuro.

Para hacer algo ahora

Esto nos muestra que las profecías bíblicas no son adivinaciones del futuro, sino anuncios para el presente para los contemporáneos del profeta. Suponer que una profecía predice el futuro es reducirla al nivel del horóscopo; y una profecía es algo mucho más complejo.

El profeta no anunciaba cosas para que sucedieran. Lo que hacía era analizar las circunstancias que lo rodeaban, establecer juicios éticos, y sobre la base de ellos pronunciar advertencias e incluso amenazas. Sin duda, a partir de sus análisis y observaciones hacía previsiones para el futuro, y anunciaba lo que podía suceder si la gente continúa con su comportamiento errado. Pero no se trataba de pronósticos forzosamente infalibles, sino de un análisis de la historia presente a la luz de la inspiración divina. Si las profecías hubieran sido predicciones para los años o los siglos posteriores, ¿qué sentido habría tenido que Dios las anunciara con tanta anticipación? ¿Por qué no esperó a que se acercara el momento de su realización para revelarlas?

Según esta primera característica, debemos descartar como profecía (en el sentido bíblico) los anuncios meramente futuristas. Estos, como por ejemplo las supuestas «profecías mayas», que anunciaban el fin del mundo para el siglo XXI, o los de Rasputín, monje del siglo XIX que dejó mensajes para un porvenir incierto, deberían llamarse «predicciones» o «vaticinios», pero no «profecías» como erróneamente se las denomina.

Cumple cuando le parece

La segunda característica de la profecía es que se trata de un anuncio condicionado, es decir, que puede o no cumplirse. No es un anuncio inexorable.

En efecto, mediante las profecías Dios lo que hace es comunicar un «proyecto». Y si ese proyecto se cumple o no depende del accionar humano. Muchas veces en los textos bíblicos encontramos profecías de castigos o catástrofes, que serían como el plan de Dios para la gente en ese momento (según, por supuesto, la mentalidad de los autores del Antiguo Testamento). Pero si los destinatarios reaccionan y cambian, no se cumple el anuncio divino. Ocurre lo mismo al revés: en ocasiones se profetiza la llegada de un tiempo de prosperidad y dicha; pero si la gente no colabora y no se compromete con la voluntad divina, no se cumple esa profecía.

Pongamos un ejemplo claro tomado de la misma Biblia. En el libro de Jonás, el profeta es enviado por Dios a predicar en la ciudad de Nínive, corrupta y pecadora, diciendo: «Dentro de 40 días Nínive será destruida» (Jon 3,4). Al oír este mensaje los habitantes de la Nínive se arrepintieron de su mala conducta, hicieron ayuno y pidieron perdón a Dios por sus pecados. Dios, al ver el cambio de conducta de los ninivitas, los perdonó, y no se cumplió la profecía.

Otro ejemplo lo tenemos en el profeta Isaías. Cierto día se presentó en el palacio real, cuando el rey Ezequías se hallaba gravemente enfermo, y le comunicó de parte de Dios que pronto moriría, porque no había sido un buen rey. Al saber que su fin era inminente Ezequías rezó, lloró y se propuso cambiar de vida. Entonces Dios mandó de nuevo al profeta al palacio para decirle que había modificado sus planes y que le devolvería la salud (Is 38).

No pusieron de su parte

Vemos pues que, según la Biblia, los anuncios proféticos son como una comunicación de los planes de Dios para un determinado momento de la historia; pero no necesariamente se terminan cumpliendo. Si la situación que motivó la profecía cambia debido a la actuación del hombre, entonces también cambia su cumplimiento. Por eso tenemos tantas profecías incumplidas en el Antiguo Testamento. Sea porque los israelitas no pusieron de su parte y frustraron los buenos anuncios, o porque modificaron sus errores y evitaron los malos anuncios.

Según esta perspectiva, las profecías son simplemente una invitación a trabajar, a cooperar activamente con un determinado proyecto de Dios para que se realice su plan en cierto momento de la historia.

De acuerdo con esta segunda característica, entonces, no habría que llamar «profecías» a los anuncios infalibles e inevitables, ya que las profecías pueden no cumplirse. Los anuncios infalibles, como por ejemplo las supuestas «profecías de san Malaquías», esa larga lista con nombres de papas que, según dicen, se van cumpliendo con exactitud a lo largo de los siglos, deberían dejar de llamarse profecías y denominarse «clarividencias» o «precogniciones».

Las cosas deben entenderse

La tercera característica de la profecía bíblica es que se trata de un anuncio claro y transparente. Los profetas no pronunciaban enigmas, ni daban mensajes en clave ni ocultos. Querían que la Palabra divina fuera diáfana y sin dobles sentidos, para que los oyentes no tuvieran dudas de la advertencia que transmitían.

Por ejemplo, Amós profetiza contra los ricos de Israel: «Por haber explotado a los pobres, nunca podrán habitar las casas lujosas que se construyeron» (Am 5,7.11). Isaías profetiza contra las mujeres de Jerusalén: «Ustedes que son orgullosas y caminan con el cuello estirado, en vez de perfume olerán a podrido y en vez de peinados elegantes quedarán calvas» (Is 3,16.24). Y Jeremías profetiza contra el monarca de Jerusalén: «El rey de Babilonia incendiará esta ciudad, y tú no podrás escapar» (Jr 34,2-3).

Todos son comunicados fáciles de entender. Es verdad que a veces algunas profecías bíblicas resultan oscuras, pero eso se debe a que actualmente están sacadas del contexto en que fueron pronunciadas, y hoy no sabemos a qué se referían en su momento. En ese caso hay que hacer un esfuerzo para reconstruir su significado. Pero cuando fueron pronunciadas eran muy claras y los oyentes las entendían perfectamente.

Confusiones sin sentido

Esta tercera característica nos lleva también a descartar, como «profecías», ciertos anuncios como los de Nostradamus. Este astrólogo y médico francés del siglo XVI publicó en 1555 un libro titulado Las Verdaderas Centurias, en el que dejó escritas 1.174 supuestas «profecías» sobre diversos acontecimientos de los siglos venideros. Cuando uno intenta leerlas se encuentra, por ejemplo, que dicen: «Aquellos de las islas largo tiempo asediadas / cobrarán fuerza y vigor contra sus enemigos. / Los de afuera, muertos de hambre y exhaustos / padecerán necesidad como nunca antes» (3,17). ¿Quiénes son «aquellos»? ¿A qué «islas» se refiere? ¿De dónde son los «de afuera»? ¿Cuándo vendrá el hambre anunciada?

Estos textos son tan confusos que ni los expertos estudiosos de Nostradamus están de acuerdo en cómo interpretarlos. Lo que es peor, los mismos contemporáneos de Nostradamus confesaban no haberlas entendido en su

momento. ¿Qué sentido tiene, entonces, para los destinatarios un anuncio que no puede captarse o que puede interpretarse en varios sentidos? Podrán denominarse «adivinanzas» o «acertijos», pero no profecías.

La palabra es del Señor

La cuarta y última característica de la profecía es que, según la creencia judía, proviene siempre de Dios. Él es quien la inspira y la envía.

Esto resulta evidente en la Biblia. Allí leemos, por ejemplo: «Vino la palabra de Dios a...» (Isaías, Jeremías, o Ezequiel). Es decir, solo Dios puede iluminar a un profeta. Esta convicción es tan importante, que la frase «Vino la palabra de Dios a...» aparece 233 veces en la Biblia. Y cuando el profeta hablaba a la gente, siempre comenzaba diciendo: «Así dice Dios» (Is 7,7), o «Así habla Dios» (Jr 28,2), o «Esto dice Dios» (Sof 2,9). Esa expresión figura en la Biblia nada menos que ¡900 veces!

Esto es así porque, para la mentalidad israelita, solo Dios es quien conduce la historia, y por lo tanto solo él puede indicar hacia dónde va y cómo el hombre debe colaborar con su proyecto. Un mensaje recibido de cualquier otra fuente no sería una profecía.

En este sentido debemos descartar como profecía, por ejemplo, todas las supuestas revelaciones que proceden de la Virgen María. Muchos cristianos caen en el error de hablar de las «profecías de la Virgen» (como por ejemplo, en los famosos anuncios de Fátima, o de la Virgen de Garabandal, en España). En estos casos habría que hablar de «mensajes» o «anuncios» de la Virgen, pero nunca de «profecías».

Un recurso ante el silencio

Después de presentar las características de la profecía bíblica, uno se pregunta cómo es que su significado se distorsionó tanto. Y en realidad no es que se distorsionó, sino que hubo un hecho que modificó su sentido.

En el siglo IV a.C. se produjo la desaparición de los profetas, y ya no hubo mensajes de Dios para el pueblo de Israel. Los judíos, entonces, como añoraban la palabra de Dios, y necesitaban llenar ese vacío, empezaron a leer las antiguas profecías como si hubieran sido escritas para ellos, sacándolas del contexto anterior y aplicándolas a su presente. Pensaron que muchos de esos anuncios se referían a lo que ellos estaban viviendo. De esa forma nació la idea de que los profetas hablaban más allá de su tiempo, y que su mensaje podía aplicarse a los siglos venideros. Es decir: que anunciaban el futuro.

Esta nueva mirada cambió el concepto de profecía. Y fue en este nuevo contexto cultural donde los primeros cristianos creyeron que muchos anuncios de los antiguos profetas apuntaban a Jesús. Así se entiende, por ejemplo, que Mateo encontrara en las palabras de Isaías sobre la muchacha y el Emanuel una alusión a María y a su hijo. Y que lo mismo hicieran los evangelistas con muchas otras profecías, históricamente no referidas a Jesús, pero que el Nuevo Testamento las aplicó a él.

Necesitamos profetas

Los profetas de la Biblia no fueron hombres extraordinarios, ni dotados de poderes parasicológicos o sobrenaturales para conocer el futuro. Eran simples

seres humanos, con sus debilidades y miserias. Sentían que habían recibido un mensaje del más allá, y que era: a) para el presente, b) condicionado, c) transparente, d) de origen divino. Pensaban, por consiguiente, que ese mensaje debía servir para iluminar y transformar la vida de cuantos transitaban la historia con ellos.

Actualmente, la teología cristiana enseña que el don de la profecía se conserva todavía hoy en la Iglesia; y que todo bautizado participa de ese carisma, se transforma en profeta, y debe desempeñar tal misión. Lamentablemente muchos cristianos, a pesar de estar bautizados, desconocen el compromiso que han adquirido.

Hoy la Iglesia necesita profetas. No para que adivinen el futuro, ni para que predigan el mañana, sino para que iluminen el presente de sus hermanos con esperanza y audacia. Para que denuncien lo que Dios no quiere de esta sociedad, lo que le parece injusto, y a su vez para que hablen de la Buena Noticia que Jesús trajo al mundo, aunque a veces parezcan utópicos y ridículos.

Los profetas eran los encargados de poner luz en medio de la incertidumbre en que se vivía. Y hoy, como nunca, nuestra sociedad atraviesa por densas etapas de oscuridad. Por eso anhelamos de vuelta a los profetas, a los portadores de luz, a los que nos ayuden para que vuelva a salir el sol entre nosotros.

Para continuar la lectura

F. Ramis, Qué se sabe de los profetas, Editorial Verbo Divino, Estella 2010.

9

¿Jesús era nazareno o belenita?

La patria ausente

Cada vez que llega la Navidad, los cristianos de todo el mundo celebran el nacimiento de Jesús en Belén. Lo recuerdan en el pesebre y lo cantan en los villancicos. Por su parte los peregrinos que cada año viajan a Tierra Santa suelen visitar, en Belén, la basílica construida sobre el lugar donde habría nacido. Sin embargo, al analizar con detenimiento el Nuevo Testamento descubrimos que no es tan fácil fijar el lugar del nacimiento de Jesús.

Es cierto que dos evangelistas, Mateo y Lucas, afirman expresamente que nació en Belén. Mateo dice: «Cuando nació Jesús en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes» (Mt 2,1). Y Lucas escribe: «Cuando ellos [José y María] estaban allí [en Belén], ella dio a luz a su hijo primogénito» (Lc 2,6-7).

Pero fuera de estos versículos, el resto del Nuevo Testamento ignora completamente esta afirmación. Y los otros dos evangelistas, Marcos y Juan, parecen suponer que Jesús nació en Nazaret de Galilea. ¿Cuál sería entonces su ciudad natal? Vamos a analizar detenidamente las evidencias.

Para Marcos no hay dudas

El primer evangelio en escribirse, el de Marcos, da a entender que Jesús nació en Nazaret, una pequeña aldea de la Baja Galilea. Al principio, cuando relata su bautismo, dice que Jesús «vino de Nazaret de Galilea» (Mc 1,9). No menciona ninguna otra ciudad de origen fuera de esta. Después, cuando Jesús visita Nazaret, dice que «se fue a su patria» (Mc 6,1); y patria (en griego: patrís) significa «la tierra natal», «el lugar de nacimiento». Esto lo confirma el mismo Jesús, cuando ante el escándalo que producían sus enseñanzas en Nazaret exclama: «Un profeta solo en su patria, entre sus parientes y en su casa es despreciado» (Mc 6,4).

Además, Marcos siempre lo llama «Jesús de Nazaret» (Mc 1,24; 10,47; 16,6). Y sabemos que en la Biblia, cuando después del nombre de una persona se menciona una ciudad, se trata de su lugar de nacimiento. Así, por ejemplo, se habla de Pablo de Tarso (Hch 9,1), José de Arimatea (Mc 15,43), Simón de Cirene (Mc 15,21), Lázaro de Betania (Jn 11,1) o Amós de Técoa (Am 1,1).

Por lo tanto, cuando Marcos escribe su evangelio, da a entender a sus lectores que Jesús había nacido en Nazaret, ya que nunca indica una localidad alternativa, y siempre lo identifica como oriundo de esa ciudad.

Para Juan tampoco hay dudas

Por su parte el evangelista Juan no solo lo da a entender, como Marcos, sino que afirma expresamente que Jesús era de Nazaret.

Comienza presentándolo como «un profeta de Nazaret» (Jn 1,45). Y dice que todos estaban tan convencidos de esa procedencia, que Natanael se niega a aceptarlo como Mesías porque: «¿Acaso de Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1,46).

En efecto, Nazaret era una ciudad ignota, minúscula y de mala fama. Tan insignificante, que en el Antiguo Testamento no se la menciona nunca. Cuando el libro de Josué describe detalladamente la región de Galilea (Jos 19,10-16), omite Nazaret. Tampoco la nombra Flavio Josefo, el historiador judío del siglo I; al narrar las guerras judías contra los romanos, menciona 54 ciudades galileas, pero ignora completamente a Nazaret. Y el Talmud, la antigua colección de escritos judíos, enumera 63 ciudades galileas de la que está ausente Nazaret.

Era, sin duda, una pequeña aldea sin ninguna importancia. Por eso, el hecho de que el Mesías Jesús hubiera nacido allí resultaba escandaloso para la gente. A pesar de eso, el cuarto evangelio lo afirma varias veces más. Por ejemplo, al contar una discusión que surgió entre los judíos en torno a la figura de Jesús, dice que muchos lo rechazan como Mesías diciendo: «¿Acaso el Mesías va a venir de Galilea? ¿No dice la Escritura que vendrá... de Belén?» (Jn 7,41-42). Y curiosamente nadie, en ese debate, se encarga de explicar que Jesús era de Belén. Más adelante, Juan vuelve a contar que los judíos no querían creer en Jesús porque era de Galilea, y «de Galilea no sale ningún profeta» (Jn 7,52).

El cuarto evangelio, pues, lejos de afirmar que Jesús nació en Belén, defiende la idea de su procedencia nazarena.

Dudar de los otros dos

Vemos, pues, que las dos únicas veces que el Nuevo Testamento menciona el nacimiento de Jesús en Belén son los relatos de la infancia de Mateo y Lucas. En ninguna otra parte se dice una sola palabra sobre el tema. Ni siquiera san Pablo, que tuvo que discutir con los lectores de sus cartas tratando de convencerlos de que Jesús era el Mesías, y a quien le hubiera venido muy bien el argumento del origen belenita de Jesús, parece conocer esa información.

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿podemos tomar como histórica la afirmación de Mateo y Lucas sobre el nacimiento de Jesús en Belén? Posiblemente no.

En primer lugar, porque incluso esos dos evangelistas, a pesar de decir que Jesús nació en Belén, al presentarlo en su vida adulta cambian de parecer y lo llaman «Jesús de Nazaret».

Así lo hace Mateo durante el juicio a Jesús, cuando una criada dice sobre Pedro: «Este estaba con Jesús el nazareno» (Mt 26,71). Y en la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén como Mesías, la gente lo aclama: «Este es el profeta Jesús de Nazaret» (Mt 21,11), cuando le hubiera convenido mucho más decir «Jesús de Belén», ya que eso habría sido un argumento muy fuerte para confirmar el mesianismo de Jesús a sus lectores de origen judío.

De igual modo Lucas, sacando la mención que hace de su nacimiento, siempre lo llama «Jesús de Nazaret» como si allí hubiera nacido. Por ejemplo, al curar a un endemoniado en Cafarnaúm (Lc 4,34), al sanar al ciego de Jericó (Lc 18,37), o en el episodio de los discípulos de Emaús (Lc 24,19). También en su otro libro, los Hechos de los Apóstoles, le da a Jesús el apelativo de «el nazareno», reafirmando su procedencia de esa ciudad. Así aparece en boca de Pedro (Hch 2,22; 3,6; 4,10; 10,38), de Pablo (Hch 26,9), de la gente (Hch 6,14) y hasta del mismo Jesús (Hch 22,8).

Por miedo al gobernador

En segundo lugar, no parece histórico el dato del nacimiento de Jesús en Belén porque los relatos de Mateo y Lucas se contradicen en varios puntos. En efecto:

1) En cuanto a las circunstancias del nacimiento en Belén: según Mateo, Jesús nació allí porque sus padres vivían en Belén y tenían en esa ciudad su casa (Mt 2,11). En cambio según Lucas, Jesús nació en Belén porque su familia, que era de Nazaret (Lc 2,26), tuvo que viajar a Belén con motivo de un censo (Lc 2,4).

2) En cuanto al tiempo que Jesús vivió en Belén: según Mateo, estuvo allí casi dos años (Mt 2,16), hasta que su familia huyó a Egipto. En cambio según Lucas, Jesús se fue a vivir a Nazaret cuando tenía un mes y medio de vida (Lc 2,39).

3) En cuanto al motivo del traslado de Belén a Nazaret: según Mateo, se debió a que, cuando la sagrada familia volvió de Egipto, José tuvo miedo al gobernador Arquelao de Judea y no quiso quedarse en Belén (Mt 2,22). En cambio según Lucas, su familia se fue a vivir a Nazaret porque esa era «su» ciudad (Lc 2,39).

Estas contradicciones nos sugieren que Mateo y Lucas no están contando un hecho histórico, y que los datos que ellos aportan sobre el nacimiento de Jesús en Belén son muy débiles. Por el contrario, los datos del Nuevo Testamento en contra son abrumadores. Por eso, la mayoría de los biblistas sostiene actualmente que Nazaret era su ciudad natal.

¿Por qué entonces Mateo y Lucas afirman que nació en Belén?

Cada sucesor, una desilusión

En realidad, el nacimiento de Jesús en Belén más que un dato histórico es un

dato teológico. Lo que Mateo y Lucas pretendieron transmitir fue una idea religiosa, enunciada en forma de relato histórico, con el fin de dejar una enseñanza. Era una manera de expresarse muy propia de los pueblos semitas. ¿Y cuál es la enseñanza que quisieron expresar con el nacimiento de Jesús en Belén? Quisieron decir que Jesús era el Mesías esperado por el pueblo de Israel.

Para entender esto, debemos recordar que, según la mentalidad judía, el futuro Mesías debía ser descendiente de la familia del rey David. Esta esperanza se fundaba en una antigua promesa que, según la Biblia, el profeta Natán había hecho al mismo David. En esa profecía Dios le daba tranquilidad, a David, de que nunca le faltaría un descendiente como sucesor en el trono de Jerusalén (2 Sm 7,4-16). Frente a la inseguridad en la que vivían los monarcas antiguos, ante la posible falta de un hijo varón que les sucediera, y de que otra familia reinara en su lugar, Dios le garantizaba a David que Jerusalén siempre estaría regida por un heredero suyo (un Mesías, es decir, un ungido), y que ese sucesor gobernaría con sabiduría y justicia.

Pero lamentablemente los reyes que ascendían al trono de Jerusalén, uno tras otro, solo provocaban desilusión en la gente. Lejos de velar por los intereses del pueblo, se mostraban corruptos y ambiciosos, impregnados del ambiente viciado del palacio real.

Una nueva precisión

Entonces hacia el año 725 a.C. se presentó en Jerusalén un nuevo profeta llamado Miqueas, el cual hizo una precisión en las expectativas sobre el Mesías. Su anuncio hoy se encuentra en el libro que lleva su nombre, y dice así:

Pero tú, Belén de Efratá, aunque eres pequeña entre las aldeas de Judá, de ti

saldrá el que ha de dominar Israel... Él gobernará con el poder y la majestad de Yahvé su Dios (Miq 5,1-3).

¿A qué se refería Miqueas? No aludía al nacimiento de Jesús, que tendrá lugar siete siglos más tarde. Los profetas no adivinaban el futuro, ni eran clarividentes, ni predecían hechos desvinculados de la realidad en la que vivían. Ellos anunciaban un mensaje, que decían recibir de Dios, y que tenía vinculación con el presente de sus oyentes.

Lo que Miqueas quiso transmitir, con su profecía, fue un aviso al monarca. En ese momento gobernaba Jerusalén el rey Ajaz (736-716 a.C.), descendiente de la familia de David. Este soberano, malvado e injusto, se había olvidado de sus humildes orígenes en Belén, de donde procedía David (1 Sm 16,1-13). Instalado en el clima libertino y disipado de la corte palaciega, desatendía las necesidades de los campesinos y de las clases más pobres, y no respetaba el derecho y la justicia.

El rey no quiso escuchar

El mensaje de Miqueas encerraba un pedido. La monarquía tenía que volver a la sencillez de sus orígenes. De Belén debía salir el modelo de rey, austero y modesto, que el país necesitaba. En tiempos de Miqueas, Belén seguía siendo un pueblo pequeño, sin murallas y volcado a la vida campesina. Su nombre evocaba simbólicamente la humildad y la pequeñez. Miqueas, pues, estaba invitando a Ajaz a no olvidarse de su procedencia y a asumir el papel de rey justo, a semejanza de su antepasado David, el emblemático monarca oriundo de Belén. La realeza debía abrazar las características de la antigua monarquía: la sobriedad de Belén, el empeño por la justicia y el respeto por la dignidad del pueblo.

A la vez, el profeta parece estar refiriéndose a un hecho concreto: en ese momento la reina Abí (2 Re 18,2), esposa del rey Ajaz, se hallaba encinta y descansando precisamente en Belén, a punto de dar a luz. Al parecer Miqueas tenía la esperanza de que el niño que iba a nacer en Belén, el futuro príncipe Ezequías, fuera el Mesías justo que tanto añoraba la clase más humilde del país.

Lamentablemente cuando Ezequías creció y subió al trono (716-687 a.C.) no colmó las expectativas puestas en él. Y la profecía sobre un rey justo que procedería de Belén quedó abierta.

Para adecuar el presagio

Cuando entramos en la época de Jesús, encontramos que el anuncio de Miqueas se había vuelto famoso. Gran parte de los judíos, aunque no todos, esperaban literalmente que el Mesías, salvador del pueblo, nacería de Belén (Jn 7,42). Por eso en los primeros años del cristianismo, cuando los apóstoles salieron a predicar el evangelio de Jesús, tuvieron dificultades en ciertos ambientes judíos porque Jesús era de Nazaret, un lugar remoto y desconocido que no favorecía a su función de Mesías.

Ante este inconveniente, en algunas comunidades cristianas decidieron adaptar el nacimiento de Jesús al mensaje que se quería transmitir, y contarlo como acaecido en la ciudad de Belén. Por supuesto que no pretendían falsear la realidad, como puede parecernos a nosotros, los lectores modernos, que con nuestra mentalidad occidental distinguimos exactamente cuál es un dato histórico y cuál no lo es. A los primeros cristianos no les preocupaba el hecho puramente histórico. La idea de que Jesús era el enviado divino anunciado por los profetas constituía para ellos lo único importante. Y esa idea la expusieron de la única forma que sabían hacerlo: como una historia sucedida.

Distintas maneras de nacer

Llegamos así a la redacción de los evangelios.

Marcos, el primero en escribir hacia el año 70, no mostró interés en incluir el dato del nacimiento de Jesús en Belén porque sus lectores eran de origen pagano, y no les preocupaban las profecías. Por lo tanto, no tuvo problemas en conservar el recuerdo de que Jesús había nacido realmente en Nazaret. Sus lectores no se lo reclamarían.

En cambio, cuando hacia el año 80 compusieron sus evangelios Mateo y Lucas, se dieron con que sus destinatarios eran cristianos procedentes del judaísmo, y sí les preocupaba que el origen de Jesús coincidiera con las expectativas judías. Entonces ambos evangelistas tomaron la versión del nacimiento en Belén que circulaba en sus comunidades, y la incluyeron. Eso sí, cada uno encontró una versión diferente que, como ya vimos, es la que hoy aparece en sus textos.

Finalmente Juan, el último y más tardío en componer el evangelio, alrededor del año 100, había llegado a la convicción de que Jesús era Dios y que existía desde siempre. Desde antes de venir al mundo. Entonces tampoco tuvo interés en incluir el dato teológico del nacimiento en Belén. El origen terreno de Jesús, en Belén o Nazaret, le daba lo mismo, ya que su verdadero origen era el cielo. Por eso Juan comienza su evangelio con un himno que describe cómo antes de nacer Jesús «estaba junto a Dios» (Jn 1,1-18). Después, cuando habla de Jesús que vino a este mundo, conservó el dato histórico de su nacimiento en Nazaret, que no afectaba en nada a su teología.

Recordarlo en Navidad

¿Dónde nació Jesús? Casi con certeza en Nazaret. Su origen nazareno aparece insinuado unas veinte veces en el Nuevo Testamento. En cambio las dos únicas veces que aparece Belén como su patria son Mt 2 y Lc 2.

Por lo tanto, su nacimiento en Belén no es un dato histórico sino una afirmación teológica, es decir, una idea religiosa. Solo pretende expresar, a la manera judía, que Jesús era el Mesías anunciado por los profetas y esperado por el pueblo de Israel.

¿Debemos entonces abandonar las tradiciones de Belén? ¿Debemos dejar de lado los villancicos, renunciar a los pesebres y excluir las peregrinaciones a Belén, donde actualmente se venera la gruta de su nacimiento? Por supuesto que no. Como tampoco dejamos de celebrar la Navidad el 25 de diciembre aun cuando sabemos que ese día no nació Jesús.

Decir que Jesús nació en Belén, aunque no es un dato histórico, sigue siendo hoy una afirmación fundamental, como lo fue para los primeros cristianos. Equivale a decir que, aunque Jesús era hijo de Dios y rey de Israel, vino al mundo en una ciudad humilde y pacífica, porque esas son las armas de Dios. El Mesías divino tenía que ser un rey frágil, que prefería la debilidad a la dureza, el amor al desprecio, y la mansedumbre a la intolerancia. Por lo tanto, quienes afirman seguirlo tienen que emplear esas mismas armas.

Hoy, los que se emocionan en Navidad ante el humilde pesebre de Jesús, pero que después, el resto del año, apuestan por la fuerza, la prepotencia, la soberbia y la superioridad, deberían tenerlo en cuenta.

Para continuar la lectura

G. Barbaglio, Jesús, hebreo de Galilea. Investigación histórica, Secretariado Trinitario, Salamanca 2003.

A. Noguez, El nacimiento de Jesús según Mateo y Lucas. Narradores, intérpretes y evangelizadores, Editorial Verbo Divino, Estella 2018.

10

¿Estuvo casado Jesús?

¿Propuesta indecente?

En el año 2003 el escritor norteamericano Dan Brown publicó una novela titulada El código Da Vinci, en la que sacó a la luz el tema del matrimonio de Jesús de Nazaret. En ella sostenía la tesis de que Jesús estuvo realmente casado con María Magdalena, que tuvieron un hijo, que sus descendientes existen actualmente, y que esa «verdad» fue ocultada durante siglos por la Iglesia católica para no menoscabar la divinidad del profeta galileo.

A pesar de tratarse de una novela, millones de personas asumieron como históricas esas ideas. Solo en Estados Unidos un sondeo de opinión mostró que el 30% de los encuestados creía que María Magdalena había sido realmente la esposa de Jesús.

La teoría de El código Da Vinci no es nueva. Ya en 1951 Nikos Kazantzakis publicó su famoso libro La última tentación de Cristo, que le valió la excomunión de la Iglesia ortodoxa, en el que presentaba a Jesús como marido de la Magdalena. Más tarde, en 1970, el profesor norteamericano William Phipps escribió la obra ¿Estaba casado Jesús?, afirmando que por el ambiente histórico de su tiempo Jesús tenía que haber contraído matrimonio. Y en 1971 la ópera Jesucristo Superstar mostraba a María Magdalena manteniendo una relación afectiva con Jesús y cantando el célebre tema «No sé cómo amarlo». Pero quien mejor ha desarrollado el amor sensual entre Jesús y la Magdalena es el escritor portugués José Saramago en su libro El evangelio según Jesucristo, escrito en 1991.

¿En qué se basan estos autores para defender tal idea?

Hacerle caso a Dios

El Nuevo Testamento no dice nada sobre el estado nupcial de Jesús. Ante este silencio, el principal argumento de los que afirman que debió haber tenido una esposa es que en tiempos de Jesús todo judío se casaba. Y efectivamente es así. En la sociedad judía del siglo I el celibato era mal visto. Eso se debía a que, según la Biblia, cuando Dios creó a Adán y Eva les ordenó: «Sean fecundos, multiplíquense y llenen la tierra» (Gn 1,28). Por eso los rabinos urgían a cumplir esta norma divina. El mandato era tan importante, que el rabino Eliezer ben Hircano hacia el 120 d.C. calificaba de «asesino» al hombre que no se casaba. Y el Talmud, libro religioso judío, enseña que «un hombre sin una mujer es solo medio hombre». También comenta: «Siete cosas condena el cielo; la primera es que el hombre no tenga mujer».

No casarse, para el judaísmo de aquel tiempo, era no contribuir a la obra creadora de Dios. Especialmente un maestro como Jesús habría estado obligado a cumplir esa norma. ¿Cómo, si no, habría tenido autoridad moral para enseñar? Por lo tanto, concluyen los partidarios de esta postura, Jesús tuvo que haber estado casado. De lo contrario, su credibilidad como maestro se habría visto seriamente cuestionada.

Pero si bien es cierto que en la época de Jesús todo buen judío se casaba, también es verdad que había una gran diversidad ideológica entre los judíos. Sabemos, por ejemplo, que algunos grupos como los esenios, una corriente interna del judaísmo que habitaba en las orillas del mar Muerto, y se destacaban como estudiosos expertos de la Ley, se mantenían célibes y no se casaban. También conocemos, por Filón de Alejandría, otro grupo de judíos llamados los

terapeutas, que vivían en Egipto; estos llevaban una vida austera y ascética, y practicaban la castidad y la abstención del matrimonio de por vida. Por lo tanto, el celibato de los judíos no era algo tan insólito en el siglo I como se pretende afirmar.

Que al mundo lo ayuden otros

Según la Biblia, además, hubo varios personajes importantes que no se casaron. Es el caso de Jeremías, uno de los más grandes profetas de Israel (Jr 16,1-4), cuya soltería no fue voluntaria sino ordenada por Dios, como una señal para los israelitas de que pronto serían exterminadas todas las familias del país. O sea que, en ciertos casos, los judíos entendían que Dios mismo podía pedir el celibato a algunas personas.

También el profeta Eliseo parece haber sido soltero. Cuando fue llamado por el profeta Elías para que fuera su discípulo, Eliseo le pidió permiso para despedirse de su padre y su madre (1 Re 19,19-20). No parece haber tenido mujer ni hijos. Poco después Eliseo abandonó su casa y su trabajo (1 Re 19,21) y empezó una vida itinerante, lo cual sugiere que nunca se casó. Según la tradición judía, el mismo Moisés renunció a su mujer y llevó una vida célibe desde el momento en que Dios lo llamó. Así lo cuenta Filón de Alejandría en su libro Vida de Moisés, escrito en el siglo I. Y semejante historia nunca fue mal vista por los israelitas.

En la época de Jesús encontramos otro gran profeta probablemente célibe: Juan el Bautista. Aunque el Nuevo Testamento no lo dice expresamente, el hecho de que pasara su infancia y adolescencia en medio del desierto (Lc 1,80), y que en su vida adulta se dedicara a vagar por lugares inhóspitos, alimentándose de langostas y miel silvestre, sin domicilio fijo, y predicando la inminente llegada del juicio divino contra Israel (Mc 2,4-8), parecen indicarlo. Además, cuando le cortaron la cabeza, dice el evangelio que «sus discípulos recogieron el cadáver y lo enterraron» (Mc 6,29). Al parecer, pues, no tenía mujer, hijos, ni familiares

que pudieran ocuparse del funeral.

Hubo también a fines del siglo I d.C. un famoso rabino, Simeón ben Azzai, que enseñaba que todo buen judío tenía la obligación de casarse, porque si no «despreciaba la imagen divina». Pero él curiosamente no se casó. Y cuando le preguntaron por qué no practicaba lo que enseñaba exclamó: «¿Qué le voy a hacer? Mi alma está enamorada de la Ley. La conservación del mundo puede ser llevada adelante por otros» (Talmud de Babilonia, b. Yeb. 63b).

Frase que da que pensar

Todo esto revela que, si bien los judíos no veían con buenos ojos el celibato y hasta lo consideraban una ofensa a Dios, ciertas personas lo practicaban en casos excepcionales, e incluso por motivos religiosos.

Con estos antecedentes, no resulta extraño pensar que Jesús de Nazaret también haya permanecido soltero. Sabemos, en efecto, que él interpretaba las leyes judías a su manera (Mc 2,23-28), y que en muchos aspectos demostraba tener un comportamiento inusual e insólito, opuesto a la doctrina mayoritaria. Si el famoso rabino Simeón ben Azzai fue capaz de no casarse por amor a la palabra de Dios, nada tiene de extraño que Jesús hubiera hecho lo mismo.

La soltería de Jesús parece confirmada por una frase suya, conservada en el evangelio de Mateo. Cierto día, hablando sobre el matrimonio, les dijo:

No todos pueden entender esto. Porque hay eunucos que nacieron así; hay otros eunucos hechos por los hombres; y otros se hacen eunucos a sí mismos por el Reino de los Cielos (Mt 19,10-12).

Estas extrañas palabras sobre el celibato, que según el mismo Jesús «no todos pueden entender», parecen una autojustificación suya. Probablemente la gente se burlaba de él llamándolo «eunuco», por el hecho de que permanecía soltero; y él se defendió de las críticas pronunciando esta frase.

Vemos, pues, que el contexto histórico y literario del Nuevo Testamento más bien sugiere que Jesús fue célibe, y no que estuvo casado.

La mujer más amada

Como el Nuevo Testamento no es decisivo para probar la idea del matrimonio de Jesús, Dan Brown recurre a un segundo argumento: el de los libros apócrifos. Dice que dos de ellos, el Evangelio de María y el Evangelio de Felipe, mencionan el casamiento de Jesús con María Magdalena. Se trata de un excelente argumento, porque, como la mayoría de la gente no los conoce, cuando alguien los cita, automáticamente todos creen que es cierto lo que se dice de ellos. Pero ¿realmente estos libros hablan de su matrimonio? Vamos a analizarlos.

Comencemos con el Evangelio de María. Es un libro descubierto en la localidad de Akhmim (Egipto), en 1896. Incluye una escena, citada por Dan Brown como prueba, en la que Pedro y los discípulos dicen a la Magdalena:

Nosotros sabemos que el Salvador te amaba más que a las demás mujeres. Cuéntanos las palabras del Salvador que recuerdes, y que nosotros no conocemos (10,1).

María les cuenta lo que Jesús le mostró en una visión, y Pedro molesto le dice:

¿Cómo es que (Jesús) habló con una mujer sin decirnos a nosotros, y ahora todos tenemos que escucharla a ella? ¿Acaso ella es la preferida? (17,16-22).

Pero Leví le responde:

Pedro, siempre fuiste impulsivo. Veo que tratas a esta mujer como si fuera un enemigo. Si el Salvador la hizo digna, ¿quién eres tú para rechazarla? Sin duda el Salvador la conoce muy bien. Por eso la amó más que a nosotros (18,6-15).

Celos entre comunidades

¿Qué pensar de este diálogo? Primero, digamos que el Evangelio de María se escribió alrededor del año 200. Por lo tanto, no pudo haberlo escrito María Magdalena, como dice El código Da Vinci. Tampoco pudo hacerlo ningún discípulo de Jesús. No se trata, por lo tanto, de un texto históricamente confiable.

Segundo, notemos que ni aquí ni en ninguna parte dice este evangelio que María Magdalena era la esposa de Jesús. Solo dice que el amor que Jesús sentía por ella lo llevó a hacerle revelaciones especiales, pero no a hacerla su esposa.

Y tercero, tengamos en cuenta que el Evangelio de María fue escrito por un grupo de cristianos pertenecientes al movimiento gnóstico, aparecido en el siglo II. Este grupo había roto relaciones con la Iglesia cristiana oficial que tenía a Pedro como cabeza. Por eso, el texto que hemos citado debe interpretarse de

manera simbólica, es decir, Pedro representaría a la Iglesia oficial, y María Magdalena representaría a los gnósticos. Lo que ese evangelio probablemente intentaba decir, en el pasaje arriba mencionado, es que María (o sea, los gnósticos) había recibido ciertas revelaciones divinas que Pedro (la Iglesia oficial) no conocía. Por eso Pedro se sentía celoso, no quería admitirla en el grupo, y trataba a María (los gnósticos) como enemiga.

Nada hay pues en este libro apócrifo que nos lleve a pensar en una relación conyugal entre María Magdalena y Jesús.

¿Tendremos más suerte con el Evangelio de Felipe?

Una prueba improbable

Este evangelio constituye el argumento más fuerte de quienes defienden el matrimonio de Jesús con María Magdalena. Fue escrito hacia el año 250 y descubierto en Nag Hammadi (Egipto) en 1945, como parte de una biblioteca de libros gnósticos. En él hay dos pasajes que se refieren a María Magdalena. El primero dice

Tres eran las que caminaban continuamente con el Señor: su madre María, la hermana de esta, y Magdalena, a quien se la designa como su compañera (n.º 32).

Como aquí a Magdalena se la llama «la compañera» (koinonós en griego) del Salvador, el autor de El código Da Vinci cree que eso probaría el matrimonio de Jesús con María. Según él, «compañera» significaba en aquel tiempo «esposa», «cónyuge». Pero el argumento resulta falso. Es cierto que la palabra

«compañera» puede, en ciertos casos, significar «esposa». Sin embargo, la mayoría de las veces significa «socio», «colaborador», «camarada». Por ejemplo, en el Nuevo Testamento se dice que Santiago y Juan eran «compañeros» de Pedro (Lc 5,10); y no eran «pareja» de Pedro sino sus socios comerciales en la pesca. De Tito se dice que era «compañero» de Pablo (2 Cor 8,23), y no era su consorte.

Por lo tanto, la afirmación de que María Magdalena era «compañera» de Jesús, siguiendo la línea del Nuevo Testamento, significaría más bien que era su socia, su colaboradora, pero no su esposa.

La palabra que faltaba

El otro pasaje del Evangelio de Felipe es el más sugerente. Dice:

La compañera del Salvador es María Magdalena. Cristo la amó más que a todos los discípulos, y solía besarla frecuentemente en (la boca). Los demás discípulos se ofendieron por eso y le dijeron: «¿Por qué la amas a ella más que a nosotros?». El Salvador respondió: «Un ciego y un vidente no se distinguen entre sí; pero cuando llegue la luz, el vidente verá la luz y el ciego quedará a oscuras» (n.º 55-56).

Este texto sí parece ser un argumento evidente del matrimonio de Jesús y la Magdalena. Pero no lo es.

Primero, porque una parte del manuscrito está dañada. El texto dice que Cristo «solía besarla frecuentemente en...» y falta la palabra que sigue. O sea que no sabemos dónde Cristo besaba a María. Dan Brown dice que la palabra que falta

es «boca». Pero también podría ser «mejilla» o «frente», ya que cualquiera de ellas encaja en el espacio dañado del manuscrito.

Besos para el hermano

Segundo, aun cuando el texto dijera que Cristo besaba a María Magdalena «en la boca», esta expresión no tiene connotaciones sexuales. Precisamente una característica de los textos gnósticos es su simbolismo. Y el besar en la boca significaba transmitir un conocimiento secreto, una enseñanza que los demás no pueden recibir, como se ve en ese mismo evangelio, donde dice:

La Palabra sale de la boca, y quien se alimenta de la boca es perfecto. Los perfectos son fecundados por un beso y engendran. Por eso nos besamos unos a otros, para recibir la fecundación por la gracia mutua (n.º 31).

En otro texto de Nag Hammadi, llamado El Segundo Apocalipsis de Santiago, compuesto en el siglo II, se dice que Jesús besó a su hermano Santiago en la boca diciendo: «Amado mío, voy a revelarte cosas que ni los cielos han conocido» (56,19). Claramente este beso no expresa una relación erótica (¡con su hermano Santiago!), sino la revelación de una sabiduría especial.

Tercero, aun cuando interpretáramos literalmente el texto del beso en la boca, el hecho de que los demás discípulos se quejen demuestra que María no era la esposa de Jesús. En efecto, si Jesús hubiera estado casado con ella, ¿qué sentido tendría que los discípulos le preguntaran por qué la quería más a María que a ellos? Los celos de los discípulos muestran que María no era la esposa de Jesús.

Por lo tanto, los evangelios apócrifos, lejos de ser una prueba del matrimonio

entre Jesús y María, son más bien una evidencia en su contra.

Larga lista de parientes

Muchos creen firmemente que Jesús estuvo casado. Pero ya vimos que ni el ambiente cultural de su época, ni los evangelios apócrifos, ni ningún otro libro, ni documento, ni texto, ni autor, ni escritor antiguo jamás dio pie para suponer tal idea.

El Nuevo Testamento menciona a muchos parientes de Jesús: a su madre, a su padre, a sus hermanos, a sus hermanas. También a numerosas mujeres que lo seguían: la Magdalena, Juana, Susana, María la madre de Santiago y José, la madre de los hijos de Zebedeo. Un escritor del siglo II llamado Hegesipo nos habla incluso de un tío de Jesús, y de un primo. Pero jamás nadie mencionó a su esposa, y menos aún a un hijo.

Frente a tantas referencias de autores antiguos a los familiares de Jesús y a las mujeres cercanas a él, el absoluto silencio sobre su esposa y sus hijos tiene una única explicación: no existieron.

Aunque Dios cueste mucho

Todo judío en tiempos de Jesús se casaba antes de los 20 años. Y era normal que un maestro tuviera esposa. Pero Jesús casi con certeza no la tuvo. Quizás porque sabía que era un maestro especial, que había venido al mundo para anunciar algo que ningún profeta había anunciado: la llegada inminente del Reino de Dios. Y pensaría que a esa tarea debía consagrarle todo su tiempo, todas sus fuerzas y

toda su vida. A sus seguidores les exigió que lo abandonaran todo, incluido los lazos familiares, y lo siguieran (Mc 10,28-30; Lc 18,29-30). Por lo tanto, él tuvo que haber dado el ejemplo. Así se deduce de aquella frase suya en la que afirma que no tenía ni «una piedra donde reclinar la cabeza» (Lc 9,58). Habría sido un maestro poco coherente si hubiera pedido semejante renuncia a los demás y él no la hubiera practicado.

Todo indica que Jesús de Nazaret fue célibe. No por desprecio al matrimonio, sino tal vez porque entendió que su misión requería grandes renuncias, aunque estas fueran sagradas como lo era el matrimonio.

Pero aunque el seguimiento de Dios no exige a todos las mismas renuncias, es cierto que todo proyecto, todo ideal, todo sueño, implica siempre grandes sacrificios y desprendimientos. Después, a la distancia, uno descubre que valía la pena haberlos hecho, y que no significaron nada en comparación con lo que se logró realizar. Porque, como decía san Juan Bosco: «Por mucho que nos cueste Dios, nunca nos resultará caro».

Para continuar la lectura

G. Barbaglio, Jesús, hebreo de Galilea. Investigación histórica, Secretariado Trinitario, Salamanca 2003.

11

¿Por qué san Juan no cuenta los exorcismos de Jesús?

Aparecen en todas partes

Según el Nuevo Testamento, Jesús realizó numerosos milagros. Pero los más llamativos fueron siempre sus exorcismos, aquellas curaciones de personas que parecían tener un espíritu extraño en su interior.

Los evangelios han conservado seis relatos de exorcismos individuales. Estos son: el del endemoniado de Cafarnaúm (Mc 1,23-28), el del poseído de Gerasa (Mc 5,1-20), el de la hijita de una mujer sirofenicia (Mc 7,24-30), el de un joven epiléptico «con un espíritu mudo» (Mc 9,14-27), el del endemoniado mudo (Mt 9,32-34) y el del poseído ciego y mudo (Mt 12,22).

Además de esos seis relatos, los evangelios mencionan varios sumarios, es decir, breves resúmenes de la actividad de Jesús, en los que aparece curando endemoniados. Por ejemplo: «Al atardecer, cuando se puso el sol, le trajeron todos los enfermos y endemoniados... y Jesús sanó a muchos enfermos y expulsó muchos demonios» (Mc 1,32-34). «Y recorría toda Galilea predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios» (Mc 1,39). «Los que estaban enfermos se le echaban encima para tocarlo, y los espíritus inmundos al verlo caían a sus pies» (Mc 3,10-12).

También sus parábolas hablaban de exorcismos. En cierta ocasión dijo a los escribas y fariseos:

Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, anda vagando por lugares desiertos buscando reposo; y al no hallarlo, dice: «Volveré a mi casa de donde salí». Cuando llega, la encuentra desocupada, barrida y adornada; entonces va a buscar otros siete espíritus peores que él, entran y se instalan allí. Y al final aquel hombre se encuentra peor que al principio. Así también sucederá a esta generación malvada (Mt 12,43-45).

Una respuesta al zorro

Vemos que los evangelios guardan un claro recuerdo de los exorcismos de Jesús de tres maneras distintas: en relatos individuales, en sumarios y en las parábolas. Incluso algunos de sus dichos sueltos también aluden a ellos, como cuando declara:

Nadie puede entrar en la casa del fuerte [es decir, del demonio] y saquear sus bienes, si no lo ata primero [como hacía Jesús en sus exorcismos]; entonces podrá saquear sus bienes (Mc 3,27).

Aquí el fuerte es Satanás, y la casa es el mundo que supuestamente se encontraba bajo su dominio antes de la llegada de Jesús.

La fama de exorcista del profeta de Nazaret no aparece solo en los evangelios. También los Hechos de los Apóstoles la recuerdan. Por ejemplo, el apóstol Pedro, en la catequesis que les imparte al centurión Cornelio y a su familia, afirma que Jesús «pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el Diablo» (Hch 10,38), como si este dato resumiera toda su actividad.

La gran importancia de estas curaciones queda en evidencia cuando leemos que Herodes Antipas, gobernador de Galilea, trataba de matar a Jesús precisamente por los exorcismos que hacía. Por eso cuando se lo contaron a Jesús, este respondió: «Vayan y díganle a ese zorro: “Yo expulso demonios y realizo curaciones hoy y mañana; y al tercer día voy a terminar mi tarea”» (Lc 13,31-33).

La función de exorcista era tan característica de Jesús, que algunos estudiosos piensan que gracias a ella Jesús se volvió famoso al principio de su vida pública, en los pueblos de Galilea.

El pasado de la Magdalena

A pesar de esto, el evangelio de Juan guarda un extraño silencio sobre los exorcismos de Jesús. No menciona ni un solo relato, ni una frase, ni una palabra, ni un dicho que pudiera dar a entender que Jesús los hubiera realizado. ¿Por qué este evangelio se negó a contarlos?

Los estudiosos han propuesto diferentes soluciones.

La primera y más sencilla es pensar que el autor del cuarto evangelio no los conocía. En efecto, mientras los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) cuentan numerosos milagros, Juan solo recuerda siete, como si se hubiera enterado de esos y nada más.

Pero esta explicación no es aceptable, porque el mismo autor al final del evangelio escribe: «Jesús realizó muchos otros signos que no están escritos en este libro» (Jn 20,30). O sea, que él sabía que Jesús había hecho otros milagros,

aparte de los siete que contó. Y sin duda, los más populares y difundidos eran los exorcismos. Más populares incluso que la conversión del agua en vino, o la resurrección de Lázaro, que solo él cuenta y nadie más. Por otra parte, vemos que María Magdalena es un personaje mencionado en el cuarto evangelio. ¿Nunca se enteró Juan de la antigua tradición según la cual Jesús había expulsado de ella siete demonios? (Lc 8,2; Mc 16,9).

Todo esto vuelve inaceptable la explicación de que Juan no conocía los exorcismos realizados por Jesús.

Con el ingreso prohibido

Una segunda solución propuesta es que, mientras en los otros tres evangelios Jesús pasa casi todo el tiempo en Galilea, en el cuarto evangelio Jesús está casi siempre en Jerusalén, la Ciudad Santa, cuya pureza era cuidada con mucho esmero, y donde sabemos que era difícil encontrar endemoniados. Estos se hallaban más bien en el interior del país. Por eso Juan no tiene ocasión de contar exorcismos.

Pero si bien es cierto que el evangelio de Juan sitúa a Jesús casi siempre en Jerusalén, de los siete milagros que él narra, cuatro tienen lugar en Galilea: la conversión del agua en vino (Jn 2,1-12), la sanación del hijo de un funcionario real (Jn 4,43-54), la multiplicación de los panes (Jn 6,1-15) y la caminata de Jesús sobre las aguas (Jn 6,16-21). Por lo tanto, podía haber contado perfectamente algún exorcismo efectuado en Galilea.

No creía en los espíritus

La tercera explicación que han dado los estudiosos a este enigma es que Juan, autor del cuarto evangelio, era un exsaduceo convertido al cristianismo. Y sabemos que los saduceos eran un grupo religioso judío que no creía en los demonios, ni en los espíritus, ni en los ángeles (Mc 12,18; Hch 23,8). De modo que, al adherirse al cristianismo, este exsaduceo no quiso narrar los exorcismos de Jesús porque no creía en ellos.

Esta ingeniosa solución también debería ser descartada. En efecto, el mismo autor del evangelio afirma cuatro veces en su libro que a Jesús lo tenían por endemoniado. Por ejemplo, cuando dice que la doctrina que él enseña procede de Dios, los judíos enojados exclaman: «Tienes un demonio» (Jn 7,20). Cuando comenta que él viene de Dios, repiten: «¿No decimos con razón que estás endemoniado?» (Jn 8,48). Cuando afirma que quien escucha su palabra no morirá jamás, le contestan: «Ahora estamos seguros de que tienes un demonio» (Jn 8,52). Y al terminar su discurso sobre el Buen Pastor, muchos decían: «Tiene un demonio y está loco; ¿por qué le escuchan?» (Jn 10,20).

Esto parece reafirmar que el autor de Juan aceptaba la posibilidad de que alguien estuviera endemoniado. Lo que no hace es contar que Jesús hubiera curado alguna vez esa alteración.

¿Cuál habría sido, entonces, el motivo que lo llevó a encubrir algo tan conocido de la vida de Jesús?

Los que mejor revelaban

Hay una cuarta explicación, que es la más probable. Juan habría suprimido los exorcismos de su evangelio porque estos le trajeron muchos problemas a Jesús.

Sabemos que Jesús dio gran importancia a la curación de los endemoniados durante su vida pública, como se ve por la cantidad de relatos evangélicos que nos han llegado sobre el tema. Esto se debía a una razón muy concreta: aquellos enfermos, en apariencia tan extraños y sometidos a una fuerza maligna, eran por lo general personas marginadas y excluidas del sistema social, perturbadas muchas veces a causa de las desigualdades sociales, la desnutrición, el constante clima de violencia y la desintegración de las familias en las zonas rurales.

Estas connotaciones de la posesión demoníaca hoy resultan difíciles de entender para nosotros, pero ayudan a comprender el sentido de los exorcismos de Jesús, y explican por qué les dedicó tanto tiempo y nunca dejó de realizarlos. Mediante la liberación de los endemoniados y su reintegración social, Jesús revelaba lo que estaba ocurriendo en el fondo de la historia: el Reino de Dios estaba llegando a este mundo y las fuerzas enemigas comenzaban a retirarse. Él mismo lo enseñó: «Si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es que ha llegado a ustedes el Reino de Dios» (Mt 12,28).

Los exorcismos, por lo tanto, revelaban mejor que ninguna otra acción de Jesús el cumplimiento de su proyecto: la aparición de un mundo nuevo, en el que el poder del mal se retiraba y los oprimidos y marginados se reintegraban socialmente.

Con un anillo en la nariz

Pero Jesús no era el único que hacía exorcismos en aquel tiempo. Muchos otros judíos los practicaban. Y estas curaciones tenían un defecto: estaban ligadas a la magia. De hecho, los exorcistas judíos empleaban técnicas secretas y fórmulas esotéricas para llevarlas a cabo. Flavio Josefo, historiador judío del siglo I, describe un caso que él mismo presenció: un exorcista acercó a la nariz del

enfermo un anillo envuelto en hierbas, pronunció un encantamiento que se creía procedente del rey Salomón, e hizo caer al enfermo al suelo diciendo que en ese momento el demonio había salido por los orificios nasales y se había introducido en una vasija llena de agua, colocada a distancia. El pueblo creía que esos métodos extravagantes solo podían realizarse con el poder de Satanás.

Cuando Jesús empezó a realizar sus exorcismos, eliminó los ritos extraños de los sanadores judíos, y simplemente daba una orden a los enfermos y los curaba, mostrando su superioridad sobre los exorcistas judíos. Pero, a pesar de ello, no pudo despejar los recelos que su actividad despertaba. Por eso cuentan los evangelios que a veces su auditorio, en vez de alegrarse, se asustaba, como cuando curó al endemoniado de Gerasa, «y todos se llenaron de temor» (Mc 5,15). También nos cuentan que algunos sanadores judíos, confundiendo a Jesús con un mago poderoso, usaban su nombre como palabra mágica para expulsar demonios (Mc 9,38).

Esto hizo que mucha gente malinterpretara sus exorcismos. Por eso, Jesús no pudo evitar que sus enemigos terminaran creyéndolo un mago aliado de los demonios (Mc 3,22), que expulsaba los espíritus con el poder de Satanás (Mc 3,23), y le pusieran el humillante apodo de «Beelzebul» (Mt 10,25). Así, la intención de esas curaciones, que era anunciar el fin del reino del mal y el surgimiento del Reino de Dios, quedó totalmente desvirtuada.

Sortilegios egipcios

Después de su muerte, la idea de que Jesús había sido un gran mago no desapareció. Al contrario, se extendió por todas partes, a tal punto que los primeros cristianos tuvieron que enfrentar la crítica de numerosos sectores que acusaban a Jesús de haber practicado la hechicería.

Cuando Flavio Josefo habla de él, en sus Antigüedades Judías, comenta que era un «hacedor de obras extrañas». El Talmud, libro sagrado de los judíos, lo acusa de practicar la magia, instigar a la idolatría y engañar al pueblo. Celso, un filósofo griego del siglo II, sostenía que Jesús aprendió las artes mágicas en Egipto. Y hasta se encontró un antiguo papiro griego de magia con el nombre de «Jesús» como fórmula ritual empleada en los exorcismos. Justino, un cristiano mártir del siglo II, comentaba escandalizado: «¡Se atrevieron a decir que Jesús era mago!».

Así, la imagen del profeta de Nazaret quedó dañada a causa de los exorcismos que había realizado en su vida.

Para eliminar las sospechas

En este contexto es fácil comprender por qué el cuarto evangelio pensó que la figura de un Jesús exorcista no era la mejor para sus lectores. Las acusaciones de satanismo, hechicería y magia levantadas contra él y contra sus discípulos se habían instalado en la mente de muchos. Basta leer por ejemplo el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde tanto a Pedro como a Pablo se los llama «magos» debido a los milagros que realizaban (Hch 8,14-24; 19,11-17). Por eso, aunque el evangelista sin duda conocía los exorcismos de Jesús, prefirió omitirlos para evitar la posible confusión o escándalo entre sus lectores.

Pero existen otras dos razones que probablemente influyeron en la decisión del evangelista Juan de eliminar los exorcismos de Jesús.

La primera es que el cuarto evangelio tiene una idea de Jesús mucho más elevada que los otros tres evangelios sinópticos. Juan es el único evangelista que llegó a la concepción de que Jesús era igual a Dios (Jn 10,30), que obraba como

Dios (Jn 5,19) y que procedía de Dios (Jn 1,14). Esta cristología alta fue decisiva a la hora de eliminar los exorcismos. Un Jesús tan divino no podía tener la menor sombra de sospechas de haber practicado la magia o haber estado en alianza con Satanás.

La hoguera de los papiros

La segunda razón para eliminar los relatos de exorcismos tiene que ver con el lugar donde se compuso el evangelio. Según los exegetas, fue escrito en la ciudad de Éfeso, en la actual Turquía. Y sabemos que Éfeso era en la Antigüedad un famoso centro de actividad ocultista.

En efecto, en el siglo I esa ciudad era un hervidero de hechiceros, astrólogos, médiums, adivinos y magos. Para darnos una idea de ello, volvamos al libro de los Hechos. Allí se cuenta que cuando Pablo llegó a Éfeso decidió abrir una escuela para enseñar la Palabra de Dios; durante dos años estuvo predicando el mensaje de Jesús; al escucharlo, mucha gente se convirtió,

y venían a confesar y declarar sus prácticas; muchos de los que habían practicado la magia trajeron sus libros y los quemaron delante de todos; calcularon el precio de los libros, y vieron que subía a 50.000 monedas de plata (Hch 19,18-19).

Los libros que aquellos magos y hechiceros quemaron eran rollos de pergaminos que contenían encantamientos, conjuros y fórmulas para expulsar espíritus. Las monedas a las que alude el texto eran probablemente las dracmas de plata griegas; y una dracma de plata equivalía aproximadamente al salario de un día de trabajo. O sea, que ¡50.000 sueldos de un trabajador se hicieron humo aquel día en la plaza de Éfeso! Esto nos da una idea de cuán difundidas estaban las

prácticas mágicas en aquella ciudad, y la enorme atracción que ejercían en la gente.

En un ambiente así, seducido por la brujería, la presentación de un Jesús exorcista lo habría rebajado a la categoría de un mago, menoscabando su imagen de Hijo de Dios. Por eso es válido suponer que el autor del cuarto evangelio prefirió prescindir de los exorcismos.

Magia y religión

Cuando Juan escribió su evangelio conocía los exorcismos realizados por Jesús. No podía ignorar que había sido una de sus actividades más famosas, incluso más que sus parábolas y enseñanzas. Pero sabía también que esa tarea había sido malinterpretada y que muchos habían llegado a confundir a Jesús con un mago. Por eso, para evitar que su auditorio cayera en el mismo error prefirió silenciar el recuerdo de aquella práctica y contar en su lugar otros milagros más sugerentes, como la multiplicación de los panes, la conversión de agua en vino o la reanimación de Lázaro.

Probablemente Juan sabía que la magia es peligrosa. Tiene un gran parecido con la religión, pero es todo lo contrario: es su corrupción.

La magia nos hace creer que ciertos ritos tienen poder por sí mismos (Mt 7,21-23), y que basta con cumplir determinados actos o pronunciar unas fórmulas para conseguir resultados; la fe, en cambio, es saber que Dios da al hombre la fuerza para luchar por lo que quiere. La magia nos mantiene en un facilismo infantil: la fe nos hace esforzarnos con madurez renovada. La magia fomenta la repetición de ritos automáticos; la fe nos lleva a ver en cada día una nueva oportunidad de madurar. La magia provoca dependencia y miedo: la fe libera

porque pone la responsabilidad en nuestras manos.

Muchos cristianos se creen religiosos, cuando en realidad tienen una fe mágica. Piensan que por asistir a un culto, repetir oraciones o llevar medallas y estampas van a obtener más favores de Dios. Mientras tanto siguen con sus viejos vicios, no mejoran su existencia, no descubren el potencial que Dios puso en sus manos, y no se implican en gestionar sus vidas. El evangelista Juan en su evangelio hizo lo que pudo para que no creyéramos en un Jesús mágico. Esperamos que los lectores de su evangelio no lo defrauden.

Para continuar la lectura

G. Barbaglio, Jesús, hebreo de Galilea. Investigación histórica, Secretariado Trinitario, Salamanca 2002.

12

¿Por qué expulsó Jesús a los vendedores del Templo?

El desconcierto de un gesto

Cuentan los evangelios que, en cierto momento de su vida, Jesús viajó a Jerusalén; y al entrar en el Templo se encontró con un grupo de vendedores de animales y cambistas de monedas. Entonces los expulsó del lugar, mientras les explicaba que el Templo era la Casa de Dios para orar.

Este episodio es uno de los más extraños de su vida. Los mismos evangelistas, como veremos más adelante, se sintieron incómodos a la hora de narrarlo; y no sabiendo explicar por qué Jesús reaccionó de esa manera en el Templo, cada uno dio una interpretación distinta.

¿Qué quiso realmente hacer Jesús ese día? ¿Y qué versión contó cada evangelista sobre ese hecho? Para entenderlo, comencemos explicando por qué había vendedores y cambistas en el Templo.

Servicios que hacían bien

La presencia de vendedores en el Templo era importante. Cuando un judío quería ofrecer a Dios el sacrificio de un animal, no podía llevar al Templo uno cualquiera. Debía ser un animalito sin defectos ni impureza alguna. Y no era

fácil encontrar uno así. Además, muchos judíos llegaban a Jerusalén desde muy lejos, y no les era cómodo venir cargando el animal para la ofrenda. Entonces los vendedores les ahorraban ese trabajo a los peregrinos, a la vez que le garantizaban la pureza del animal.

¿Y los cambistas qué hacían en el Templo?

Su presencia se debía a que todo judío mayor de 20 años debía pagar un impuesto anual para ayudar al culto como lo había ordenado Moisés (Ex 30,11-16). Pero las monedas romanas, que eran las que circulaban en Palestina, no se aceptaban en el Templo por tener grabada la imagen del Emperador. Tampoco se aceptaban las monedas extranjeras que los peregrinos judíos traían de otros países. Las únicas admitidas como válidas eran las monedas acuñadas en la ciudad de Tiro; y los cambistas del Templo les reemplazaban a los peregrinos su dinero por el adecuado para el tributo.

Tanto los vendedores de animales como los proveedores de monedas hacían su trabajo fuera del lugar sagrado, en un sector del atrio exterior llamado Atrio de los Gentiles o Atrio de los Paganos.

El enojo incomprensible

Estas explicaciones vuelven aún más extraño el episodio del Templo.

En primer lugar porque, como vimos, los vendedores y cambistas no hacían nada malo. Al contrario. Facilitaban a los peregrinos el poder cumplir con las necesidades litúrgicas del culto. Ese mercado, lejos de constituir un burdo comercio, era una necesidad para el cumplimiento de la actividad religiosa. Sin

él, habría sido mucho más complicado el pago del impuesto, o la obtención de los animales para el sacrificio. Atacar este mercado significaba atacar el correcto funcionamiento del Templo.

En segundo lugar, porque a Jesús no le importaba la pureza del Templo. Nunca en los evangelios se lo ve preocupado por el decoro de la liturgia, ni por los ritos que allí se oficiaban. Incluso sabemos que estaba de acuerdo con ellos (Mc 1,44), y que, como buen judío, frecuentaba el Templo para las grandes fiestas.

En tercer lugar, porque la escena de la expulsión de los vendedores nos presenta a un Jesús muy distinto del que aparece con frecuencia en los evangelios. ¿Cómo es posible armonizar ese maestro violento e intolerante con el pacífico y sereno que predicaba en Galilea, que acogía a los pecadores y actuaba con mansedumbre hasta en las situaciones más duras?

Un signo insignificante

Para desentrañar este interrogante tenemos que distinguir entre lo que habría hecho el Jesús histórico y lo que luego contaron los evangelistas.

Históricamente, Jesús no quiso purificar el Templo como solemos pensar. Su interés como profeta nunca estuvo centrado en el culto, sino en el anuncio del Reino de Dios. Ahora bien, según la tradición judía, cuando el Reino de Dios llegara, el Templo de Jerusalén iba a desaparecer. Dios iba a reemplazarlo por otro Templo nuevo, perfecto, no hecho por manos humanas (Dn 9,24-27; Tob 14,5; Ap 21,22). Siguiendo esta expectativa, lo que hizo Jesús fue probablemente un pequeño acto simbólico, volteando quizás alguna mesa o un puesto de venta, para mostrar lo frágil y perecedero que era el edificio actual, en

comparación al futuro Templo cuya aparición era inminente. Fue un gesto alegórico que expresaba lo obsoleto del edificio presente, y lo innecesario de las ofendas de animales y monedas, cuando apareciera el Reino esperado. Una acción profética para anunciar que la institución del Templo pronto sería reemplazada por el Templo escatológico, edificado por Dios.

Su acto no debió de ser muy llamativo, ya que el Atrio de los Gentiles, donde realizó su gesto, era un lugar muy grande y estaría lleno de peregrinos, de modo que pasaría desapercibido. Además, el hecho de que las autoridades romanas que controlaban los posibles disturbios no intervinieran y lo arrestaran muestra que fue un gesto acotado, realizado en un pequeño rincón del amplio patio.

Hasta aquí lo que habría hecho Jesús.

La primera versión

Cuando se escribieron los evangelios, 40 años más tarde, el Reino de Dios no había llegado. El episodio del Templo, pues, había perdido mucho de su sentido. Pero al ser un incidente conocido, y por tratarse del episodio que motivó su captura y su condena, resultaba imposible silenciarlo. Entonces cada evangelista decidió contarlo, pero dando su propia versión y transformándolo en una buena noticia para sus lectores.

Marcos fue el primero en hacerlo, hacia el año 70.

Según su relato, unos días antes de su muerte Jesús se presentó en Jerusalén montado en un burro, acompañado por sus discípulos y aclamado como Mesías. Ese día no sucedió nada. Pero al día siguiente tuvo lugar el altercado:

Jesús entró en el Templo, y comenzó a echar de allí a los vendedores y compradores; volcó las mesas de los que cambiaban dinero y los puestos de los vendedores de palomas; y no permitía que nadie pasara por el Templo llevando cosas. Y se puso a enseñar diciendo: «La Escritura dice: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones. Pero ustedes la han convertido en una cueva de ladrones». Cuando los sumos sacerdotes y los escribas se enteraron de lo ocurrido se propusieron darle muerte, porque temían el impacto que sus enseñanzas producía en la gente (Mc 11,15-18).

Para agrandar el lugar

Para entender la versión de Marcos, hay que tener presente que escribe para lectores de origen pagano. Ahora bien, como ya vimos, en el Templo de Jerusalén había dos áreas bien definidas. Una interior, llamada el Atrio de los Israelitas (donde rezaban exclusivamente los judíos), y otra exterior, llamada el Atrio de los Gentiles (donde podían entrar los paganos). Esta zona exterior no era considerada parte del Templo, ni sagrada, pues la presencia de paganos la volvía impura. Por eso se permitía allí la instalación de vendedores, cambistas y mercaderes de toda clase que hacían sus negocios, ya que allí Dios no se molestaba en comunicarse con nadie.

Lo que al parecer Marcos quiso decir a sus lectores es que a Jesús le pareció mal que hubiera dos áreas en el Templo, una sagrada para los judíos y otra impura para los paganos. Esta discriminación, según Marcos, no fue aceptada por Jesús, quien mediante aquel incidente pretendió convertir el Atrio de los Gentiles en un sitio tan sagrado como el área judía. Por eso dice (y solo Marcos lo dice) que no dejaba pasar a la gente que transportaba cosas, intentando suprimir las actividades comerciales del sector de los paganos. Jesús habría querido decir que Dios también escucha la oración en el sector de los gentiles. Por eso exclama: «Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones» (Mc 11,17).

Lo que en definitiva pretendió Jesús, según Marcos, era decir que judíos y paganos están a un mismo nivel ante los ojos de Dios.

Una mancha de dos siglos

Mateo trae una versión diferente (Mt 21,12-17). Él escribe para lectores de origen judío, que esperaban la llegada del Mesías. Por eso realiza varios cambios al relato de Marcos.

Ante todo, dice que Jesús expulsó a los vendedores el mismo día que entró a Jerusalén, y no al día siguiente como decía Marcos. Es un detalle muy importante, porque cuando él entra en Jerusalén, la ciudad entera lo aclama como Rey y Mesías. De este modo, Mateo indica que quien acaba de ingresar en el Templo es el Mesías esperado por ellos. Si Mateo hubiera esperado al día siguiente, se habría enfriado este detalle.

¿Y para qué entra Jesús al Templo? Según la creencia judía, este se hallaba contaminado desde hacía mucho tiempo. En el año 167 a.C. un rey sirio llamado Antíoco Epífanes había invadido la ciudad y ofrecido en el Templo sacrificios a los dioses paganos. Desde entonces los judíos sentían que el edificio estaba manchado, y vivían con la angustia de no poder hacer nada para solucionarlo. Solo les quedaba aguardar que, según una antigua profecía (Mal 3,1-3), viniera el Mesías a purificarlo (1 Mac 4,44-46). Mateo, entonces, decidió presentar a Jesús como el Mesías que entra en el Templo para purificarlo de su antigua mancha. Por eso Jesús hace un gesto de limpieza, expulsando a vendedores y cambistas.

Además, Mateo agrega dos detalles originales:

a) Dice que se le acercaron unos ciegos y paralíticos, y los curó (Mt 11,5). Los ciegos y paralíticos tenían prohibida la entrada en el Templo (2 Sm 5,8; Lv 21,18). Solo cuando viniera el Mesías se levantaría esa prohibición.

b) Dice que un coro de niños hebreos lo aclama como Mesías. Así ya no quedaba duda alguna de su identidad.

Mateo no tiene interés, como Marcos, en el Atrio de los Paganos. Por eso no cuenta el detalle de que Jesús impedía el paso de la gente por el atrio (Mc 11,16). Tampoco dice que el Templo será Casa de oración «para todas las naciones» (Mc 11,17). A sus lectores, de origen judío, solo les preocupaba el Templo propiamente dicho. Mateo les quiere decir que Jesús es el Mesías que viene a tomar posesión de él y a purificarlo.

Disminuyendo el enfado

La versión de Lucas es la más breve de todas. Tiene apenas dos versículos, y no cuenta casi nada (Lc 19,45-46). Solo dice que Jesús echó fuera a los vendedores. No hay mesas volcadas, ni puestos de palomas derribados, ni gente bloqueada para que no pase.

¿Por qué acortó tanto la escena? Porque escribe para una comunidad mixta de cristianos, de origen judío y pagano, que está en crisis y al parecer amenaza con dividirse por problemas internos. Con tal motivo, elimina de su evangelio casi todas las escenas de violencia y agresión que pudieran aumentar las tensiones de su comunidad. Por eso redujo al mínimo los detalles violentos del episodio del

Templo.

¿Qué habría pretendido hacer Jesús en esta versión? Simplemente convertirlo en un lugar apto para sus enseñanzas (Lc 19,47), algo que no irritaba a ninguno de sus lectores. Por eso inmediatamente presenta a Jesús enseñando en el Templo (Lc 20,1; 21,37.38; 22,53), y este se convierte en el sitio elegido para impartir su doctrina.

La construcción no va más

El evangelista Juan también cuenta el episodio del Templo. Pero, a diferencia de los sinópticos, hace algo novedoso: coloca el incidente de los vendedores al principio de la vida de Jesús, cuando este recién comienza su ministerio (Jn 2,13-22). Y lo hace con una intención muy distinta a la de los otros tres. Según Juan, lo que Jesús pretendía era eliminar directamente el Templo y reemplazarlo por su persona, que a partir de entonces será el nuevo Templo de Dios.

Por eso le añade a su relato detalles propios. Por ejemplo, dice que Jesús no solo volcó los puestos de palomas, sino que también echó a bueyes y ovejas, animales no mencionados en los sinópticos pero que también eran parte de los sacrificios del Templo, mostrando así que todos los sacrificios quedaban eliminados. También dice que le preguntaron por qué hacía eso y Jesús respondió: «Destruyan este Templo y yo lo levantaré en tres días». Es decir, no solo los sacrificios sino todo el Templo había perdido su sentido con la llegada de Jesús.

Para Juan, entonces, Jesús no quiso abrir el Templo a los paganos (como decía Marcos), ni purificarlo (como decía Mateo), ni convertirlo en lugar de enseñanzas (como decía Lucas), sino directamente abolirlo. Es un relato

simbólico de la futura supresión del culto y los sacrificios judíos que sucederá con la llegada de Jesús, el nuevo Templo de Dios. Por eso lo narra a continuación de las bodas de Caná (Jn 2,1-12), donde Jesús también hace desaparecer 600 litros de agua, usada por los judíos para sus purificaciones (nuevamente un rito judío desaparece), y los convierte en vino. El culto judío ha llegado a su fin.

Por la vida de un amigo

Falta comentar un detalle importante. Mientras los tres sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas) afirman que el incidente del Templo le costó la vida a Jesús, ya que las autoridades lo interpretaron como un acto subversivo y por eso lo crucificaron, Juan afirma que lo que causó su muerte fue el milagro de la reanimación de Lázaro (Jn 11,45-54). O sea, que tenemos dos versiones distintas sobre el detonante de su muerte. ¿Cuál de las dos es históricamente correcta?

Sin duda, la de los sinópticos. Lo deducimos porque, después del arresto de Jesús, el tema del Templo aparece una y otra vez. Por ejemplo, durante el juicio, los testigos lo acusan de haber querido destruir el Templo y construir otro (Mc 14,58). También durante la crucifixión la gente que pasa frente a él se burla y repite lo sucedido en el Templo. Y cuando después de la muerte de Jesús apresan al discípulo Esteban, el libro de los Hechos de los Apóstoles dice que los testigos vuelven a citar lo del Templo: «Este hombre sostuvo que Jesús Nazareno destruiría el Templo y cambiaría las costumbres de Moisés» (Hch 6,14).

Evidentemente el episodio del Templo fue determinante en la muerte de Jesús.

¿Por qué, entonces, Juan señala que su muerte se debió al milagro de Lázaro? Porque según este evangelio, fue el milagro más espectacular de cuantos realizó

Jesús en su vida. Mostraba así el sorprendente poder que tenía de devolver la vida a los muertos, algo jamás visto antes (Jn 11,25-26). Las autoridades, al tomar conciencia de esto, comprendieron que su persona se había vuelto peligrosa y que el profeta de Nazaret se había vuelto difícil de manejar; por eso decidieron acabar con él (Jn 11,45-53). Pero, y aquí está la ironía joánica, al matarlo, lo que lograron fue que Jesús trajera la resurrección a toda la humanidad (Jn 13,14-15). Con su muerte se inauguró un nuevo tiempo en el que los hombres ya no mueren más, porque ha comenzado la Vida eterna (Jn 5,21). Es un genial sarcasmo de Juan: a Jesús lo matan para que no haga más resurrecciones, y lo que logran es que con su muerte traiga la resurrección al mundo.

Siempre el mismo tema

Hacia el final de su vida Jesús provocó un incidente en el Templo. No se opuso a esa institución. Solo quiso anunciar simbólicamente la proximidad del Reino de Dios y su nuevo Templo. Pero el acto le costó la vida. Años más tarde los evangelistas releyeron el significado original de ese suceso y le dieron su propia interpretación, convirtiéndolo en una buena noticia para sus lectores.

A su manera, cada evangelista tenía razón. Jesús quería que no hubiera excluidos (Marcos), que no hubiera impureza en el culto de los creyentes (Mateo), que el anuncio del evangelio fuera digno (Lucas), y que las personas, no los edificios, fueran considerados templos de Dios (Juan). Es que los gestos que hacía Jesús tenían una profundidad mayor de lo que parecía a simple vista. Por eso sus acciones podían reinterpretarse, como hicieron los evangelistas, desde una buena noticia.

Pero el creyente no debe quedarse con descubrir esa buena noticia. Debe dar un paso más y aplicarla en la sociedad en la que vive. Para que la muerte de Jesús, provocada por aquel incidente, no haya sido en vano.

Para continuar la lectura

S. Légasse, El proceso de Jesús. La historia, Desclée de Brouwer, Bilbao 1995.

13

¿Quién era Barrabás?

El día del sufragio

Horas antes de morir en la cruz, Jesús de Nazaret fue sometido a una curiosa votación junto a un personaje llamado Barrabás. No era una elección por un cargo político sino por el derecho a la vida. Jesús perdió, y le tocó morir en el patíbulo.

¿Quién era Barrabás? Hasta hoy su figura sigue siendo un misterio. Para algunos estudiosos era un revolucionario político del grupo de los zelotes que conspiraba contra el gobierno de Roma. Para otros era un simple asesino. Y para Hollywood, que lo inmortalizó en una famosa película de 1961, Barrabás, magistralmente interpretado por Anthony Quinn, era el jefe de una banda de ladrones que asaltaba y saqueaba caravanas.

El mismo Nuevo Testamento no se pone de acuerdo sobre su identidad. Mateo lo llama «un preso célebre» (Mt 27,16), sin especificar por qué estaba preso. Para Marcos y Lucas era un sedicioso «que en el motín había cometido un asesinato» (Mc 15,7; Lc 23,19). Según Juan, era «un ladrón» (Jn 18,40). Y los Hechos de los Apóstoles directamente lo califican de «homicida» (Hch 3,14). Por lo tanto, el Nuevo Testamento presenta a Barrabás de tres maneras: como sedicioso político, como ladrón y como asesino. ¿Cuál de estas tres cosas era Barrabás?

Conflicto de identidades

La idea más difundida es la que viene de Marcos y Lucas, es decir, que se trataba de un sedicioso, una especie de guerrillero o subversivo que luchaba contra el poder de Roma en Palestina. Pero de ser así, ¿cómo se explica que Poncio Pilato lo soltara tan fácilmente? Ningún gobernador romano, por lo que conocemos de la historia, habría dado jamás la libertad a un preso que estuviera acusado de hostilidad contra el Imperio y el César.

Por eso otros prefieren la segunda alternativa, señalada por los Hechos de los Apóstoles: era un simple asesino, que con algunos compañeros habría cometido un crimen sin connotaciones políticas ni revolucionarias. Pero ¿por qué entonces Mateo, al hablar de él, lo describe como un preso «célebre»? El término griego empleado es epísemos, que connota el sentido de «ilustre», «glorioso». San Pablo usa esa misma palabra cuando, al hablar de sus ayudantes Andrónico y Junia, dice que eran «ilustres» (epísemos) entre los apóstoles (Rom 16,7). Barrabás, pues, no solo parece haber sido muy conocido sino también «admirado» y «respetado» por la gente. ¿Cómo es posible que un asesino gozara de tal reconocimiento popular?

La tercera hipótesis, propuesta por el evangelio de Juan, ve en Barrabás a un ladrón, un delincuente común. Pero Marcos dice que ese día: «Subió la gente y se puso a pedir lo que les solía conceder» (Mc 15,8), es decir, la libertad de un preso (Mc 15,6). Si fue así, solo cabe suponer que esa mañana la multitud fue espontáneamente a pedir que soltaran a Barrabás, ya que no sabían que Jesús estuviera encarcelado. ¿Cómo un ladrón y delincuente podía despertar en la gente tanto fervor y entusiasmo, al punto de que el pueblo fuera a solicitar su liberación?

Frente a los obstáculos que encuentran las tres explicaciones propuestas, los exegetas han sugerido una cuarta teoría: Barrabás no existió. Es una figura simbólica, imaginaria, creada por la tradición cristiana para dar mayor dramatismo a la muerte de Jesús, y que después terminó incluida en los evangelios. Pero es difícil admitir que un personaje, identificado por su nombre

en todos los evangelios, sea una figura simbólica.

¿Cómo resolver este enigma? Si analizamos con detalle los datos del Nuevo Testamento quizás podamos encontrar la solución.

Varias clases de pugnas

Ante todo vemos que Marcos (y Lucas que repite su versión), al hablar del incidente por el que arrestaron a Barrabás, se refiere a él como «el motín» (en griego, hé stásis) (Mc 15,7). Resulta curioso que a un motín o alzamiento político se lo llame «el» motín, como si fuera un hecho socialmente conocido. Marcos nunca aclara a qué motín se refiere. Y los estudiosos no pudieron encontrar datos históricos de semejante evento. Lo único que sabemos es que sucedió en época de Pascua. Pero ¿cuál es el motín de Pascua tan notorio que no necesitaba más precisiones para ser recordado?

Conviene aclarar que, si bien en griego la palabra stásis significa «motín», «enfrentamiento», «pelea», «lucha», «disputa», no siempre alude a un enfrentamiento subversivo o político. Por ejemplo, en Hch 15,2 stásis significa «enfrentamiento o debate doctrinal», es decir, de ideas, en este caso sobre el tema de la circuncisión. En Hch 23,7.10 es un enfrentamiento dialéctico sobre la resurrección de los muertos. En Hch 24,5 es la disputa entre judíos por las diferentes interpretaciones de la Ley. Por lo tanto, «la» stásis de la que habla Marcos (con artículo determinado) podría traducirse también por «la disputa», «el enfrentamiento» o «la lucha» pero de carácter intelectual, o incluso un certamen o concurso lúdico, que coincidiese con las fiestas de Pascua.

Ahora bien, ¿qué enfrentamiento había durante la Pascua, que hubiera podido adquirir popularmente el apelativo de «el» enfrentamiento, y en el que se habría

producido una muerte?

El hipódromo del rey

Gracias al escritor judío Flavio Josefo, sabemos que el rey Herodes había construido en Jerusalén un grandioso anfiteatro o hipódromo en el valle del Tiropeón, la zona baja de la ciudad, donde se celebraban carreras de carros y de jinetes, dotadas de importantes premios. O sea que stásis podría significar también un enfrentamiento hípico, en especial una carrera de carros. Más aún, si a alguna stásis o certamen deportivo le convenía el nombre eminente de «la» competición era desde luego la carrera de carros, sobre todo en el ambiente de Roma, donde esta era la máxima atracción popular, y donde se encontraban los lectores de Marcos.

Ahora hay que aclarar quiénes eran los sediciosos (en griego, stasiastés) que habían cometido el asesinato, y por el que había terminado preso Barrabás (Mc 15,7). Para esto debemos analizar esta segunda palabra. Normalmente stasiastés se traduce por «sedicioso», «faccioso», o «revolucionario político». Sin embargo, la palabra también puede traducirse por «perturbador», «díscolo», es decir, cualquier antisocial (como aparece en muchos textos griegos antiguos), y no necesariamente un rebelde de carácter político. De modo que aquellos stasiastái (plural) encarcelados con Barrabás podrían perfectamente haber sido unos simples alborotadores del orden público, y no activistas subversivos contra Roma.

Podemos, pues, proponer las siguientes conclusiones: a) la stásis de Marcos no es necesariamente un choque guerrillero, sino que podría ser un enfrentamiento deportivo, alguno de aquellos espectáculos que presenciaban los contemporáneos de Jesús en el hipódromo de Jerusalén; b) los revoltosos que acompañaban en la cárcel a Barrabás podrían no haber sido unos sublevados contra Roma sino unos simples espectadores excitados, provocadores y

pendencieros.

Una liberación comprensible

Si aceptamos esto, se podría proponer la hipótesis de que Barrabás era un auriga, es decir, un conductor de carros de carrera, a quien el pueblo admiraba y cuya liberación solicitaban. Y que quienes estaban en prisión con él eran unos espectadores revoltosos que, por ejemplo, podían haber empujado hacia los caballos o las ruedas del carro de Barrabás a un infeliz aficionado, tal vez hostil a su ídolo, y haberle provocado la muerte, de modo que Barrabás terminó también accidentalmente implicado en el crimen. Si esto es así, entonces se aclaran muchos de los detalles borrosos que aparecen en los evangelios.

Primero, se comprende la distinción que Marcos hace entre Barrabás y sus compañeros de prisión. Solo a estos los llama «revoltosos», y solo a estos los presenta como autores del homicidio. De Barrabás, en cambio, no dice que lo sea (Mc 15,7).

Segundo, que a Barrabás se lo conociera por su apodo. Marcos escribe: «Había uno, llamado Barrabás». Generalmente la expresión «llamado» alude a un sobrenombre. Así, por ejemplo: «Jesús, llamado Cristo» (Mt 1,16); «Simón, llamado Pedro» (Mt 4,18); «Tomás, llamado Mellizo» (Jn 11,16). De modo que Barrabás no parece ser su nombre sino un sobrenombre, quizás relacionado con su actividad deportiva.

Tercero, que Mateo diga de él que era un prisionero «célebre» (Mt 27,16), es decir, alguien celebrado y admirado por la gente. En ningún momento lo califica de delincuente o criminal.

Cuarto, que Barrabás tuviera partidarios o adeptos que fueran a pedir espontáneamente su liberación.

Quinto, que el gobernador romano aceptara concederle la liberación, puesto que no estaba implicado en un altercado político o subversivo.

Todos eran salteadores

Pero debemos reconocer que esta interpretación tropieza con un obstáculo; y es que el evangelio de Juan define a Barrabás como un «ladrón» (Jn 18,40). Si bien Juan emplea la palabra lestés, y según Flavio Josefo ese término había adquirido en el siglo I el significado de «sicario», «revolucionario», Juan dos veces nos aclara que, para él, lestés es sinónimo de ladrón (Jn 10,1.8).

Entonces, ¿era Barrabás un ladrón como precisa el evangelio de Juan?

Podemos hallar una respuesta a esto, si tenemos en cuenta que Juan es el evangelista más simbólico de todos, y que muchas veces su lenguaje y sus palabras esconden un sentido metafórico. Por lo tanto, tendríamos que preguntarnos qué significa «ladrón» para el cuarto evangelio.

La respuesta aparece en la alegoría del Buen Pastor, que él mismo pone en boca de Jesús (Jn 10,1-18). Allí dice: «El que no entra por la puerta en el corral de las ovejas, ese es un salteador y un ladrón» (Jn 10,1). En cambio: «el que entra por la puerta, ese es el Pastor de las ovejas» (Jn 10,2). «Todos los que han venido son salteadores y ladrones» (Jn 10,8). «El ladrón solo viene a robar, matar y

destruir. Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

No cualquiera es un ladrón

Para Juan, Jesús es el Buen Pastor. Todo aquel que no cree en él viene a quitar la vida de las ovejas y en consecuencia es un ladrón. Entre estos ladrones, según el lenguaje de Juan, está Barrabás. Porque, siguiendo con nuestra hipótesis, este gimnasta más o menos brillante, que seducía y fascinaba al pueblo con sus proezas, llegó a embotar la mente de la multitud hasta hacer que pidieran la muerte de un inocente. Cuando el pueblo clamó por la libertad del hábil deportista olvidándose de Jesús, despreció al verdadero Pastor, desoyó su voz y se fue tras un ladrón.

La dramática confrontación, pues, que había tenido lugar ante Pilato entre Jesús y Barrabás, llevó genialmente al evangelista a representar, en ambas figuras, a los dos personajes de la alegoría contada por Jesús.

Por motivos literarios

La interpretación de que Barrabás podría haber sido un auriga, es decir, un conductor de carros de carrera al que encarcelaron por el crimen cometido por un grupo de fanáticos simpatizantes, tampoco parece encajar con la versión de los Hechos de los apóstoles. En efecto, este libro acusa directamente a Barrabás de ser un «asesino» (Hch 3,14), como si hubiera sido él quien cometió el homicidio ocurrido durante «el motín», y no los hombres con los que estaba en prisión.

Ahora bien, para entender por qué el libro de los Hechos trae esa afirmación, debemos tener en cuenta que la frase se encuentra en un discurso que pronuncia Pedro ante los judíos en el Templo, luego de curar a un paralítico. Allí les dice: «Ustedes pidieron que les entregaran a un homicida, mientras que hicieron morir al Jefe que lleva a la vida» (Hch 3,14-15).

Se trata de una manera de hablar muy común entre los judíos, y bastante empleada en la Biblia. Es un juego de palabras llamado «quiasmo», y consiste en cruzar conceptos y contraponer palabras para resaltar mejor la idea que se quiere expresar. Es decir, el autor de Hechos aprovechó que en la historia de Barrabás se mencionaba un homicidio (aunque no cometido por él, sino por sus partidarios), para emplearlo en una comparación con el homicidio cometido contra Jesús. Así, atribuyéndole el homicidio a Barrabás podía armar el juego de palabras: «Han dado la vida / a un asesino, / y han asesinado / al que da la Vida».

En esta expresión, el único asesinato real es el cometido contra Jesús. Pero para resaltar la injusticia perpetrada contra él, se alude a que el liberado era un asesino. Barrabás, pues, ha quedado «convertido» en homicida solo por una necesidad literaria, no porque se tratara de un episodio histórico.

El centauro extranjero

Falta aclarar un último problema. Barrabás debió de haber sido un extranjero, pues resulta difícil imaginar que, en el poco tiempo que llevaba funcionando el hipódromo de Jerusalén, un judío hubiera podido alcanzar el nivel y la capacidad de un buen deportista como para competir en las carreras de carros. Además, los jóvenes israelitas no eran proclives a este tipo de entrenamientos. Por eso cuenta Flavio Josefo que el rey Herodes hacía traer de fuera del país a los jinetes y aurigas. Sin embargo, el sobrenombre «Barrabás» es de origen judío, y significa en arameo «el hijo (bar) de su padre (abba)». ¿Cómo es posible que a un extranjero se lo conociera con un apodo judío?

Hay varias soluciones probables. Quizás este extranjero recibió en Jerusalén un apelativo en arameo que fue la traducción del que traía de afuera. En su patria podían haberlo conocido como «el hijo de su padre» (si su padre, por ejemplo, hubiera sido también un hábil corredor ecuestre), y entonces los jerosolimitanos podrían haber traducido su apodo al arameo por «Barrabás». Pero también se puede pensar que Barrabás no fuera una palabra judía sino extranjera. Podría estar formada por «bar» (sílaba inicial de bárbaros = extranjero), y Abas (nombre de un centauro), o sea que significaría «el centauro extranjero», apodo apropiado para un jinete o auriga. También podría venir de bárbaks (= «halcón»), o de alguna otra expresión parecida.

Siempre presente a nuestro lado

Barrabás probablemente no era un subversivo, ni un ladrón, ni un asesino. Sería difícil explicar su liberación por parte del gobernador romano. Podría haber sido un auriga, un corredor de carreras, llegado de afuera para las competencias ecuestres en el hipódromo de Jerusalén con motivo de las fiestas, y famoso en la ciudad por haber venido otras veces a exhibir sus dotes de deportista. Y los revoltosos que estaban con él en la cárcel aquel día tampoco eran sublevados contra Roma, ni unos sediciosos, sino quizás unos espectadores fanáticos y excitados que provocaron una muerte en la que accidentalmente quedó implicado Barrabás. Creemos que, como hipótesis, es la que mejor encaja con los datos que tenemos.

Sea como fuere, lo cierto es que el tal Barrabás se vio envuelto en un incidente que casi le cuesta la vida. Pero gracias a Jesús de Nazaret, que se encontraba allí ese día, se salvó. No es que debido a la liberación de Barrabás fue condenado Jesús, sino que gracias a la condena de Jesús se salvó Barrabás. Siempre sucede así. Por donde pasa Jesús, regala vida y salud. Lo malo del caso es que Barrabás probablemente jamás se enteró de quién había estado a su lado. Estuvo a escasos metros de él y no lo conoció. Tal vez si hubiera sabido que aquel acompañante

suyo era el Hijo de Dios, y hubiera conocido su mensaje, no solo habría salvado su vida sino también su salud interior y su paz.

Todos nos vemos envueltos frecuentemente en problemas y desgracias, durante los cuales solemos sentirnos solos y agobiados. Si en esos momentos abriéramos los ojos y tomáramos conciencia de que a nuestro lado está siempre, infaltablemente, Jesús de Nazaret, como estuvo junto a Barrabás, dándonos su fuerza y ofreciéndonos vida y esperanzas, tal vez los enfrentaríamos de otra manera. Y quizás caminaríamos más confiados por la vida.

Para continuar la lectura

V. Cernuda, «La condena inopinada de Jesús», Estudios Bíblicos 48 (1990) 375-422.

14

¿Quiénes descubrieron la tumba vacía de Jesús?

Una mañana agitada

Según los cuatro evangelios, fueron unas mujeres las primeras en descubrir la tumba vacía de Jesús. Teniendo en cuenta que en aquel tiempo las mujeres no eran consideradas testigos fiables, ese dato debe de tener un fuerte fundamento histórico. Sin embargo, cada evangelista trae una versión diferente de los hechos.

En primer lugar, difieren en cuanto a la hora en que ocurrió. Marcos (Mc 16,1) y Lucas (Lc 24,1) dicen que fue el domingo a la mañana, a la salida del sol. Para Juan también fue el domingo por la mañana, pero cuando aún estaba oscuro (Jn 20,1). Y Mateo dice que fue el sábado por la noche (Mt 28,1).

La segunda diferencia se refiere al número de mujeres. Para Juan era una sola: María Magdalena (Jn 20,1). Para Mateo, dos: María Magdalena y otra María (Mt 28,1). Para Marcos, tres: María Magdalena, María la esposa de Santiago y Salomé (Mc 16,1). Y para Lucas, un grupo numeroso de mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea a Jerusalén (Lc 23,55).

Tampoco hay acuerdo sobre el motivo por el que fueron a la tumba. Según Marcos y Lucas, llevaban aromas y mirra para ungir el cadáver de Jesús (Mc 16,1; Lc 24,1). En cambio, según Mateo y Juan fueron solo a ver el sepulcro (Mt 28,1; Jn 20,1).

El ángel que se desdobla

Una cuarta diferencia se refiere a cómo se abrió la tumba. Según Mateo, al llegar las mujeres hubo un terremoto y el Ángel del Señor bajó del cielo y corrió la piedra que cerraba la entrada (Mt 28,2). Marcos y Lucas dicen que la piedra ya estaba corrida cuando llegaron las mujeres (Mc 16,4; Lc 24,2). Y Juan dice que la piedra no solo había sido corrida sino «quitada», es decir, ¡había desaparecido del lugar! (Jn 20,1).

También discrepan sobre el personaje que encuentran en la tumba. Para Marcos era un joven (Mc 16,5); para Mateo, un ángel (Mt 28,5); para Lucas, dos hombres (Lc 24,4); y para Juan, dos ángeles (Jn 20,12).

Ni siquiera hay acuerdo sobre el mensaje que este personaje da a las mujeres. Según Marcos y Mateo, les dice que Jesús ha resucitado y que los discípulos deben ir a Galilea para verlo (Mt 28,5-7; Mc 16,6-7). Según Lucas, solo les dice que Jesús ha resucitado, pero no que deben ir a Galilea (Lc 24,5-7). Y en Juan los ángeles permanecen mudos en el sepulcro. Será Jesús quien más tarde le anunciará a María Magdalena su resurrección (Jn 20,15-17).

Finalmente, los evangelistas discrepan sobre la reacción de las mujeres. En Mateo y Lucas ellas salieron llenas de alegría a contar la noticia (Mt 28,8; Lc 24,9). En Marcos huyeron espantadas y no contaron nada a nadie (Mc 16,8). En Juan, María Magdalena después de ver el sepulcro vacío corre a anunciar el robo del cadáver (Jn 20,3).

Con el sol como testigo

Con versiones tan distintas sobre los hechos de la mañana de Pascua resulta imposible componer un relato coherente. ¿Por qué estas diferencias? ¿Qué sucedió realmente el día de la resurrección de Jesús?

Las discrepancias que vimos nos indican que los evangelistas no pretendieron transmitir una crónica histórica de los acontecimientos, sino que adaptaron la información que tenían a su propia intención teológica, para transmitir un mensaje a sus lectores. ¿Y cuál era ese mensaje? Para saberlo, debemos analizar cada evangelio por separado.

Empecemos por el más antiguo, es decir, Marcos (Mc 16,1-8). Según este, las mujeres fueron al sepulcro «a la salida del sol». Probablemente Marcos no sabía la hora en la que ellas concurrieron a la tumba, y presentó una escena simbólica. Antes había contado que al morir Jesús una gran oscuridad cayó sobre toda la tierra (Mc 15,33). Ahora, con la resurrección, el sol ha vuelto a salir. Se trata de la luz de una nueva era que está amaneciendo, aun cuando aquellas mujeres no lo sabían.

Marcos coloca tres mujeres en el sepulcro. ¿Por qué? Probablemente porque Jesús había tenido tres discípulos preferidos (Pedro, Santiago y Juan), que durante la pasión habían huido y lo habían abandonado. Por eso ahora presenta tres mujeres que permanecen fieles a Jesús, como reemplazantes de aquellos tres que le fallaron. Por eso las tres están presentes el día de su muerte (Mc 15,40) y el día de su resurrección (Mc 16,1).

Huyeron muertas de miedo

La intención de las mujeres, según Marcos, fue «ungir» el cadáver de Jesús. Porque, para este evangelista, el entierro había estado en manos de José de

Arimatea (Mc 15,43), un enemigo de Jesús, miembro del Sanedrín, que había votado a favor de su muerte (Mc 14,55) y lo había entregado a Pilato para que lo condenara (Mc 15,1). Por lo tanto, José no se había preocupado de los ritos de sepultura de Jesús, y ellas tuvieron que ir a completar la ceremonia, tan importante para el entierro de un judío.

A quien encontraron fue a «un joven» sentado a la derecha y vestido de blanco, que les transmite la noticia de la resurrección. ¿Quién es este joven? Sin duda un personaje figurado, que de algún modo representa al mismo Jesús en su nueva vida, como se ve por los detalles con que lo describe: un joven (la eterna juventud de la resurrección), vestido de blanco (símbolo de la vida eterna) y sentado a la derecha (como Mesías glorioso).

Para Marcos, las mujeres huyen asustadas y no cuentan a nadie la noticia de la resurrección. Al parecer, con esta escena Marcos quiso decir a los primeros cristianos que eran ellos los que ahora debían asumir el compromiso de predicar el evangelio, puesto que las mujeres testigos habían desertado.

Para echar una mirada

Diez años después compuso Mateo su evangelio, basándose en el de Marcos. Como sus lectores eran de origen judío, y no pagano como los de Marcos, hizo algunos cambios para adaptar mejor su mensaje a la mentalidad judía (Mt 28,1-8).

En primer lugar, no dice que las mujeres fueron al sepulcro el domingo por la mañana sino el sábado por la noche. Porque para los judíos la fiesta de Pascua, en la que Dios había liberado al pueblo de Israel de la esclavitud, tuvo lugar durante la noche: la noche del éxodo. Por eso la nueva Pascua, en la que Jesús

libera a su pueblo de la esclavitud del pecado y de la muerte, también debía suceder durante la noche.

Modifica además el número de las mujeres. Es que Marcos había colocado, en su relato, dos mujeres durante el entierro (Mc 15,47), y tres en la resurrección. Esto, para la mentalidad judía de Mateo, modificaba la cadena creíble de testigos. Quizás por eso colocó solo dos mujeres en la resurrección, para que coincidieran con las dos que asistieron al entierro (Mt 27,61).

Para Mateo, las mujeres no fueron a ungir el cuerpo de Jesús porque en su evangelio José de Arimatea, al ser discípulo de Jesús y no un enemigo (Mt 27,57), ya había realizado los rituales judíos correspondientes (Mt 27,59-60). No había, pues, necesidad de ungir su cuerpo. Por eso dice que ellas fueron solo «a ver» el sepulcro.

Los cinco fenómenos

Si para Marcos las mujeres hallaron abierto el sepulcro, para Mateo presenciaron el magnífico espectáculo de su apertura:

De pronto se produjo un gran temblor; el ángel del Señor, semejante al relámpago y blanco como la nieve, bajó del cielo, fue al sepulcro, hizo rodar la piedra y se sentó sobre ella.

Muestra así que fue Dios quien abrió el sepulcro (algo que no estaba claro en Marcos). Por eso no aparece en la tumba un joven (como en Marcos), sino el ángel del Señor, que en la Biblia simboliza al mismo Dios.

¿Por qué Mateo relata la apertura de la tumba de ese modo? Porque antes había contado que, al morir Jesús, se habían producido cinco fenómenos: 1) un oscurecimiento; 2) un temblor de tierra; 3) un movimiento de piedras; 4) las tumbas que se abren; y 5) los muertos que resucitan (Mt 27,45-53). Eran los fenómenos que anunciaban simbólicamente el inicio de una nueva era. Ahora, el día de la resurrección, Mateo vuelve a contar que sucedieron esos cinco fenómenos (oscuridad, temblor, piedras que se mueven, una tumba que se abre y un muerto que resucita), para reforzar la idea de que los nuevos tiempos han comenzado.

Finalmente, Mateo cambia la reacción de las mujeres. No huyen asustadas y en silencio (como en Marcos), sino que «corrieron a dar la noticia a sus discípulos». Porque Mateo contará luego, cosa que no hace Marcos, que los discípulos viajaron a Galilea para ver al Señor. Y para ello era necesario que las mujeres transmitieran el mensaje. Si no, ¿cómo se habrían enterado ellos de que debían verlo allí?

Fabricados, no comprados

En la misma época que Mateo, escribió Lucas su evangelio. También él se basó en la obra de Marcos, pero le hizo sus propias modificaciones para adecuarlo a sus lectores, de origen griego (Lc 24,1-8).

Ante todo, dice que las mujeres de la tumba no eran dos ni tres, sino un grupo numeroso. Es que Lucas, por escribir para un ambiente griego en el que la mujer era más valorada que entre los judíos, busca mostrar la estima de Jesús por las mujeres de su época. Por eso es el único que cuenta que Jesús tenía, además de discípulos varones, un grupo de mujeres que lo acompañaban desde Galilea y colaboraban con él (Lc 8,1-3). Todas ellas son las que, según Lucas,

presenciaron la crucifixión (Lc 23,49), asistieron a su sepultura (Lc 23,55) y se enteraron de su resurrección.

También para Lucas, como para Marcos, las mujeres fueron «a ungir» el cuerpo, porque José de Arimatea no había hecho el ritual adecuado de la sepultura. Pero, a diferencia de Marcos, ellas no «compraron» perfumes, sino que los prepararon personalmente (Lc 24,1). Es otra característica de su evangelio: recalcar siempre las actitudes amorosas y de ternura, tanto de Jesús hacia los demás, como de los demás hacia Jesús.

Descartar las fantasías

Mientras que para Mateo y Marcos es un mensajero celeste quien advierte a las mujeres que la tumba está vacía, para Lucas las mujeres lo comprueban personalmente. Solo más tarde los mensajeros celestes les explican lo que sucedió. Era un detalle importante para los lectores griegos de Lucas. En aquel ambiente se creía que a veces, en los cementerios, la gente podía tener visiones del alma del difunto allí enterrado. Por eso quiso dejar constancia de que las mujeres pudieron comprobar personalmente la ausencia del cuerpo, antes de que nadie les dijera nada.

Quizás por eso tampoco Lucas pone en la tumba a un joven (como Marcos), ni a un ángel (como Mateo), sino a dos «hombres», para que sus lectores no piensen que lo que ellas vieron fue una ilusión subjetiva y fantasiosa del alma de Jesús.

Pero el cambio más importante de Lucas está en las palabras de esos dos hombres. No les dicen que deben ir a Galilea a ver a Jesús (como Mateo y Marcos), sino que lo verán en Jerusalén y sus alrededores. Para Lucas, Jerusalén es la ciudad sagrada por excelencia, y todos los grandes acontecimientos de su

evangelio siempre suceden allí. Por lo tanto, también allí debían tener lugar todas las apariciones de Jesús resucitado. Ninguna ocurre en Galilea.

Por último, Lucas dice que, cuando las mujeres le contaron a Pedro la noticia de la tumba vacía, este corrió al sepulcro para comprobarlo. Lucas es el primero en contar que un varón también visitó el sepulcro. Quiso asegurar a sus lectores griegos, a quienes les costaba creer en la resurrección, que el insólito hecho de la tumba vacía había sido comprobado por todos, hombres y mujeres.

La piedra desaparece

Finalmente el evangelio de Juan, el último en escribirse, hacia el año 100, también trae su propia versión de aquellos hechos, la más breve de todas (Jn 20,1-2). Para él, la visita a la tumba tuvo lugar por la noche y la realizó una sola mujer: María Magdalena. Resulta poco probable que una mujer sola y de noche fuera a un lugar tan deshonroso, donde se hacían siniestras ejecuciones públicas, y en las afueras de la ciudad. En realidad, Juan conocía la tradición que hablaba de un grupo de mujeres que habían concurrido al cementerio. Esta tradición se ve reflejada en la frase que María Magdalena le dice a Pedro: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos [plural] dónde lo han puesto» (Jn 20,2). El «sabemos» delata una pluralidad de mujeres. ¿Por qué entonces menciona solo a Magdalena? Porque, en su evangelio, esta aparece bajo una luz negativa. Ella no comprende la maravilla de la resurrección y cree que se han robado el cadáver. Para evitar que otras mujeres quedaran mal junto con ella, Juan la coloca como única visitante.

En cuanto a la hora, Juan dice que ella va al sepulcro cuando aún estaba oscuro (como Mateo). Pero por otra razón. En el evangelio de Juan, las tinieblas son un símbolo de la ceguera espiritual (Jn 8,12). Y como ni la Magdalena ni Pedro creerán al ver la tumba vacía, debía ser de noche.

Al llegar ella, descubre que la piedra ha sido «quitada» (Jn 20,1). Los otros tres evangelistas decían «movida», es decir, colocada a un lado. Pero Juan utiliza el verbo griego «quitar» (airó), en el sentido de «eliminar», para significar que ha desaparecido todo obstáculo que impida la vida. Para el creyente ya no existe la muerte.

Juan termina su relato diciendo que María Magdalena corrió a dar la noticia a Pedro y al Discípulo Amado, y que ambos fueron al sepulcro a comprobarlo. Ahora son dos los varones testigos de aquel hecho. Y algo más: «El Discípulo Amado vio y creyó» (Jn 20,8). Es la primera vez que alguien, viendo solo la tumba vacía, y sin que nadie se lo explique, cree en la resurrección. Un detalle sorprendente.

Al rescate de los sucesos

¿Cómo fue históricamente que se enteraron las mujeres de la resurrección de Jesús? ¿Qué pasó exactamente la mañana de Pascua? Resulta imposible saberlo, porque los evangelistas no intentaron trazar un cuadro histórico de los hechos. Pero es posible suponer que los sucesos pudieron haber ocurrido así. Después de la muerte de Jesús algunas mujeres fueron a su tumba, quizás a llorar o lamentarse, según la costumbre judía. Mientras estaban allí tuvieron una vivencia interior, imposible de expresar con palabras, de que Jesús había vuelto a la vida. Mientras tanto, los discípulos ya no estaban en Jerusalén. Después de los trágicos acontecimientos del Viernes Santo, habrían regresado a Galilea, de donde eran todos, pues ya no tenían nada que hacer en la capital. Y allí, en Galilea, también ellos vivieron una experiencia de Jesús resucitado. Entonces regresaron a Jerusalén, donde hallaron que las mujeres habían tenido una percepción semejante.

Mala época para predicar

A la hora de componer sus obras, cada evangelista relató los hechos de manera que resultaran una buena noticia para sus lectores.

Marcos quiso enseñar que Jesús estaba vivo otra vez, y era posible hallarlo en Galilea, es decir, en el lugar de la vida diaria, del trabajo cotidiano. Mateo buscó subrayar que con la muerte y resurrección de Jesús la humanidad ha entrado en una nueva era anunciada por los profetas. Lucas pretendió decir que Jerusalén seguía siendo la ciudad amada por Dios, aunque allí lo mataran a Jesús, y por eso solo allí se apareció a sus seguidores. Finalmente, Juan quiso mostrar que con la resurrección de Jesús ya no existe la muerte; esta ha sido eliminada; ahora el hombre sabe que, después de lo que llamamos muerte, la vida continúa.

Pero más allá de estos anuncios, todos los evangelios coinciden en que fueron mujeres las primeras en proclamar la noticia de la resurrección. A pesar de que no eran valoradas ni aceptadas como testigos fidedignos, buscaron la forma de hacerse creíbles. Y gracias a ellas hoy millones de cristianos creen en la resurrección del Señor. Es la tarea que el mundo espera de la Iglesia: que se vuelva creíble, auténtica, veraz, como lograron hacerlo aquellas mujeres. Para que, en medio de tanto engaño y falsedad, el mundo encuentre un grupo de gente que dé ejemplo y testimonio de lo que afirma creer.

Para continuar la lectura

X. Léon-Dufour, Resurrección de Jesús y mensaje pascual, Sígueme, Salamanca 1992.

15

¿Por qué se pelearon san Pedro y san Pablo?

El gran experimento

Una de las disputas más resonantes que se hayan registrado en la Biblia es la que sostuvieron san Pedro y san Pablo en la ciudad de Antioquía, a fines del año 48, cuando ambos se encontraban allí por cuestiones misioneras. La discusión fue tan dura que san Jerónimo, para disminuir el escándalo, en su obra Comentario a los Gálatas escrita en el año 387 dijo que se trató de una pelea simulada, y que no habían discutido en serio. Pero san Agustín le respondió, en una carta del año 404, que no fue así, que había sido una verdadera pelea (Carta 82).

¿Cuál fue el motivo? El mismo Pablo lo cuenta en su carta a los Gálatas (Gal 2).

Para entenderlo, debemos remontarnos a los años 30 y situarnos en Antioquía de Siria, situada a 480 kilómetros al norte de Jerusalén. Hasta allí habían llegado los primeros misioneros cristianos desde de Jerusalén. Sabiendo que la ciudad contaba con un colectivo judío numeroso (unas 50.000 personas), empezaron a anunciarles que allá lejos, en Judea, había nacido el Mesías esperado por todos, y que se llamaba Jesús de Nazaret (Hch 11,19). A raíz de esto, pronto se formó una comunidad cristiana.

Pero entonces se produjo un hecho inesperado: algunos de estos misioneros empezaron a predicar también a los paganos de la ciudad, y muchos se hicieron cristianos, algo inusual ya que los primeros cristianos, hasta ese momento, eran solo de origen judío. Al entrar los paganos en la iglesia se creó una comunidad

mixta (Hch 11,20-21), la primera de la historia, integrada por exjudíos y expaganos.

Una decisión difícil

Poco después, hacia el año 36, llegaron a Antioquía dos nuevos misioneros: uno se llamaba Bernabé y el otro Pablo. Ambos venían a colaborar con la organización de la nueva Iglesia (Hch 11,22-26).

Muy pronto los recién llegados notaron el problema que allí se había generado, porque mientras los judíos convertidos seguían cumpliendo las leyes de Moisés, como era lógico, los paganos convertidos no se sentían a gusto observando esas normas, que no formaban parte de su historia ni de su tradición.

Pablo, Bernabé y los demás dirigentes antioquenos se vieron ante un serio dilema. Si permitían esa situación, se produciría una desigualdad en la comunidad, ya que los cristianos de origen judío se verían obligados a cumplir con las normas mosaicas, mientras que los de origen pagano vivirían libres de ellas. Pero si a estos últimos se les imponían las leyes judías, se cometería una injusticia, pues a la fe en Jesucristo se le añadiría una serie de exigencias complementarias.

La cuestión que había que resolver era, en definitiva, si las leyes judías constituían un requisito necesario para ser un buen cristiano. Hasta ese momento nadie lo dudaba, ya que todos los creyentes provenían del pueblo de Israel. Pero, al haberse incorporado los paganos, la respuesta que antes se daba resultaba inaplicable.

Los nuevos interesados

Después de reflexionar, los dirigentes antioquenos llegaron a una respuesta: si Cristo ya nos ha salvado, y lo ha hecho con su muerte y su resurrección, no hay necesidad de seguir observando las normas propiamente judías. Circuncidarse, abstenerse de ciertos alimentos o descansar el sábado nada puede añadir a la salvación realizada por Jesucristo. Por lo tanto, se autorizó a los cristianos venidos del paganismo a vivir sin la obligación de cumplir los preceptos de Moisés. Los cristianos de origen judío, en cambio, podían seguir cumpliéndolas.

¡No podemos imaginar lo que significó aquella decisión tomada en Antioquía! Solo mentes muy clarificadas y de gran intuición teológica podían haber realizado una reforma de ese tipo; es decir: que a pesar de que Jesús fue judío, predicó a los judíos, y practicó la religión judía, los nuevos cristianos no estaban obligados a hacerse judíos para seguirlo. Con esta solución, en Antioquía se estaban sentando las bases para la universalidad del cristianismo.

Inmediatamente nuevas personas de origen pagano se interesaron por entrar en aquella comunidad, pues ya no existía el obstáculo doloroso de la circuncisión, ni otras normas difíciles de practicar. Solo era necesario bautizarse y aceptar el mensaje cristiano que los dirigentes predicaban (Hch 11,21). En cambio, a los judíos les resultó cada vez más difícil aceptar el cristianismo y entrar en la Iglesia.

En busca de un nombre

Poco a poco, ante los ojos de la sociedad antioquena fue apareciendo un grupo extraño. Hasta ese momento, los judeocristianos eran conocidos simplemente como judíos, ya que sus prácticas exteriores eran semejantes a las de estos. Pero

ahora la colectividad había adquirido un semblante diferente. Ya no parecían judíos observantes, puesto que muchos habían tomado distancia de las normas de Moisés, y solo trataban de vivir el amor al prójimo como distintivo, mientras celebraban ciertos ritos en nombre de Jesús, como la última cena del Señor. Esto antes no se había visto.

La gente empezó a preguntarse cómo llamarlos. Ya no se les podía decir «judíos». Se diferenciaban claramente de ellos. Entonces les inventaron el nombre de «cristianos» (Hch 11,26). Así, alrededor del año 40 en Antioquía nació esta denominación. Luego se volvió tan famosa que terminó extendiéndose por todo el mundo y se convirtió en el calificativo de millones de personas.

Sospechas sobre la comunidad

La nueva situación creada en Antioquía hizo surgir entre los dirigentes una nueva idea: ¿por qué no organizar una misión fuera de la ciudad, para que otros paganos puedan conocer el Evangelio y abrazar la nueva fe? Realizados los preparativos, en el año 45 los antioquenos enviaron a Bernabé y Pablo para cumplir esa tarea (Hch 13,1-3). Primero fueron a la isla de Chipre. De allí subieron al Asia Menor, donde permanecieron tres años recorriendo la región y fundando comunidades cristianas mixtas con el nuevo estilo de vida surgido en Antioquía.

Pero la noticia de los nuevos aires que se vivían en Antioquía llegó pronto a la iglesia madre de Jerusalén; y sus dirigentes, más conservadores, empezaron a ver con malos ojos lo que estaba sucediendo. ¿Cómo se habían atrevido los antioquenos a tomar la decisión de abandonar la Ley de Moisés? Eso equivalía a tirar por la borda mil años de tradición. Decidieron entonces enviar algunos delegados a Antioquía para averiguar si eran ciertas las noticias procedentes de allí (Hch 15,1).

Cuando llegaron los enviados, Pablo se molestó mucho. En su carta posterior los llama «intrusos», «falsos hermanos», «infiltrados», «espías» (Gal 2,4). Y pronto estalló la división en la comunidad. Mientras algunos aceptaron a los representantes, otros los rechazaron. Los dos grupos de cristianos empezaron a mirarse con desconfianza, y un clima enrarecido se instaló en la otrora feliz Antioquía.

Para acabar con las tensiones y aclarar la cuestión, la comunidad antioquena decidió enviar una delegación a Jerusalén con el fin de debatir el tema. Era el año 48. Los detalles de aquella asamblea están contados en la carta de Pablo a los Gálatas (Gal 2).

Una ley innecesaria

Los representantes antioquenos eran Pablo, Bernabé y Tito (Gal 2,1). Al llegar a Jerusalén fueron bien recibidos, y se celebró una primera reunión entre Pablo y los principales dirigentes de Jerusalén, es decir, Pedro, Santiago y Juan (Gal 2,2b). Pero la cuestión debió de resultar demasiado grave, porque al parecer convocaron a una asamblea plenaria para debatir el asunto. Lo que Pablo cuenta en Gal 2,2a y en 3-5 no parece referirse ya solo a los dirigentes, sino a toda la comunidad.

En esa reunión Pablo expuso el mensaje que predicaba, y contó cómo había desarrollado su actividad misionera entre los paganos. Los de Jerusalén, de mentalidad más rígida y judaizante, lo escucharon con atención, pero le respondieron que si un pagano se adhería al cristianismo debía hacerse judío y cumplir las leyes de Moisés (Hch 15,5). Pablo insistió en que para Dios no hay acepción de personas (Gal 2,6), y que los gentiles no necesitaban circuncidarse para ser cristiano. Contaba además cómo, durante la misión en Chipre y Asia

Menor, Dios había derramado su Espíritu sobre tantos paganos (Gal 2,2). Al parecer, Dios mismo daba testimonio de que el Evangelio no necesitaba la imposición de la Ley de Moisés.

El debate fue intenso y apasionado, y hubo una larga discusión (Hch 15,7). Los creyentes de Jerusalén tenían más peso en la comunidad de lo que Pablo hubiera querido, y si bien no rechazaban la evangelización de los paganos (Gal 2,3), no estaban de acuerdo con el pensamiento paulino. La asamblea plenaria fue un total fracaso. Se produjo un enfrentamiento entre los cristianos judaizantes de Jerusalén y la firme postura de la delegación antioquena.

Final con apretón de manos

Pablo entonces volvió a reunirse, al parecer en privado, con los líderes principales de Jerusalén (Gal 2,6). El argumento que esta vez usó para tratar de persuadirlos fue el del apostolado específico de Pedro: si este sentía el llamado de Dios para evangelizar a los judíos, ¿por qué Pablo no podía sentirse llamado a evangelizar a los paganos? (Gal 2,7-8).

Finalmente, los dirigentes de la Iglesia madre aceptaron que Pablo y Bernabé continuaran trabajando en la misión antioquena, es decir, en la evangelización de los paganos, sin obligarlos a circuncidarse ni a cumplir la Ley judía. Mientras tanto, los cristianos de Jerusalén seguirían abocados a la misión entre los judíos. El acuerdo se rubricó con un apretón de manos (Gal 2,9).

La delegación antioquena había obtenido un resonante triunfo pastoral. Pablo estaba feliz. No le habían impuesto ninguna condición (Gal 2,6), habían reconocido su trabajo, y la teología antioquena de que el hombre se salva por Jesucristo y no por la Ley judía había sido aceptada. La controversia teológica

parecía haber terminado fantásticamente bien. Pablo no se imaginaba la tormenta que se avecinaba.

La visita desastrosa

Semanas más tarde, llegó Pedro de visita a Antioquía. Comprobó el éxito grandioso de la labor de Pablo y de Bernabé, y quedó gratamente sorprendido. Cómo había crecido la comunidad, y cómo vivían los hermanos antioquenos libres de toda ley incómoda y asfixiante, tan distinto a Jerusalén, donde los cristianos seguían observando minuciosamente los preceptos de Moisés. Pedro se sintió tan a gusto, que él mismo se sumó a esa forma de vida cristiana como un miembro más de la comunidad (Gal 2,12).

Pero entonces se desencadenó la tragedia. Poco después arribó a la ciudad un grupo de cristianos de Jerusalén, pertenecientes al ala más dura y conservadora de la Iglesia. Y al ver el comportamiento libre de Pedro, comiendo con paganos y aceptando todo tipo de alimentos, se molestaron con él. ¿Qué le dijeron? No lo sabemos. Quizás no le dijeron nada, y Pedro solo se sintió incómodo frente a los recién llegados. Lo cierto es que el apóstol decidió dar marcha atrás, y asumir de nuevo una actitud más estricta, apartándose de los cristianos-paganos y juntándose solo con los cristianos-judíos. Rompió así la unidad de la iglesia local y desgarró la comunión que existía en el grupo antioqueno (Gal 2,12).

La actitud de Pedro tuvo consecuencias desastrosas. Debido a su prestigio, los creyentes de origen judío lo imitaron y se separaron de los cristianos de origen pagano. Hasta Bernabé, que tanto había defendido a los antioquenos junto a Pablo en Jerusalén, esta vez apoyó a Pedro (Gal 2,13). Así, Pablo y los cristianos-paganos se quedaron solos.

La hora del crepúsculo

Ante la división surgida en la comunidad, Pablo «delante de todos» reprendió duramente a Pedro (Gal 2,14). Lo tildó de «hipócrita» (Gal 2,13), lo mismo que a Bernabé y a los demás judeocristianos. ¿Acaso ahora había que celebrar dos liturgias separadas? ¿Había que tener dos comunidades distintas, y hacer dos grupos diferentes? No era un problema menor. Para Pablo estaba en juego «la verdad del Evangelio» (Gal 2,14), es decir, la esencia del mensaje de Jesús. ¿Acaso no habían decidido eso ya en Jerusalén? Volver a la práctica anterior era dar un paso atrás.

Había que tener muy claras las ideas para llamar «hipócrita» al apóstol Pedro. Y Pablo las tenía. Pedro intentó defenderse, respondiendo que solo se trataba de una disposición práctica. Pero Pablo percibía las enormes implicaciones de esa práctica. Estaba en peligro uno de los pilares de la teología cristiana. Si la salvación se alcanzaba por la Ley de Moisés, Cristo había muerto en vano (Gal 2,21).

Todo fue inútil. Pedro no cedió. Y Pablo se sintió derrotado. La comunidad aceptó volver a las prácticas judías. Ya no tenía nada que hacer en Antioquía. Entonces, solo y desanimado, molesto con Pedro (Gal 2,14), con Bernabé (Hch 15,39), con los dirigentes de Jerusalén (Gal 2,6) y con la comunidad antioquena (Gal 2,13), decidió marcharse y emprender una nueva misión lejos, entre los paganos, donde pudiera hacer valer las decisiones primeras de la asamblea de Jerusalén sin injerencias de los más rígidos. Así, después de trece años de trabajar sin descanso en la ciudad, entregando lo mejor de sí, Pablo se marchó con pena y sin gloria. Se separó de Bernabé, e inició su segundo viaje misionero, esta vez sin depender de Antioquía como en el primer viaje. Es el período que los exegetas llaman de la «misión independiente». Solo lo acompañó Silas, uno de los pocos defensores que le quedaba en la ciudad.

Final sin rencores

¿Cómo terminó esta historia?

Las autoridades de Jerusalén, enteradas del conflicto, vieron que no era conveniente que Antioquía viviera sin observar ninguna ley judía. Pero tampoco quisieron imponerles todas las leyes. Redactaron entonces un decreto estableciendo que debían cumplir cuatro normas: a) no comer carne sacrificada a los ídolos; b) no comer sangre; c) no comer animales sin desangrar; d) evitar casamientos entre parientes próximos (Hch 15,13-29).

Cuando el decreto llegó a Antioquía, Pablo ya se había marchado, así que nunca se enteró de él. Al menos durante el resto de su actividad misionera no da muestras de haberlo conocido. Ello le evitó una nueva amargura porque el decreto, más que una medida de conciliación, significaba un paso atrás en relación con el acuerdo de Jerusalén.

¿Qué fue de la vida de Bernabé y Pedro? No lo sabemos. Al parecer, ambos se replantearon su actitud cerrada, y decidieron volver a la postura antioquena. Al menos Pablo más tarde los menciona a ambos (1 Cor 9,5.6), sin dejar traslucir rencor alguno ni resentimientos personales.

Asimilar el ejemplo

Pablo perdió la discusión en Antioquía. Dolido y derrotado, tuvo que abandonar la ciudad en aquella ocasión. Sin embargo, el tiempo le dio la razón. Su propuesta de prescindir de la Ley, que había sido rechazada, se convertirá más

tarde en la norma general de las comunidades cristianas, y finalmente se impondrá en toda la Iglesia cristiana universal.

Pero más allá de su éxito póstumo, la disputa entre Pedro y Pablo constituye una enseñanza fenomenal para la Iglesia. Porque mostró a un Pedro dispuesto a discutir y a debatir con Pablo sobre temas teológicos sumamente serios. En la asamblea de Jerusalén no consideró un error la postura de Pablo, aun cuando no la compartía. El altercado sirvió para que se pensara, examinara y discutiera una de las cuestiones fundamentales de la fe cristiana de aquella época, como es si la salvación de Cristo se basa en su Pascua o en la Ley judía.

Las iglesias cristianas deberían tomar el ejemplo de esos dos pilares del cristianismo, porque lamentablemente hoy en día han asumido posturas más cerradas. Han clausurado casi todos los debates teológicos, y se niegan a dialogar y a discutir prácticamente sobre cualquier materia, incluidas las de menor trascendencia. Consideran que son temas ya concluidos, y que si se abren a las novedades pueden caer en el error. Pero como dijo Rabindranat Tagore, con la belleza de sus palabras: «Si cierras la puerta a todos los errores, terminarás dejando afuera a la verdad».

Para continuar la lectura

J. Núñez Regodón, El evangelio en Antioquía. Gál. 2, 15-21 entre el incidente antioquieno y la crisis gálata, Publicaciones Universidad Pontificia, Salamanca 2002.

16

¿De dónde tomaron sus evangelios Mateo y Lucas?

Perdida dieciocho siglos

Según los estudiosos de la Biblia, los evangelistas Mateo y Lucas no conocieron personalmente a Jesús. Por eso, para componer sus obras se basaron en el evangelio de Marcos. Casi el 90 por ciento de Marcos ha sido copiado e incluido dentro de esos dos evangelios. Pero Mateo y Lucas no solo se basaron en Marcos, sino que también utilizaron otro material. Hay un conjunto de 230 versículos que ambos evangelios tienen en común, y que no aparecen en Marcos. ¿De dónde proceden? Luego de un paciente y minucioso análisis, en 1838 un estudioso alemán llamado Christian Weisse llegó a una extraordinaria conclusión: esos 230 versículos formaban parte originalmente de una obra perdida, que Mateo y Lucas conocieron en su tiempo.

Apareció así, de pronto, la segunda fuente que Mateo y Lucas utilizaron, además de Marcos, para redactar sus obras. Había estado escondida dentro de ellos durante dieciocho siglos.

Reconstruir la fuente

¿Cómo dedujo Weisse que esos versículos, incrustados dentro de Mateo y Lucas, eran en sus orígenes parte de otra obra? Porque, al comparar ambos evangelios, vio que esos versículos coincidían en la temática, en la ubicación general de los textos y hasta en las mismas palabras con las que estaban escritos. Y no puede

ser casualidad que a los dos se les ocurriera redactar espontáneamente un material tan extenso y con las mismas expresiones. Era evidente que tanto Mateo como Lucas habían copiado esos versículos de algún lugar, de una misma fuente a la que recurrieron buscando información suplementaria, además de Marcos.

Cuando Weisse hizo este descubrimiento, como al principio no sabía bien de qué libro se trataba, lo llamó simplemente «la Fuente». Y como en alemán «fuente» se dice Quelle, hoy se lo conoce por la primera letra de esa palabra, es decir, como «Q» o «documento Q».

Apenas Weisse divulgó su descubrimiento, la hipótesis tuvo un éxito extraordinario. Poco a poco empezó a ser aceptada por los biblistas, y muchos se abocaron inmediatamente a la tarea de investigar cómo habría sido ese supuesto documento Q. Trataron de reconstruirlo con los 230 versículos que había en Mateo y Lucas, para ver si podían descifrar de dónde procedía, quién lo había escrito, cuándo fue redactado y de qué comunidad cristiana procedía.

Palabras, no hechos

Lo primero que se encontró fue que el documento Q contenía casi exclusivamente palabras de Jesús, es decir, frases y dichos, pero no relatos de milagros. Contaba una sola curación: la del muchacho del centurión, porque servía de base para incluir las palabras de Jesús al militar. Y también un breve exorcismo, que permitía introducir el discurso que Jesús pronuncia sobre su poder para expulsar demonios. O sea, que lo que le interesaba a este escrito, sobre todo, eran las palabras pronunciadas por Jesús.

Tampoco el documento Q contaba episodios de la vida de Jesús. Los dos únicos hechos que narraba eran su bautismo, porque traía las importantes palabras que

Dios pronuncia desde el cielo, y las tentaciones, porque incluía el largo diálogo de Jesús con Satanás.

De modo que, quienquiera que haya sido el autor de Q, lo que se propuso fue conservar las palabras y enseñanzas de Jesús, mientras que no le dio demasiada trascendencia a las acciones que había hecho durante su vida. El documento Q era, pues, un libro con «frases» de Jesús. Contenía en total 106 dichos, expresados en diversas formas literarias: parábolas, refranes, consejos, bienaventuranzas y profecías de Jesús.

Lucas el ordenado

Lo segundo que pudo averiguarse es que el documento Q procedía de Galilea. Incluso, con mayor precisión, se llegó a establecer que provenía de las regiones en torno al lago. Porque en él se mencionan los tres pueblitos de Cafarnaúm, Corazaín y Betsaida, que se hallan situados en la zona norte del lago; y a nadie en la Antigüedad le habrían importado esas tres aldeas, salvo a quienes vivían ahí. Por lo tanto, su autor debió de estar vinculado con esa área, llamada la Baja Galilea.

Lo tercero que se detectó fue su lengua original: era el griego, no el arameo como se pensaba en un principio. En efecto, el estilo de sus dichos, sus expresiones y la forma lingüística en que están redactados son propias de alguien que está escribiendo originalmente en griego.

El documento Q terminó incorporado dentro de Mateo y de Lucas, aunque no de manera exactamente igual, ya que cada uno lo ordenó según su propia intención literaria.

Sin embargo, los estudiosos creen que ha sido Lucas el que ha conservado mejor la forma original que tenía el documento, ya que Mateo ha estructurado su evangelio de manera claramente artificial, en forma de supuestos sermones. Por lo tanto, el orden que el material de Q tiene actualmente en el evangelio de Lucas es el que se piensa que tenía en el texto original. Por eso hoy, cuando se quiere citar el documento Q, se coloca la letra Q seguida del capítulo y versículo correspondiente a Lucas. Por ejemplo: Q 3,21-22 es el bautismo de Jesús (equivalente a Lc 3,21-22).

La primera etapa

Gracias a una minuciosa investigación del documento Q se pudo establecer la fecha y la comunidad en la que habría sido compuesto. Los estudiosos han descubierto tres sucesivas redacciones de épocas distintas.

La primera se habría escrito alrededor del año 40, apenas diez años después de la muerte de Jesús. El contenido procedía de unos discípulos que Jesús tenía en Galilea, y que a la muerte del Maestro se convirtieron en misioneros itinerantes. Estos llevaban un estilo de vida riguroso y exigente, e iban de pueblo en pueblo evangelizando y transmitiendo oralmente las palabras y dichos de Jesús. Anunciaban la inminente llegada del Reino de Dios, y la urgencia de aceptar el mensaje de Jesús.

En cierto momento, unos escribas de Galilea, o quizás algunos simpatizantes de esos misioneros itinerantes, decidieron poner por escrito aquellas enseñanzas, y así nació la primera edición de Q. Era una especie de manual, con instrucciones dirigidas a los miembros del pequeño grupo de discípulos. Su contenido se centraba especialmente en la práctica misionera, y el tono de las frases era perentorio. Se exhortaba a amar a los enemigos (Q 6,27), poner la otra mejilla

(Q 6,29), no juzgar (Q 6,37-38), salir a misionar (Q 10,2-24), orar permanentemente (Q 11,2-4.9-13), vivir desprendido de los bienes materiales (Q 12,22-34) y entrar por la puerta estrecha (Q 13,24-35). Era, pues, un escrito de tipo sapiencial.

La segunda y tercera etapa

Con el paso del tiempo, el número de seguidores de Jesús aumentó en torno al lago de Galilea. El grupo fue mutando, de misioneros itinerantes a discípulos sedentarios. Los nuevos adherentes se instalaron en los pueblos y aldeas, vivían en sus casas, con sus familias, llevando un compromiso de fe pero sin abandonar el ambiente social y el trabajo de cada día.

Entonces surgieron nuevas dificultades en la comunidad, vinculadas con la situación que ahora vivían los nuevos integrantes. La gente del pueblo, que practicaba el judaísmo tradicional de Galilea, comenzó a mirarlos con desconfianza y a rechazarlos. Como el grupo cristiano era minoritario, la práctica de la fe en Jesús se volvió más difícil.

Frente a esto la preocupación de los evangelizadores del grupo Q cambió. Sintieron la necesidad de rescatar, de la tradición, nuevas frases y dichos de Jesús que aportaran luz al actual contexto sedentario y más hostil. Entonces alrededor del año 50 se hizo una segunda redacción, de tono más polémico. Contenía probablemente enseñanzas defensivas, e incluso combativas, que revelan la nueva actitud adversa hacia los de afuera. Citaba las palabras de Juan el Bautista anunciando la llegada de un juicio inminente (Q 3,7-9.16-17), la polémica contra «esta generación» (Q 7,1-35), las críticas contra los escribas y fariseos (Q 11,14-52), la exhortación a ser valientes en las persecuciones (Q 12,2-12), las referencias negativas contra la gente incrédula (Q 12,39-59) y la preparación para el fin del mundo (Q 17,23-37). Esta segunda redacción era de tipo apocalíptico.

Finalmente entraron al grupo Q algunos escribas, atraídos por la acción de los misioneros. Con la influencia de estos ingresantes, estudiosos de la Ley y buenos conocedores de las tradiciones mosaicas, se incorporaron en la comunidad cristiana algunas prácticas judías debidamente cristianizadas. Así, alrededor del año 60 se habría hecho la tercera y última redacción del documento Q, añadiéndose ciertas frases de Jesús con referencias positivas al Templo (Q 4,9-12) y a la Ley de Moisés (Q 11,42c; 16,17).

Novedades y ausencias

Así habría quedado concluido el librito de los dichos de Jesús. Comenzaba con una breve prédica de Juan el Bautista anunciando el juicio inminente, y concluía con el discurso escatológico de Jesús.

La obra tenía varias diferencias con los evangelios actuales. Por ejemplo, Jesús en el documento Q se relaciona con Juan el Bautista como lo haría un discípulo (Jesús) con su maestro (Juan). Juan aparece tan importante como Jesús (Q 7,24-28). En cambio, en los evangelios canónicos (Mt, Mc y Lc) Juan el Bautista aparece subordinado e inferior a Jesús. Otra diferencia se nota en el tema de la vocación de los discípulos. Mientras el documento Q da a entender que la iniciativa partió de ellos, y que fueron ellos quienes pidieron seguirlo porque se sintieron atraídos por él (Q 9,57-58.59-60), en los evangelios canónicos la iniciativa de la vocación parte siempre de Jesús; él es quien los llama.

Lo verdaderamente sorprendente del documento Q, como ya dijimos, es la ausencia de relatos sobre la vida de Jesús, su actividad y sus milagros. Esto refleja la particular visión que tenían de Jesús aquellos discípulos de Galilea. Para ellos, la persona de Jesús como enviado divino no era tan importante. No habían reflexionado sobre lo que él significaba como hijo de Dios. Más bien

valoraron sus dichos y sus enseñanzas, y fue esto lo que intentaron rescatar y transmitir.

Ni pasión ni muerte en cruz

Sin embargo, lo más llamativo lo constituye la ausencia del relato de su pasión. Esto se debe a que los discípulos que compusieron el documento Q tenían una teología propia sobre Jesucristo.

En muchas comunidades antiguas, influidas por la prédica de san Pablo, el fundamento de la fe cristiana era la muerte y resurrección de Jesús, entendidas como el acontecimiento salvador del hombre. Esta concepción procedía posiblemente de las comunidades cristianas de Antioquía y Jerusalén, donde Pablo la difundió. Fue tal la importancia que esta idea tuvo en las comunidades del cristianismo primitivo que llegó a reemplazar el anuncio de la llegada del Reino, que fue lo que en realidad predicó el Jesús histórico. Pablo lo resumió con esta frase: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, y vana también la fe de ustedes» (1 Cor 15,14). Lo cual indica la trascendencia que llegó a tener esta idea.

En cambio en las comunidades cristianas de la Baja Galilea, donde nació el documento Q, el acontecimiento pascual de Jesús tuvo menos importancia. Ciertamente conocían el tema de su muerte, pero lo explicaban como el asesinato de un profeta, de un enviado de Dios, y nada más (Q 6,22-23; 11,49-51; 13,34-35). Creían sin duda que, de algún modo, Dios le había devuelto la vida; pero el valor redentor y salvador de su muerte en la cruz no tenía para ellos la magnitud que tenían para los demás grupos, los cuales basaban su fe en el anuncio paulino de la muerte y resurrección.

La teología del documento Q, pues, no estaba centrada en la muerte y resurrección de Jesús sino más bien en su segunda venida como Hijo del Hombre. La salvación, para este documento, no se había producido en los sucesos del Calvario, sino que se produciría con la parusía, momento en que tendrá lugar el juicio de Dios sobre la gente incrédula. Y mientras aguardaban su segunda venida, Jesús seguía presente en la comunidad mediante sus enseñanzas. Por eso el esmero en conservar las palabras y los dichos del Maestro de Nazaret.

Comienza a desaparecer

Hacia el año 80, veinte años después de la redacción de Q, Mateo y Lucas escribieron sus respectivos evangelios. Mateo probablemente en Siria y Lucas en Grecia. Al hacerlo, se encontraron con que ya había dos obras sobre la vida y las enseñanzas de Jesús: el documento Q (del año 60) y Marcos (compuesto hacia el 70). El documento Q tenía «palabras» de Jesús, y Marcos traía sobre todo «hechos» de Jesús. Por lo tanto, al ver que ambas obras eran complementarias, decidieron utilizar las dos como fuentes de sus evangelios.

Al momento de copiar el material de Marcos, no tuvieron mayores problemas. Pudieron seguir casi exactamente lo que él decía, y hasta reprodujeron el mismo orden de los hechos que él contaba. Pero cuando quisieron agregar el documento Q se encontraron con una seria dificultad: no sabían en qué lugar colocar los dichos sueltos que aparecían de Jesús; el escrito no lo decía. Entonces cada uno creó un marco apropiado, una escena, para insertar allí las frases sueltas de Jesús. Por eso, si bien Mateo y Lucas citan muchas veces las mismas palabras del Señor, lo hacen en diferentes contextos.

Un ejemplo de ello lo tenemos en la oración del Padrenuestro. Como el documento Q no decía dónde la pronunció Jesús, Mateo la colocó en el Sermón de la Montaña (Mt 6,9-13), mientras que Lucas dice que la enseñó a sus discípulos un día que estaba rezando a solas (Lc 11,1-4).

Lo mismo ocurre con muchas otras frases de Jesús. Las críticas a los fariseos, según Mateo fueron pronunciadas ante la multitud que lo escuchaba (Mt 23,13-33); en cambio, según Lucas, las dijo durante un almuerzo privado en casa de un fariseo (Lc 11,37-52). Los dichos sobre la vocación, según Mateo, los expuso a orillas del lago de Galilea antes de subir a una barca (Mt 8,18-22); en cambio, según Lucas, fue durante un viaje por Samaria (Lc 9,57-60). La enseñanza de que muchos vendrán de oriente y occidente a sentarse en el Reino de los Cielos, según Mateo, la expuso al curar al joven del centurión (Mt 8,11-12), mientras que, según Lucas, la pronunció durante su viaje a Jerusalén (Lc 13,28.29).

Nada de frases sueltas

Cuando los evangelios de Mateo y Lucas se difundieron, el documento Q perdió todo interés. No valía la pena seguir leyendo un libro que solo tenía frases aisladas de Jesús, cuando ahora se contaba con la posibilidad de leer una obra completada con sus hechos, su actividad y sus milagros. Además, para las comunidades cristianas ya había cobrado gran importancia el hecho de la muerte y resurrección de Jesús, que Q no contaba. Por eso, poco a poco el documento fue olvidado, hasta que finalmente desapareció de la historia.

Después de dieciocho siglos ha sido nuevamente descubierto. Si bien es cierto que se trata solo de una hipótesis, y que muchos biblistas no la aceptan, quienes sí la defienden piensan que su hallazgo constituye un acontecimiento de enorme importancia. Primero, porque gracias a este documento se ha podido conocer quizás el libro más antiguo que se haya escrito sobre Jesús, en parte incluso anterior a los escritos de san Pablo. Y segundo, porque nos conecta con una comunidad de discípulos que vivían en la Baja Galilea, que creían en el poder de sus enseñanzas, y que rescataron numerosas palabras de Jesús muy cercanas a su prédica.

Mateo y Lucas, al incorporar el documento Q, no pusieron las frases sueltas de Jesús como figuraban en aquel texto, sino que les dieron un contexto histórico y vital, y les crearon un marco adecuado para cada una. Quisieron mostrar que el mensaje de Jesús no consiste en dichos aislados, sino que tiene que ver con su vida, con su historia, con el contexto en el que vivió. Desde siempre, las comunidades cristianas experimentan la tentación de tomar frases sueltas de Jesús y erigirlas como verdades inamovibles, sin preguntarse si en su contexto querían decir eso u otra cosa. Lo sucedido con el documento Q nos advierte que las enseñanzas de Jesús deben estar siempre acompañadas por la vida del Maestro. Del mismo modo que nuestras palabras sueltas no valen mucho si no van acompañadas por el testimonio de nuestra vida.

Para continuar la lectura

S. Vidal, El documento Q. Los primeros dichos de Jesús, Sal Terrae, Santander 2011.

S. Guijarro, Los dichos de Jesús. Introducción al «Documento Q», Sígueme, Salamanca 2014.

17

¿Se descubrió un evangelio con palabras secretas de Jesús?

Alertados por el cine

En 1999, una película llamada Estigma sacudió a millones de creyentes con la noticia de que se había descubierto, décadas atrás, un nuevo evangelio desconocido hasta entonces, y que el Vaticano lo mantenía escondido. Según el filme, el nuevo evangelio contenía enseñanzas secretas y auténticas de Jesús que cuestionaban todo lo que se venía predicando hasta el momento y que ponía en peligro el futuro de la Iglesia católica.

Esto cayó como una bomba entre el público, y muchos se lanzaron a averiguar si era cierto o no que existía ese evangelio. Grande fue la sorpresa cuando comprobaron que, efectivamente, el evangelio existe: es el Evangelio de Tomás. Pero ¿de dónde salió? ¿Qué contenía?

Mientras buscaban abono

En Egipto, a 530 kilómetros al sur de El Cairo, existe un pequeño poblado sobre la orilla occidental del Nilo, llamado actualmente Nag Hammadi. En sus alrededores aún pueden verse las ruinas de varios monasterios antiguos, alguna vez habitados por monjes cristianos que se retiraban a vivir en la soledad del páramo.

Cerca de allí, en diciembre de 1945 tres hermanos campesinos recogían abono para fertilizar sus campos, al pie de un macizo cercano llamado Jabal-al-Tarif. Mientras removían la tierra de una cueva, encontraron una gran vasija roja sellada con betún. Pensando haber descubierto un tesoro, rompieron la tapa, y ante su asombro brotaron del interior miles de pequeños fragmentos amarillos, como partículas de oro: era polvo de papiros, que se deshacían al contacto con el aire. Cuando vaciaron el gran jarrón, hallaron dentro nada menos que una serie de códices (o libros) escritos en papiro y encuadernados en cuero, envueltos con piel de cabra y perfectamente conservados.

Sabiendo que los anticuarios de El Cairo pagaban bien por esos hallazgos, los hermanos intentaron venderlos. Pero cuando la noticia llegó a oídos del Gobierno egipcio, este intervino con rapidez y confiscó temporalmente los códices. Luego, en 1952, los códices fueron nacionalizados y (al contrario de lo que dice la película Estigma, que están en poder del Vaticano) pasaron a pertenecer al Gobierno de Egipto.

Actualmente los papiros, que han sido ya traducidos a casi todas las lenguas modernas, se encuentran en la Biblioteca del Museo Copto de El Cairo, y cualquier visitante que se llegue por Egipto puede admirar sus hojas, exhibidas en las vitrinas debidamente acondicionadas del museo.

La lengua de los faraones

¿Qué habían encontrado aquellos tres hermanos en Nag Hammadi? Parte de una antigua biblioteca, compuesta por 13 códices, con un total de 52 libros, que sumaban entre ellos más de 1.100 páginas.

Las obras estaban escritas en copto. Este idioma es una evolución de la antigua

lengua que los egipcios hablaron a lo largo de sus 3.000 años de historia. Cuando Alejandro Magno invadió el país en el 332 a.C., la lengua egipcia sufrió varias influencias y mutaciones debido a la cultura griega, y terminó dando origen a un idioma nuevo, que es el que hoy llamamos copto. En esta lengua se expresaron los cristianos egipcios durante los primeros siglos de la era cristiana. Pero cuando en el 640 d.C. llegaron los musulmanes, el árabe pasó a ser el nuevo idioma del país. A pesar de ello, los cristianos egipcios (es decir, los que no se convirtieron al Islam), aunque también incorporaron el árabe a su vida diaria, siguieron conservando el copto como lengua religiosa; y hasta el día de hoy la siguen empleando en la liturgia. Los textos descubiertos en Nag Hammadi estaban, pues, escritos en la lengua de los primitivos cristianos egipcios, que hacía siglos se había dejado de hablar.

Estos se dividen en tres categorías. Unos son de origen judío (como el Apocalipsis de Adán). Otros de origen pagano (como La República, de Platón). Y otros son textos cristianos (como evangelios, epístolas, Hechos de diversos Apóstoles, Apocalipsis), ninguno de los cuales se encuentran actualmente en la Biblia.

Almas caídas del cielo

El descubrimiento de esos 13 códices fue catalogado de «sensacional» por los especialistas. Incluso para algunos se trató de un hallazgo más importante aún que el de los manuscritos del mar Muerto, encontrados un año después, en febrero de 1947.

¿En dónde reside el interés de los códices de Nag Hammadi? En que formaban parte de una biblioteca gnóstica. Ahora por primera vez los estudiosos tenían a mano y podían leer, de fuentes directas, la doctrina y las ideas de la famosa corriente llamada «gnosticismo».

¿En qué consistía este movimiento? Era una rama del cristianismo surgida a comienzos de la era cristiana, y cuya doctrina consistía en una mezcla de judaísmo, cristianismo, filosofías griegas y religiones orientales. Enseñaba, entre otras cosas, que el hombre tiene un alma buena y un cuerpo malo. La primera existe desde toda la eternidad, al lado de Dios, y en el momento del nacimiento se encarna en un cuerpo material. La única forma de salvarla es mediante el conocimiento de ciertas enseñanzas secretas (de ahí el nombre de «gnósticos», ya que en griego gnósis significa «conocimiento»). Según los gnósticos, no todas las personas están en condiciones de entender tales revelaciones, pues muchos son demasiado «carnales». Por eso su doctrina estaba reservada a ciertas personas consideradas elegidas.

El gnosticismo se infiltró en las comunidades cristianas de los primeros siglos, y estas empezaron a enseñar que Cristo era el gran «revelador», enviado por Dios para enseñar esa doctrina secreta. Los Santos Padres y los teólogos cristianos del siglo III y IV reaccionaron duramente y rechazaron esas ideas.

El monasterio descarriado

Hasta 1945, el gnosticismo era conocido solo por las críticas descalificadoras de los escritores cristianos, muchas de ellas cargadas de prejuicios y recelos. Esto hacía muy difícil saber lo que verdaderamente enseñaban los gnósticos. Pero a partir del descubrimiento de la biblioteca de Nag Hammadi, por primera vez se pudo conocer de primera mano aquellas obras que tanto perturbaron a la Iglesia.

Al parecer, los textos procedían de un monasterio cercano, fundado por un monje llamado san Pacomio en el año 320, y cuyas ruinas aún pueden verse a 5 kilómetros del lugar del hallazgo. En ese claustro (el más antiguo monasterio cristiano de la historia) los monjes se abocaban a la tarea de copiar libros, entre

los cuales estaban las 52 obras halladas en los códices de cuero.

Poco después, en el año 367, el obispo Atanasio de Alejandría mandó una carta a las comunidades cristianas de Egipto indicándoles cuáles eran los libros bíblicos que se permitían usar en la liturgia. Frente a esto, es posible que los monjes del monasterio de san Pacomio buscaran deshacerse de las obras que no figuraban en la lista oficial, ante el temor de una posible inspección al convento. Pero no las destruyeron, quizás porque habían constituido durante mucho tiempo su material de lectura espiritual.

Lo cierto es que hacia el año 370 los libros, en su mayoría gnósticos, fueron escondidos en una gran vasija sellada y enterrados en una cueva cercana, entre las rocas, donde permanecieron ocultos durante casi 1.600 años, hasta que los tres hermanos campesinos los sacaron a la luz.

Un viejo conocido

De los 52 escritos hallados en Nag Hammadi, 6 son repetidos, y otros 6 ya los conocíamos por su original griego o por alguna traducción, de manera que solo 40 nos resultan nuevos. Pero el que más atrajo la atención fue el llamado Evangelio de Tomás. Se hallaba en el segundo de los 13 códices, y es el mencionado en la película Estigma.

En realidad, desde hacía siglos se sabía de la existencia del Evangelio de Tomás. Hipólito de Roma (hacia el año 230), Orígenes (hacia el 233), Eusebio de Cesarea (hacia el 310) y Felipe de Side (hacia el 430) ya hablan de él, diciendo que era un libro escrito por herejes. Pero nunca habíamos podido saber qué decía exactamente, pues jamás se lo había encontrado.

Ahora por fin lo conocemos. Se trata de un libro de 20 páginas, que incluye 114 dichos y frases de Jesús. El ejemplar descubierto en Nag Hammadi fue escrito hacia el año 350; pero es copia de otro más antiguo, compuesto en su forma final alrededor del 150, en griego.

Según los estudiosos, en el evangelio se pueden distinguir dos redacciones. La primera se hizo en Transjordania hacia el año 100. Era una colección de 68 frases que no eran gnósticas. Habían llegado desde Judea, y procedían de las enseñanzas de Jesús. Incluían parábolas, bienaventuranzas y aforismos. Alrededor del año 150 la colección llegó a Siria, a una comunidad gnóstica, probablemente del área de Edesa, donde se le añadieron 46 dichos más extensos. También se ampliaron otras 16 frases. Así, la colección quedó convertida en un texto gnóstico. Aunque al final dice que es un «evangelio», no se parece en nada a los cuatro evangelios canónicos de la Biblia, ya que no contiene ningún relato de la vida de Jesús.

De esos 114 dichos, 63 coinciden con los dichos que encontramos en los evangelios del Nuevo Testamento; otros 12 coinciden parcialmente; y solo 39 son dichos completamente nuevos de Jesús.

Ser varón para salvarse

Apenas empezamos a leer el Evangelio de Tomás nos damos cuenta de que, si bien ciertas frases son parecidas a las que figuran en los cuatro evangelios, otras fueron añadidas por un redactor gnóstico.

Veamos algunos ejemplos.

La introducción comienza diciendo: «Estas son las enseñanzas secretas que pronunció Jesús el viviente, y que escribió Judas Tomás el mellizo». A diferencia de los cuatro evangelios canónicos, aquí no se ofrece una enseñanza abierta para todos sino una doctrina oculta, esotérica, reservada para unos pocos elegidos.

También se nota la influencia gnóstica en el personaje elegido como autor del evangelio: Tomás, uno de los doce apóstoles. ¿Por qué? Porque esta figura tenía una característica intrigante: en los evangelios canónicos se lo llama «el mellizo» (Jn 11,16; 20,24; 21,2); pero nunca se aclara de quién. Una tradición posterior a los evangelios (que aparece en algunos libros apócrifos) sostiene que lo era de Jesús. Esta creencia fue asumida por los gnósticos, quienes pensaron que Tomás, siendo mellizo de Jesús, era el personaje ideal para recibir sus instrucciones secretas. Por eso varias obras de la literatura gnóstica fueron atribuidas a él, entre ellas este evangelio.

Otro indicio gnóstico es el pesimismo de algunos de sus dichos. Por ejemplo, afirma que este mundo es un «cadáver» (dicho 56), que el Reino de Dios llegará cuando desaparezca el cuerpo (dicho 37) y que hay que eliminar la sexualidad humana para salvarse (dicho 22).

Asimismo en el último dicho de la colección leemos:

Simón Pedro le dijo a Jesús: «Que María (Magdalena) se vaya de entre nosotros porque las mujeres no son dignas de la vida». Jesús le respondió: «Yo haré que se convierta en varón, para que sea un ser viviente similar a ustedes. Porque toda mujer que se convierta en varón entrará en el Reino de los Cielos» (dicho 114).

Esta expresión resulta incompatible con el Jesús de los evangelios canónicos,

quien en varias ocasiones coloca a la mujer en pie de igualdad con los hombres.

Un Dios que no exige templos

Volvamos ahora a la famosa frase mencionada en la película Estigma, y que supuestamente asestaba un duro golpe al catolicismo. La frase decía: «El Reino de Dios está en tu interior, y a tu alrededor, no en las construcciones de madera o piedra. Partid un leño por la mitad y allí estaré, levantad una piedra y me encontraréis. Estas son las palabras secretas que pronunció Jesús el Viviente; aquel que descubra su significado nunca morirá».

Podemos dividir esta frase en tres partes. La primera («El Reino de Dios está en tu interior...») no pertenece al evangelio; es un invento del director de la película. La segunda («Partid un leño...») sí se encuentra en el evangelio; es el dicho n.º 77. Y la tercera («Estas son las palabras secretas...») no forma parte del dicho 77; es la frase con la que comienza todo el evangelio.

Ahora vayamos al dicho n.º 77. Según el filme, si se divulgara esta enseñanza de Jesús, se vendría abajo la Iglesia católica con sus catedrales y edificios religiosos. Pero en realidad la frase no dice nada que no sepamos ya por los evangelios canónicos. En efecto, el evangelio de Juan cuenta que cierto día una mujer samaritana le preguntó a Jesús en qué templo había que adorar a Dios, si en el monte de Samaria o en Jerusalén; y Jesús le respondió:

Créeme mujer... ni en este monte, ni en Jerusalén... Porque llega la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad (Jn 4,23).

Con lo cual enseñaba, mucho antes que el Evangelio de Tomás, que para el

cristianismo ningún templo material puede contener realmente a Dios.

Confirma la fuente perdida

El Evangelio de Tomás no solo ayudó a los biblistas e historiadores a conocer mejor el movimiento gnóstico de los primeros siglos, sino que también sirvió para respaldar una teoría que existía desde hacía décadas entre los biblistas. Esta teoría afirmaba que desde épocas muy tempranas circulaban, en las primeras comunidades, colecciones de dichos y sentencias sueltas de Jesús, como un género literario propio.

La hipótesis había sido propuesta en 1838 por un teólogo alemán llamado Christian Weisse, para explicar el origen de algunas frases y dichos de Jesús que se encuentran en Mateo y Lucas, pero no en Marcos. Según Weisse, Mateo y Lucas habrían sacado ese material de una colección de dichos de Jesús, bautizada por los estudiosos con el nombre de «Fuente», por ser la fuente a la que ambos evangelistas recurrieron. Como en alemán «fuente» se dice «Quelle», le quedó como nombre la letra inicial «Q». Por eso se la llama «el documento Q».

Este «documento Q» contenía exclusivamente palabras de Jesús, y no relatos. Por eso Mateo y Lucas incluyen frases y dichos de Jesús que no aparecen en los otros evangelios.

La hipótesis del «documento Q» fue muchas veces puesta en duda por quienes decían que era absurdo pensar que alguna vez pudiera haber existido una lista de frases sueltas de Jesús, sin contexto alguno. Pero, con el descubrimiento del Evangelio de Tomás, la hipótesis de un documento con dichos de Jesús recibió un fuerte apoyo. Este evangelio sería uno de esos escritos que circulaba entre los

primeros cristianos.

La biblioteca clausurada

Muchos cristianos, a raíz de este descubrimiento, se preguntaron qué valor tiene el Evangelio de Tomás para el creyente. A esta cuestión habría que responder que ninguno. Ni este, ni otro evangelio que pueda aparecer en el futuro. Porque para el creyente sigue siendo cierto lo que decía Orígenes, teólogo del siglo III, cuando afirmaba que cualquier evangelio que no sean los cuatro que están en la Biblia «ha sido compuesto por gente que se lanzó a escribir sin estar investida de la gracia del Espíritu Santo». Esta afirmación no se puede demostrar. Simplemente se cree. Y como tal, está en la base del cristianismo.

En consecuencia, para un creyente, únicamente los libros que actualmente figuran en la Biblia (entre ellos los cuatro evangelios) constituyen la Palabra de Dios.

El verdadero Jesús

Cuando uno lee el Evangelio de Tomás se da cuenta de que es bastante diferente del que conocemos por los cuatro evangelios bíblicos. Aquel Jesús se presenta como revelador de doctrinas secretas, y sostiene que uno se salva con «saber» ciertas verdades. En cambio el Jesús de los evangelios canónicos enseña cosas muy distintas. Afirma que no basta con conocer enseñanzas para salvarse (Mt 5,19), que no basta con rezar para entrar en el Reino de Dios (Mt 7,21), que la mujer puede encontrar la salvación sin convertirse en varón (Lc 10,38-42), y que al final de nuestras vidas nos juzgarán por lo que hayamos hecho, no por lo que hayamos conocido (Mt 25,31-46).

El Evangelio de Tomás es, sin duda, importante para conocer la historia de los cristianismos primitivos. Pero solo el evangelio del servicio y del amor nos permite conocer al Maestro de Nazaret.

Para continuar la lectura

A. Puig, Un Jesús desconocido. Las claves del Evangelio gnóstico de Tomás, Ariel, Barcelona 2008.

F. García Bazán, La Biblioteca gnóstica de Nag Hammadi y los orígenes cristianos, El Hilo de Ariadna, Buenos Aires 2013.

18

¿Cuál es el último libro de la Biblia?

La carta olvidada

Muchos creen que el último libro bíblico que se compuso es el Apocalipsis, porque es el que figura al final de la Biblia. Pero no es así. El último en escribirse fue la 2.ª carta de Pedro. Con ella se clausuró el Nuevo Testamento, y también toda la Sagrada Escritura cristiana.

Esta carta de Pedro es uno de los textos más olvidados del Nuevo Testamento. Muchos cristianos no lo han leído nunca. Otros ni siquiera saben que existe. Hay exegetas que lo consideran la obra menos valiosa del Nuevo Testamento. Y hasta hubo un estudioso protestante llamado E. Käsemann que, a mediados del siglo XX, llegó a pedir que se la eliminara de la Biblia debido a su escasa importancia.

Sin embargo, hoy sabemos que la 2.ª carta de Pedro encierra una riqueza y un valor extraordinarios, y que contiene algunas ideas que son únicas en toda la Biblia. Vamos, pues, a estudiarla.

Muchos datos, poca evidencia

Comencemos con el tema del autor. ¿Quién escribió esta carta? La respuesta

parece obvia: el apóstol Pedro. Varios datos parecen confirmarlo.

a) al comienzo, el autor da su nombre: «Yo, Simeón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo» (2 Pe 1,1);

b) dice que fue testigo ocular de la transfiguración de Jesús (2 Pe 1,16-18), de la que él participó (Mc 9,2);

c) afirma escribir por segunda vez (2 Pe 3,1), lo cual coincide con el hecho de que tenemos una 1.ª carta de Pedro en el Nuevo Testamento;

d) el autor dice que Jesús le predijo su muerte (2 Pe 1,14), lo que parece confirmado por el evangelio de Juan, donde Jesús predice la muerte de Pedro (Jn 21,18-19);

e) se autoproclama «hermano y amigo de Pablo» (2 Pe 3,15), dato que coincide con la información que tenemos de la relación que había entre ambos apóstoles.

Esta obra del Nuevo Testamento es, pues, quizás la que más señales de identidad ofrece sobre su autor. Se podría pensar que casi no hay dudas. Sin embargo, cuando la analizamos, descubrimos que esas señales son solo aparentes. Veámoslo.

La redacción póstuma

Ante todo, el autor reconoce que la primera generación de los apóstoles ya murió (2 Pe 3,4); por lo tanto, él no pertenece a la época de los apóstoles sino a una generación posterior.

En segundo lugar, dice que conoce «todas las cartas» de Pablo (2 Pe 3,15-16). Esas cartas empezaron a difundirse hacia el año 100, cuando se recopilaron en un solo volumen y se difundieron en las comunidades. Sin embargo, Pedro habría muerto crucificado en Roma en la época del emperador Nerón, alrededor del año 67, antes de que se conocieran las cartas de Pablo.

En tercer lugar, eso de que el autor escribió «una carta anterior» hoy resulta dudoso. Los estudiosos sostienen que el autor de 1 Pedro no es el mismo que escribió 2 Pedro. Ambas cartas tienen estilos diferentes, ideas distintas y un vocabulario muy diverso. La 2 Pedro solo posee 100 palabras en común con 1 Pedro, y 230 palabras exclusivas. A su vez, 1 Pedro tiene 369 palabras exclusivas. Es decir, ambas cartas solo coinciden en 100 palabras, frente a 599 independientes. Hasta para decir las mismas cosas emplean palabras diversas. Se trata, casi con certeza, de dos autores distintos.

En conclusión, el autor de 2 Pedro no pudo ser el apóstol Pedro.

A la sombra de gigantes

¿Quién escribió entonces nuestra carta? No lo sabemos. Su autor nos resulta desconocido. Solo podemos deducir, analizando el texto, que se trata de una persona instruida (porque escribe en un griego correcto), de cultura griega (porque emplea términos tomados del helenismo), que escribe hacia el año 125 (porque alude a episodios de esa época), versado en el Antiguo Testamento (porque cita párrafos de este), y que conoce algunos libros del Nuevo

Testamento (como el evangelio de Mateo, la 1.ª carta de Pedro, la Carta de Judas y las cartas de Pablo).

¿Por qué entonces fue atribuida a Pedro? ¿Se trata de un fraude? Claro que no. Este era un recurso muy común y aceptado en la Antigüedad, llamado pseudonimia (del griego pseudós = ficción, y nómos = nombre). Consiste en componer una obra y adjudicarla luego a un personaje importante de la Antigüedad, con el fin de darle mayor autoridad. Sabemos que varias cartas de Platón, por ejemplo, fueron escritas por sus discípulos y atribuidas a él. También en el Antiguo Testamento el Pentateuco fue atribuido a Moisés (aunque se escribió después de su muerte), los Salmos fueron asignados al rey David, y los libros sapienciales a Salomón. Lo mismo sucede en el Nuevo Testamento con varias cartas de Pablo, que aparecen como escritas por él y sin embargo pertenecen a sus discípulos.

El maestro del maestro

¿Por qué el autor usó el seudónimo de Pedro? Porque, como vemos en el texto, escribe en un momento de crisis, cuando habían surgido en la comunidad cristiana algunos falsos maestros que se presentaban con gran autoridad, pero que tenían un comportamiento inmoral y enseñaban doctrinas desviadas, contaminando a la gente y alejándola de la verdadera fe. Frente a la confusión creada y a la incertidumbre que había, el autor se presenta como si fuera Pedro, el príncipe de los apóstoles, para zanjar las disputas morales y doctrinales surgidas, y para prevenir a los cristianos contra esos falsos doctores y sus teorías.

Hay además otra razón para este seudónimo. Los estudiosos sostienen que fue redactada en Egipto, y que estaba dirigida a las comunidades egipcias. ¿Cómo lo deducen? Primero, porque en Egipto se hallaron los manuscritos más antiguos de 2 Pedro, de fines del siglo II. Segundo, porque fueron autores egipcios como Orígenes, san Atanasio o Dídimo, los más antiguos autores que mencionan y

comentan esta carta. Y tercero, porque fue en Egipto donde los cristianos la aceptaron por primera vez como inspirada; gracias a ellos, 2 Pedro forma parte de la Biblia.

Si esto es así, se entiende por qué el autor eligió el seudónimo de Pedro y no de otro apóstol. Según una antigua tradición, Pedro fue el maestro de Marcos, y Marcos fue el evangelizador de Egipto y fundador del cristianismo en ese país. Para los egipcios, pues, la figura de Pedro tenía una autoridad moral como ninguna, y su ascendiente le vino muy bien al autor para enfrentar a sus adversarios.

Consejos antes de morir

Aunque este escrito tiene la apariencia de una carta, hoy los biblistas sostienen que no es una carta sino un «Testamento» o «Discurso de despedida». Se trata de un género literario muy conocido en la Antigüedad, y consiste en que el autor se presenta como una persona importante del pasado, que está a punto de morir, y que dirige a sus seres queridos sus últimas palabras. Normalmente estos discursos tienen cuatro partes: a) el autor anuncia su proximidad a la muerte; b) recuerda algunos acontecimientos de su vida pasada; c) advierte sobre los peligros que vendrán en el futuro; d) hace algunas recomendaciones.

La Biblia contiene varios de estos Testamentos o Discursos de despedida: el de Jacob (Gn 49), el de Moisés (Dt 30–32), el de Josué (Jos 24), el de Jesús (Jn 13–17), el de san Pablo (Hch 20,17-35).

En 2 Pedro encontramos también esas cuatro secciones:

a) el autor dice que está próximo a la muerte (2 Pe 1,14-15);

b) recuerda acontecimientos importantes de su vida, como el haber presenciado la transfiguración de Jesús (2 Pe 1,17);

c) anuncia para el futuro la aparición de falsos maestros (2 Pe 2,1–3,10);

d) exhorta a mantenerse firmes hasta la venida del Señor (2 Pe 3,11-18).

Adelantar el presente

El autor de la carta se presenta como si fuera el apóstol Pedro que está a punto de morir, y que prevé para el futuro la aparición de falsos maestros en las comunidades. Pero, como dijimos, el autor escribe unos sesenta años después de la muerte de Pedro, y por lo tanto sabe que esos falsos maestros ya aparecieron. Por eso puede «predecir» la crisis con tanta exactitud: porque en realidad ya existe.

Al hablar de la futura llegada de los falsos maestros, dice:

Aparecerán falsos maestros que introducirán herejías perniciosas; muchos de ustedes imitarán sus vicios; por su culpa será difamado el camino de la verdad; ambicionarán dinero; se aprovecharán de ustedes (2 Pe 2,1-3).

Pero luego se olvida de que hablaba en futuro ficticio, y pasa a hablar en presente:

Son hombres sucios e infames, que se divierten con sus errores, mientras banquetean con ustedes [es decir, ya comían con los lectores]. Cuando ven a una mujer la desean, y no se cansan de pecar; seducen a las almas débiles; son gente maldita, con el corazón lleno de codicia (2 Pe 2,13-14).

El hecho de que esta carta aparente ser el testamento del apóstol Pedro explica la curiosa particularidad de que no está dirigida a una persona individual, ni a una comunidad particular, ni a nadie en especial, como las demás cartas, sino a todos los cristianos del mundo entero, seguidores de Pedro (2 Pe 1,1).

Como el perro y el cerdo

¿Quiénes eran los adversarios con los que se enfrentaba el autor de 2 Pedro? También es difícil saberlo. Solo podemos deducir algunas características: que se trataba de un grupo que pertenecía a la misma comunidad cristiana (2 Pe 2,1), que tenía muchos seguidores (2 Pe 2,2) y que gozaba de enorme prestigio; por eso los llama «falsos maestros» (2 Pe 2,1).

El autor afirma dos cosas de ellos: que vivían de una manera inmoral, y que enseñaban doctrinas falsas.

Con respecto a lo primero, el autor les dedica palabras durísimas y calificativos impresionantes. Los describe como miopes hasta la ceguera (2 Pe 1,9), libertinos (2 Pe 2,2), amantes del dinero (2 Pe 2,3), animales irracionales regidos por instintos de bruto (2 Pe 2,12), llenos de deseos carnales y apetencias impuras (2

Pe 2,10), hombres sucios e infames (2 Pe 2,13), que practican orgías desenfrenadas a pleno día (2 Pe 2,13), con los ojos llenos de adulterio (2 Pe 2,14), codiciosos (2 Pe 2,14), dominados por la concupiscencia (2 Pe 2,18), esclavos de la corrupción (2 Pe 2,19), hijos de una maldición (2 Pe 2,14).

Agrega que, aunque primero estaban en el camino de Dios, ahora regresaron a la maldad. Por eso son como el perro que vuelve a su propio vómito, y como el cerdo que se revuelca en el barro después de haber sido bañado (2 Pe 2,20-22).

Se trata, sin duda, de líderes cristianos que habían abandonado las enseñanzas rectas, que no daban importancia a la moral, y que creían que no era necesario cumplir ningún mandamiento para salvarse (2 Pe 2,21). Bastaba con conocer en teoría a Jesucristo y nada más.

Un día de mil años

Con respecto al segundo punto, que enseñaban doctrinas falsas, el único error que el autor menciona expresamente es que no creían en la parusía, es decir, en la segunda venida del Señor. Al respecto afirma:

En los últimos días aparecerán hombres llenos de sarcasmo y de codicia, que se burlarán diciendo: «¿En qué quedó la promesa de su venida? Porque desde que murieron nuestros padres en la fe [la primera generación cristiana], todo sigue igual que al comienzo del mundo» (2 Pe 3,3-4).

Los primeros cristianos habían creído que la segunda venida de Jesucristo iba a ser inminente, como vemos en la oración más antigua a Jesús que se conserva: «Ven, Señor» (1 Cor 16,22). Otros escritos del Nuevo Testamento también

conservan huellas de la creencia de un pronto regreso de Jesús a la tierra. Pero el tiempo había pasado (estamos en el año 125), y la tardanza había generado muchas dudas y desaliento en algunos, lo cual fue aprovechado por aquellos maestros que enseñaban que el Señor ya no volvería.

Frente a esto, el autor trata de explicar por qué se retrasa la parusía. Da dos argumentos: a) la forma que Dios tiene de calcular el tiempo es diferente a la nuestra; para él, mil años son como un día; no hay pues ningún retraso, sino un cálculo equivocado (2 Pe 3,8); b) Jesús no se apura en venir para darnos un poco más de tiempo, de modo que puedan convertirse los que aún faltan por hacerlo (2 Pe 3,9).

No basta la Biblia

Además de estos dos temas (el valor de la moral cristiana y la segunda venida de Jesús), 2 Pedro es un escrito importante para nosotros porque expone, aunque en forma incipiente, la doctrina de que la Biblia sola no basta, y que es necesaria la tradición.

En efecto, hacia el final el autor escribe que:

Hay [en las cartas de Pablo] algunos puntos difíciles de entender, que los ignorantes y débiles interpretan torcidamente para su propio daño, como lo hacen también con las demás Escrituras (2 Pe 3,16).

Es un texto fundamental porque por primera vez en la Biblia, de forma explícita, se pone un escrito del Nuevo Testamento (las cartas de Pablo) al mismo nivel de «las demás Escrituras» (el Antiguo Testamento). Es decir, se reconoce que tanto

el Antiguo como el Nuevo Testamento están inspirados.

Pero además, al lamentar que algunos interpreten torcidamente las Escrituras, plantea por primera vez cómo deben entenderse estas. Y concluye:

Sépanlo bien: ninguna profecía de la Escritura puede ser interpretada por cuenta propia, pues ninguna profecía ha venido por iniciativa humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo han hablado de parte de Dios (2 Pe 1,20-21).

Adelantando el Concilio

Tenemos aquí, en forma embrionaria, la cuestión teológica que más tarde se llamará «De las fuentes de la revelación», y que por primera vez elaborará el dominico español Melchor Cano en 1563. La misma consiste en preguntarse: ¿solo a través de la Biblia habla Dios? ¿Es esa la única fuente de su palabra o hay también revelación divina en algún otro lugar?

El autor de 2 Pedro responde que la Biblia sola no basta, porque esta puede ser tergiversada. Hace falta una interpretación asistida por el Espíritu Santo. Y esta interpretación, según el autor, la ofrece la «tradición de los apóstoles» (2 Pe 3,2). Por eso se esfuerza en nombrar a Pedro (como supuesto autor) y a Pablo (como autor de cartas inspiradas), que eran en aquella época los máximos referentes de la tradición apostólica.

Mil novecientos años más tarde, el Concilio Vaticano II retomará esta idea en un documento llamado Dei Verbum, y dirá solemnemente que «la Tradición y la Escritura son las que constituyen el depósito sagrado de la palabra de Dios,

confiada a la Iglesia» (n.º 10). El anónimo autor de 2 Pedro podía descansar tranquilo. A pesar de los falsos maestros, fueron sus ideas las que terminaron aceptándose en la Iglesia.

El hombre que abrió las puertas

Un maestro anónimo del siglo II compuso el último libro de la Biblia. Sin embargo, decidió firmarlo como Pedro. ¡Qué humildad debió de haber tenido para adjudicarle a otro su genial escrito! Pensó que no era importante que su nombre apareciera encabezando el texto, y prefirió atribuirlo a Pedro, a pesar de que se sentía autorizado para hacerlo. Por eso hasta el día de hoy, cada vez que leemos esa carta, todos recordamos a Pedro, mientras que el nombre del modesto escribiente se ha perdido para siempre.

Tal vez algo de esto debería pasar más seguido en la Iglesia. En vez de buscar la propaganda personal, el éxito individual, la grandeza propia, a la que el hombre es tan afecto y que tanto daño ha provocado en las instituciones, en los conventos y entre los ministros, generando celos y envidias, quizás haya que esconderse un poco más para que aparezca Pedro. Para que los aplausos y las alabanzas se los lleve la comunidad, el grupo, el bien común y no el pequeño iluminado que hay dentro de cada uno de nosotros.

Esto sería mucho más sano en la historia de la Iglesia. Y quizás el apóstol Pedro, allá donde esté, abrazado al humilde escritor de este hermoso testamento, sonría satisfecho.

Para continuar la lectura

J. O. Tuñí – X. Alegre, Escritos joánicos y cartas católicas, Editorial Verbo Divino, Estella 2022.

19

¿Cuál fue la primera traducción de la Biblia?

Un acontecimiento insólito

Desde hace siglos la Biblia viene siendo traducida a las diferentes lenguas del mundo. Actualmente se encuentra (completa o parcialmente) en 2.287 idiomas. O sea, que el 90 % de la humanidad puede leerla en su propia lengua. Pero ¿cuándo fue traducida por primera vez?

La más antigua traducción de la Biblia en realidad abarcó solo el Antiguo Testamento, porque el Nuevo aún no existía; y fue realizada al griego en el siglo III a.C. Se trató de un acontecimiento insólito y revolucionario, que marcó para siempre la historia bíblica posterior. Por un lado, ayudó a que los judíos piadosos, que ya no entendían el hebreo y solo hablaban griego (la lengua más extendida en el oriente antiguo), pudieran volver a leer las Escrituras. Pero debido a un acontecimiento imprevisto, terminó generando un enorme dolor, abrió profundas heridas y su recuerdo se convirtió en un día de luto nacional.

Esta es la historia de una de las traducciones más famosas y más polémicas que jamás haya existido.

La ciudad en la ciudad

Todo comenzó en el siglo III a.C. en la ciudad de Alejandría, por entonces capital de Egipto. Allí habitaba una comunidad de judíos que se había ido formando y creciendo gradualmente. Debido a las buenas perspectivas económicas que Egipto ofrecía, el país del Nilo se había convertido en uno de los destinos preferidos de quienes buscaban mejores perspectivas de vida.

Con el tiempo la inmigración judía se volvió tan numerosa, que en pocas décadas Alejandría pasó a ser la segunda comunidad judía más grande del mundo, después de Jerusalén. Del millón de habitantes que tenía la ciudad, unos 100.000 eran judíos. Estos se dedicaban a toda clase de profesiones y practicaban todos los oficios, desde agricultores a recaudadores de impuestos, pasando por artesanos, preceptores y militares.

Las murallas de la ciudad de Alejandría tenían un perímetro de 15 kilómetros, e incluían cinco barrios, conocidos por las cinco primeras letras del alfabeto. El cuarto, o «Delta», era el barrio exclusivo de los judíos. Gozaban de tanto prestigio que se les permitió tener sus propias leyes, sus autoridades y sus jueces para resolver los litigios que surgían entre ellos. Es decir, el barrio Delta formaba una especie de ciudad dentro de la ciudad, aunque supeditada al Gobierno central egipcio.

El Dios bilingüe

Ahora bien, los judíos alejandrinos se regían internamente con las leyes de Biblia, es decir, con en el Pentateuco; y este se hallaba escrito en hebreo. Las autoridades egipcias, pues, se veían en problemas para supervisar la administración del barrio judío, porque como en Egipto se hablaba en griego, les resultaba difícil saber si los funcionarios judíos aplicaban correctamente o no las leyes. Por esta razón, hacia el año 250 a.C. el rey Tolomeo II (282-246 a.C.) solicitó a un grupo de judíos de Alejandría que tradujeran sus leyes a la lengua griega, para que tanto el monarca como sus funcionarios pudieran conocer las

normas que regían aquella comunidad.

Los traductores emprendieron la tarea basándose en la versión del Pentateuco que se utilizaba en las sinagogas de Alejandría, llamada «versión alejandrina». Era una versión con ligeras diferencias respecto de la que circulaba en Israel. Cuando los sacerdotes judíos de Jerusalén se enteraron de esta traducción, no lo vieron con buenos ojos. Para ellos, la Ley que acababa de traducirse en Alejandría no era solo un código de normas: era la Palabra de Dios; y esta solo debía leerse en hebreo, la lengua sagrada de Israel. Sin embargo, la traducción estaba hecha y la tuvieron que aceptar, aunque con reticencia.

En cambio los judíos de Alejandría estaban felices. Muchos ya no entendían el hebreo, y tantos años de no poder leer sus Escrituras había provocado en ellos una crisis de identidad, y había llevado a algunos a abandonar la fe. Ahora la inesperada traducción ordenada por el rey Tolomeo significaba el reencuentro con sus tradiciones y la vuelta a su religión.

Los 72 transformados en 70

Con el paso del tiempo, en Alejandría creció tanto la admiración por la Biblia griega que se fueron olvidando las verdaderas circunstancias de su traducción; y en su lugar surgieron leyendas fantásticas para contar su origen. Esas leyendas las conocemos gracias a un autor anónimo, que las recogió hacia el año 200 a.C. en una pequeña obra llamada La Carta de Aristeas, con el fin de inculcar la veneración y el respeto por esta nueva versión de la Biblia. ¿Qué cuenta La Carta de Aristeas?

Dice que cierto día Demetrio, director de la Biblioteca de Alejandría, le pidió al rey Tolomeo II incorporar a la biblioteca la Ley sagrada de los judíos, por ser

una obra religiosa muy importante. A Tolomeo II le pareció bien la idea y mandó un emisario a Jerusalén, llamado Aristeas, para pedirle al Sumo Sacerdote Eleazar un manuscrito hebreo oficial de la Ley, y algunos traductores especializados. El Sumo Sacerdote estuvo de acuerdo y envió a Alejandría a 72 ancianos (6 por cada una de las 12 tribus de Israel) junto con un pergamino de la Ley escrito en letras de oro. Los 72 doctores llegaron a Egipto, y fueron alojados en 72 habitaciones, donde trabajaron 72 días. Cuando terminaron, leyeron la traducción en público, y todos comprobaron su perfección. En recuerdo de esos 72 ancianos, el texto pasó a llamarse «Versión de los Setenta» o «Septuaginta», a veces abreviada como «LXX».

La propaganda exitosa

Aquí termina el texto de Aristeas. Pero más tarde surgieron nuevas historias legendarias, como la que decía que, cuando los ancianos terminaron sus trabajos y los compararon, las 72 traducciones griegas coincidían exactamente palabra por palabra, lo cual es imposible. Estas ficciones pretendían recalcar, especialmente a los recelosos judíos de Israel, que la traducción griega también estaba inspirada por Dios, y gozaba de la misma autoridad que la Biblia hebrea, de la cual había sido traducida.

La Carta de Aristeas y las demás leyendas dieron sus frutos. De a poco la idea de que la Biblia griega estaba divinamente inspirada se fue imponiendo no solo entre los judíos, sino también entre los cristianos. Muchos Padres de la Iglesia (como san Ireneo, Clemente de Alejandría, Cirilo de Jerusalén, san Epifanio y san Agustín) aceptaron el relato de La Carta de Aristeas y admitieron su inspiración.

Por culpa de las vocales

Volviendo a los hechos históricos, el rey Tolomeo al parecer quedó satisfecho con la Ley judía en griego (o Pentateuco), pues le venía bien para controlar el barrio Delta. En cambio los judíos alejandrinos quisieron seguir con la traducción y añadir los libros de la Biblia que faltaban.

El primero que se agregó, hacia el año 200 a.C., fue el de los Salmos, por la gran importancia que este tenía en la liturgia y en la oración. Por fin los judíos de Alejandría podían entender qué era lo que rezaban cada día.

Poco después, hacia el 180 a.C., se tradujo el libro de Samuel y el de Reyes. Pero aquí se incorporó una novedad. En hebreo había un solo libro de Samuel y uno de los Reyes. Al traducirlos al griego, estos pasaron a tener casi el doble de tamaño, debido a que el hebreo se escribía solo con consonantes, mientras que el griego incluía las vocales. Los rollos de papiro empleados se volvieron demasiado grandes y poco manejables, y hubo que dividir cada una de esas obras en dos. Así, pasó a haber dos libros de Samuel y dos libros de los Reyes. Esta división es la que tienen actualmente nuestras Biblias modernas.

Alrededor del 160 a.C. se tradujo el libro de los Doce Profetas, que incluía a los llamados doce Profetas Menores. También aquí los traductores decidieron hacer doce libros separados para que no resultara demasiado voluminoso. Nosotros hoy conservamos esa división de doce libros distintos. Luego, hacia el 150 a.C., se añadió Ezequiel, Isaías, Reyes y Jueces. El de Ester se tradujo hacia el 115 a.C. Alrededor del 100 a.C., los libros de Daniel, Esdras, Job y Proverbios. El último fue el Eclesiastés, traducido hacia el 50 d.C.

Esto hizo que la Septuaginta quedara conformada por traducciones de diferente calidad y época, algunas de las cuales no solo son «traducciones» sino también «adaptaciones» para los nuevos tiempos.

Fiesta en las habitaciones

Con el paso de los años, los mismos judíos que vivían en Palestina y que hablaban griego, se mostraron interesados en la Septuaginta. Comenzaron entonces a traducir allí algunos libros bíblicos que faltaban. Las versiones de Rut, Eclesiastés, Cantar de los Cantares y Lamentaciones vieron la luz en suelo palestino.

Pero no solo tradujeron los libros oficiales de la Biblia. También tradujeron (y además compusieron) otras obras que no formaban parte de las Escrituras hebreas. Así, pronto se incorporaron a la Septuaginta alejandrina libros como el de Tobías, Judit, Sabiduría, Eclesiástico, 1er libro de Esdras, 1er y 2.º libro de los Macabeos, 3er y 4.º libro de los Macabeos, Baruc, Las Odas, y los Salmos de Salomón.

Toda esta inmensa tarea de traducción duró más de 300 años, y finalizó alrededor del año 50 d.C.

A mediados del siglo I d.C. la devoción por la Septuaginta creció tanto, que los alejandrinos fijaron un día al año para celebrar su aparición. Ese día la gente peregrinaba hasta la isla de Faros, donde la leyenda decía que habían trabajado los 72 ancianos, veneraban sus habitaciones y daban gracias a Dios por haber permitido el surgimiento de la Septuaginta. Fue tal la fascinación por la Biblia griega que hasta los grandes escritores judíos de la época, como Filón de Alejandría y Flavio Josefo, le dieron su respaldo oficial y prefirieron citarla a ella en sus obras, en lugar del texto hebreo.

Pero a fines del siglo I d.C. un hecho imprevisto vino a opacar la fama de la Septuaginta, e hizo que los mismos judíos que antes la habían venerado, comenzaran a despreciarla. ¿Qué fue lo que sucedió?

La muchacha convertida en virgen

Cuando surgieron las primeras comunidades cristianas, también ellas empezaron a usar la Septuaginta como libro religioso, es decir, como su Antiguo Testamento. Y sus integrantes comenzaron a basarse en ella cuando discutían con los judíos que no aceptaban a Jesús como Mesías.

¿Por qué? Porque la Septuaginta tenía varias adaptaciones que no estaban contenidas en el original hebreo, y que favorecían a los cristianos en sus debates. Veamos algunos ejemplos. El Sal 40,7 decía en hebreo: «No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me abriste el oído». Quería decir que Dios no desea sacrificios, sino que uno tenga el oído abierto a su palabra. Pero en la Septuaginta se tradujo: «No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me diste un cuerpo». Con este cambio, los cristianos decían que esas palabras («me diste un cuerpo») profetizaban la venida de Jesús a la tierra con un cuerpo humano.

Lo mismo ocurría con el Sal 16,10. El salmista le pide a Dios que lo libre de la muerte y dice: «No dejarás a tu amigo ver la tumba». Pero la Septuaginta puso: «No dejarás a tu amigo ver la corrupción». Y los cristianos decían que ahí estaba profetizada la resurrección de Jesús, cuyo cuerpo no experimentó la corrupción.

El más famoso cambio que se hizo en la Septuaginta es el del libro de Isaías. El texto hebreo decía: «Una muchacha ha concebido y dará a luz un hijo, a quien pondrá por nombre Emmanuel» (Is 7,14). El traductor griego en vez de «muchacha» puso «virgen», pensando que la «muchacha» era Jerusalén, a la que suele llamarse «virgen». Entonces los cristianos decían que esa «virgen» era María, y que allí estaba profetizada la concepción virginal de Jesús. Así pensó también san Mateo, por eso cuando escribió su evangelio, dice que en María se cumple la predicción de Isaías (Mt 1,22-23). Si Mateo hubiera buscado en el

texto hebreo, no habría encontrado esta profecía.

De la fiesta al luto

Los judíos, al ver que los cristianos basaban muchos de sus argumentos en la Septuaginta, comenzaron a mirarla con malos ojos. Y a fines del siglo I d.C. decidieron abandonarla, argumentando que no era fiel al original hebreo. Y la despreciaron de tal manera que ordenaron reemplazar la antigua fiesta en su honor por un día de duelo y ayuno, debido al enorme daño que la Septuaginta había causado al mundo judío. Hasta el día de hoy, el 10 de Tebet (que cae a mediados de diciembre), los judíos ayunan en recuerdo de aquella funesta traducción.

En cambio los cristianos siguieron usándola. Pasó a ser su Antiguo Testamento oficial (en vez del texto hebreo), su fuente de espiritualidad, y el fundamento de su fe. Por eso, al escribirse el Nuevo Testamento, sus autores, de las 350 veces que citan el Antiguo Testamento, unas 300 (el 86 %) lo hacen empleando la Septuaginta.

Se dio así la paradoja de que una Biblia que había nacido en Alejandría para satisfacer las necesidades de los judíos, terminó convirtiéndose, a tres siglos de su aparición, en la Biblia oficial del cristianismo naciente. Esta fue la Biblia que acompañó a los misioneros cristianos hasta los confines del Imperio romano. Y esta fue la que impulsó la realización de nuevas traducciones (por ser ella misma una traducción). Pronto se vertió a las principales lenguas tanto de oriente (copto, armenio, georgiano y etiópico) como de occidente (latín, gótico y eslavo antiguo), facilitando la expansión del cristianismo. La Septuaginta fue una de las principales estrategias que aseguraron el éxito de la naciente Iglesia cristiana.

Herencias que quedaron

Actualmente la Iglesia ya no emplea la Septuaginta. Desde mediados del siglo XX, considera que su Antiguo Testamento es la Biblia hebrea, por ser el texto original, mientras que la Septuaginta es una traducción. Sin embargo, ha dejado muchas huellas en su lenguaje religioso. Por ejemplo, mientras la Biblia hebrea hablaba de la Alianza de Dios con su pueblo, la Septuaginta decía Testamento; por eso hasta el día de hoy se habla de Antiguo Testamento y Nuevo Testamento, en vez de Antigua Alianza y Nueva Alianza. Asimismo los nombres de «Génesis», «Éxodo», Levítico», «Números» y «Deuteronomio» provienen de la Septuaginta; en el original griego se llaman Bereshit, Shemot, Waikrá, Bemidbar y Debarim.

También de ella hemos sacado la costumbre de decir que Moisés cruzó el mar Rojo, en vez del mar de las Cañas, como escribe el texto hebreo (Ex 13,18). Además, la Biblia hebrea nombra solo seis dones del Espíritu Santo (Is 11,2), mientras que la Septuaginta nombra siete, de donde la tradición cristiana los ha tomado.

Finalmente, a esta traducción le deben los católicos siete libros que hoy están en su Biblia: Tobías, Judit, 1 y 2 Macabeos, Sabiduría, Eclesiástico y Baruc. No están en la Biblia hebrea, pero ellos los han tomado de la Septuaginta. Aunque hay que reconocer que rechazaron otros cinco que estaban en la versión griega: 1 Esdras, 3 y 4 Macabeos, las Odas y los Salmos de Salomón.

Una nueva osadía traductora

Hace 2.300 años, alguien tuvo la osadía de traducir la Palabra de Dios a una lengua que no era sagrada. Fue el proyecto de traducción más grande jamás

realizado en el mundo antiguo. Una producción intelectual gigantesca en la que se intentó volcar las ideas, leyes, creencias y prácticas del mundo semita a conceptos griegos. Algunos lo consideraron una bendición; otros, una desgracia. Lo cierto es que el haber adaptado la Biblia a la cultura de entonces tuvo un alcance religioso incalculable. Se convirtió en el principal instrumento de expansión evangélica, y gracias a ella pudo propagarse rápidamente el cristianismo. Si la Iglesia hubiera tenido solo la Biblia hebrea, difícilmente habría tenido el éxito y la difusión que tuvo. Millones de creyentes hoy le deben su fe y su encuentro con Dios a esta arriesgada empresa.

Pero hacen falta nuevas osadías para difundir y propagar la Palabra de Dios en el mundo y en la cultura moderna. Hace falta que aparezcan otros «70 ancianos» que, desafiando el riesgo de que se los acuse de profanar, deshonrar o superficializar la Biblia, la liturgia y la doctrina cristiana, la adapten al habla de la gente de todos los días y la hagan entender a los más alejados. Muchos creyentes que viven en la «diáspora» de la Iglesia, y que transitan por la frontera de la fe sin terminar de entenderla, se lo agradecerán.

Para continuar la lectura

T. M. Law, Cuando Dios habló en griego. La Septuaginta y la formación de la Biblia cristiana, Sígueme, Salamanca 2014.

E. Bons (ed.), La Septuaginta. ¿Por qué resulta actual la Biblia griega?, Editorial Verbo Divino, Estella 2018.

20

¿Quién reunió los libros del Nuevo Testamento?

Por una carta pascual

Corría el año 367. El obispo Atanasio de Alejandría (Egipto) solía mandar cada domingo de Pascua a sus comunidades una carta circular con instrucciones y enseñanzas. Aquel año decidió incluir en ella el nombre de los 27 libros que debían formar parte del Nuevo Testamento, y que la Iglesia consideraba como inspirados. Esa carta, conocida como la Carta Pascual 39, se convirtió así en el primer documento de la Iglesia, que conocemos nosotros, con la lista completa (o «canon») de todos los libros del Nuevo Testamento, tal como lo tenemos hoy.

Hacía más de 200 años que se había terminado de escribir el Nuevo Testamento. El último libro se había compuesto alrededor del año 125. ¿Por qué la Iglesia demoró tanto en formar esta colección? ¿Quién comenzó a armarla? ¿En qué se basaron para aceptar algunos libros como inspirados y rechazar otros?

Predicar, no escribir

Jesús de Nazaret asumió como Palabra de Dios lo que nosotros llamamos el Antiguo Testamento. Lo sabemos porque cuando los judíos citaban un libro con valor de Palabra de Dios decían: «Está escrito». Y varias veces hallamos en su boca esa expresión. Por ejemplo, cuando Satanás lo tienta en el desierto para convertir las piedras en pan, le contesta: «No, porque está escrito (en el Deuteronomio): “no solo de pan vive el hombre”» (Mt 4,4). Cuando expulsa a

los vendedores del Templo, les dice: «Está escrito (en Isaías): “mi Casa será llamada Casa de oración”» (Mt 21,13). Y cuando anuncia su futura pasión, dice: «Está escrito (en Zacarías): “heriré al pastor y se dispersarán las ovejas”» (Mt 26,31).

Los primeros cristianos, que también eran judíos, aceptaron igualmente como Escritura Sagrada el Antiguo Testamento.

Pero poco a poco empezaron a darles un lugar especial a las enseñanzas que había impartido Jesús. Estas se comunicaban solo oralmente, no por escrito, ya que la orden dada por el Maestro durante su vida había sido la de ir a predicar (Mc 3,14; 6,7), no la de ir a escribir libros. Además, los primeros cristianos pensaban que la llegada del Reino de Dios estaba muy cerca, como les había dicho Jesús (Mc 1,15; 9,1). Y si su aparición era inminente, no había tiempo de editar libros. Urgía salir a predicar.

Las tres razones

A medida que transcurría el tiempo, los cristianos vieron que el Reino de Dios no llegaba. Por otra parte, empezaron a morir los discípulos que habían sido testigos de la vida de Jesús. Surgieron además nuevas comunidades cristianas en ciudades lejanas a las que no se podía visitar personalmente, y era necesario enviarles alguna enseñanza por escrito.

Estas tres razones hicieron que, poco a poco, aparecieran los primeros textos que luego formarán el Nuevo Testamento. El primero fue la 1.ª carta de Pablo a los Tesalonicenses, escrita alrededor del año 50. Más tarde surgieron otras cartas suyas. A partir del año 70 se compusieron los cuatro evangelios y los Hechos de los Apóstoles. Después el Apocalipsis. Finalmente aparecieron nuevas cartas de

diferentes autores.

Así, lentamente empezó a circular entre las comunidades cristianas una amplia literatura. Algunos escritos adquirieron pronto tanta autoridad y prestigio que empezaron incluso a leerse durante las celebraciones litúrgicas, antes reservadas solo para el Antiguo Testamento.

Iguales a los antiguos

A comienzos del siglo II algunas de esas obras adquirieron tanta importancia, que se les empezó a asignar una autoridad parecida a la del Antiguo Testamento.

La primera vez que encontramos esto es en la 2.ª carta de Pedro, compuesta hacia el año 125. En ella el autor cuenta que algunos «ignorantes y débiles» interpretaban mal las cartas de Pablo «como también las demás Escrituras», es decir, el Antiguo Testamento (2 Pe 3,16). Al hablar de «las demás» Escrituras, estaba considerando a las cartas paulinas también como Escritura. Por primera vez, unos textos cristianos aparecen al mismo nivel que el Antiguo Testamento. Pero lamentablemente el autor no dice a qué cartas se refería, de modo que no podemos saber cuáles fueron las primeras obras cristianas consideradas inspiradas.

Poco después, hacia el año 131, encontramos el primer libro del Nuevo Testamento citado expresamente como Escritura. La llamada Epístola de Bernabé cita una frase de san Mateo (Mt 22,14) con la fórmula propia de los Libros Sagrados («Está escrito»). Mateo pasó a ser, pues, el primer libro del Nuevo Testamento reconocido y citado como Palabra de Dios en la historia de la Iglesia. Poco después, hacia el 150, la llamada Segunda carta de Clemente cita el evangelio de Marcos (Mc 11,17) con la misma fórmula sagrada.

Ni su padre lo acogió

A mediados del siglo II tenemos ya las cartas de Pablo y dos evangelios al mismo nivel que el Antiguo Testamento. Pero la Iglesia primitiva ni siquiera soñaba todavía con «crear» un Nuevo Testamento, es decir, una lista oficial de libros cristianos tan sagrada como el Antiguo.

Sin embargo, en ese momento ocurrió algo que hizo cambiar las cosas: surgió una nueva corriente cristiana, considerada herética y conocida como «marcionismo». Era un movimiento fundado por Marción, un rico comerciante de la ciudad de Sínope (al norte del Asia Menor, la actual Turquía). Su padre era obispo, y pertenecía a la alta clase social. Pero Marción pronto empezó a desarrollar ideas muy extrañas, y en su ciudad natal comenzaron a mirarlo con malos ojos. Su padre le hizo notar lo equivocado de sus creencias, pero él se mantuvo en su postura. Entonces fue excomulgado por su propio padre y expulsado de la iglesia de Sínope.

Excluido de la comunidad, en el año 140 se trasladó a Roma para incorporarse a los cristianos locales. Al principio fue muy bien aceptado porque parecía un creyente fervoroso. Pero cuando comenzó a exponer sus ideas, estas causaron un fuerte malestar. Quiso explicarlas mejor, y para ello escribió un libro titulado Antítesis, pero este resultó tan escandaloso que en julio del año 144 fue excomulgado por segunda vez, y sus libros destruidos. Ninguno ha llegado hasta nosotros.

La lista del hereje

¿Qué enseñaba Marción?

Según él, el Dios del Antiguo Testamento, llamado Yahvé, no es el mismo Dios de Jesucristo. Aquel era un Dios malvado, cruel y perverso, que imponía la Ley, mandaba castigos a los hombres y permitía las guerras. En cambio el Dios de Jesucristo era un Dios bondadoso y compasivo, lleno de amor y misericordia. Por eso, decía Marción, los cristianos no debían admitir el Antiguo Testamento, porque contenía la palabra de un Dios malvado. Solo debían leer libros cristianos, que eran la única Escritura verdadera. ¿Y qué libros cristianos había que leer? Marción compuso una lista que, según él, eran los únicos inspirados. Fue el primero y más antiguo canon que se formó del Nuevo Testamento. Las obras que Marción aceptaba eran:

a) un evangelio: el de Lucas, aunque con algunos recortes. A los otros tres los consideraba demasiado judíos;

b) 10 cartas de Pablo. Dejó afuera la 1.ª y 2.ª carta a Timoteo, y la Carta a Tito.

O sea que el primer canon del Nuevo Testamento que conocemos apareció en Roma, su autor fue un cristiano considerado hereje y contenía solo 11 libros.

Marción terminó fundando su propia iglesia, y aunque murió en el año 160, su movimiento tuvo gran éxito y perduró hasta el siglo V.

Una Biblia interminable

El marcionismo no fue el único problema que surgió entre los primeros cristianos. Casi simultáneamente apareció otra corriente nueva, también considerada herética, llamada «montanismo» por el nombre de su fundador, Montano.

Oriundo de Ardabav, en Frigia (Asia Menor), Montano había sido un sacerdote pagano de la diosa griega Cibeles, convertido al cristianismo. Al principio se mostró como un creyente muy devoto; pero hacia el año 155 se desvió de la ortodoxia y empezó a enseñar que él era el Paráclito, es decir, el Espíritu Santo que Jesús había prometido enviar a la tierra (Jn 14,16; 16,12-13), para revelar la verdad completa a los cristianos. Según Montano, sus palabras y enseñanzas debían considerarse tan sagradas como las de Jesús porque contenían las nuevas revelaciones prometidas. Basándose en esto, compuso algunos textos y pretendió que se los tuviera como inspirados. Se fue, pues, al otro extremo de Marción. Mientras este rechazaba ciertos libros, Montano agregaba otros.

Frente a estas dos posturas, la comunidad cristiana de Roma no tardó en reaccionar. Se dio cuenta de que debía confeccionar una lista o canon de libros oficiales a fin de acabar con la inseguridad que causaban estas herejías. Así, en el año 170 elaboró un elenco de libros considerados sagrados, que hoy se conoce como el Canon de Muratori, debido al nombre de Luis Muratori, que fue quien lo descubrió en 1740 en la Biblioteca Ambrosiana, de Milán. Se trata del primero y más antiguo canon del Nuevo Testamento que existió de la Iglesia oficial. Tenía 24 libros (13 más que el canon de Marción), y era muy parecido a nuestro canon actual. Solo le faltaban 5 obras: la Exhortación a los Hebreos, la Carta de Santiago, la 1.ª y 2.ª carta de Pedro, y la 3.ª carta de Juan. Pero incluía 2 libros que no correspondían, según nuestro canon actual: la Sabiduría de Salomón y el Apocalipsis de Pedro.

Los criterios aplicados

Este primer canon fue un gran paso en la historia de la Biblia, aunque solo era obligatorio para la Iglesia de Roma.

Poco después, los obispos de otras comunidades empezaron también a elaborar sus propios cánones, que, si bien no siempre eran coincidentes, servían al menos para frenar el peligro de las posibles desviaciones. Así, a fines del siglo II en las Galias (Francia), el obispo Ireneo de Lyon elaboró un canon de 20 libros; en el norte de África, el teólogo Tertuliano admitió 23 libros; y en Oriente, el obispo Clemente de Alejandría aceptó 22 libros.

¿Qué criterios siguieron las autoridades de la Iglesia para discernir qué libros debían incorporarse y cuáles no? No lo sabemos a ciencia cierta, pero podemos deducir, gracias a algunos escritos eclesiásticos posteriores, que fueron al menos tres: a) el libro tenía que proceder de un apóstol de Jesús, o de alguien que hubiera estado en contacto con alguno de ellos, para garantizar su relación con el Maestro; b) su contenido debía coincidir con la fe de las comunidades cristianas principales, y evitar cualquier doctrina sospechosa; c) tenía que haber sido empleado en la liturgia y en las celebraciones de las comunidades cristianas principales.

La duda de los siete

Siguiendo estos principios, hacia el año 200 habían sido admitidos por la mayoría de las iglesias los siguientes libros: los 4 evangelios, las 13 cartas de Pablo, los Hechos de los Apóstoles, la 1.ª carta de Pedro y la 1.ª carta de Juan. También en el año 200 aparece por primera vez la expresión «Nuevo Testamento» para referirse al conjunto de libros cristianos considerados Palabra de Dios. La creó el escritor Tertuliano, de Cartago. Ahora se estaba en condiciones de distinguir entre el «Antiguo» y el «Nuevo Testamento» como dos partes diferentes de la misma Biblia.

Solo un pequeño grupo de libros seguía generando ciertas dudas, pues parecían no cumplir con los requisitos necesarios. Eran siete:

a) La Exhortación a los Hebreos. Porque en algunos párrafos (como 6,4-6 y 10,26-31) parecía negar la posibilidad del perdón de los pecados cometidos después del bautismo.

b) La Carta de Santiago. Porque no dice ni una palabra sobre Jesucristo, fuera de nombrarlo de pasada (Sant 1,1; 2,1). Se parece más a un texto judío que un libro cristiano.

c) La 2.ª carta de Pedro. Porque al compararla con la 1.ª carta de Pedro resulta muy distinta. ¿Cómo aceptar que proceden del mismo autor?

d) La 2.ª y 3.ª carta de Juan. Porque tanto su extensión (apenas pocos versículos) como su temática parecían de escasa importancia para ser textos inspirados.

e) La carta de Judas. Porque cita como autorizados tres libros que no eran bien vistos por las comunidades (El Testamento de los 12 Patriarcas, 1er libro de Henoc y La Asunción de Moisés).

f) El Apocalipsis. Porque su particular género literario, con visiones confusas y mensajes poco claros, se prestaban a malentendidos.

Decisiones posteriores

Sin embargo, poco a poco también estos libros fueron encontrando aprobación entre los representantes eclesiales. En el año 235, el teólogo Hipólito de Roma acogió la 2.ª carta de Pedro. En el 240, Orígenes admitió el Apocalipsis y la Exhortación a los Hebreos. Y en el 250, Dionisio de Alejandría reconoció la 2.ª y 3.ª carta de Juan. Así llegamos al año 367, en el que el obispo Atanasio de Alejandría escribió su famosa Carta Pascual, donde por primera vez encontramos que alguien acoge el canon completo de 27 libros del Nuevo Testamento, tal como lo tenemos hoy.

Todas estas decisiones habían sido tomadas por personas particulares, y por lo tanto tenían un valor relativo. Sin embargo, poco después también los concilios eclesiales, es decir, las asambleas de varios obispos, comenzaron a fijar los 27 libros del Nuevo Testamento.

En Occidente, la primera vez que un concilio oficial aceptó el canon completo de los libros fue el de Roma del año 382, presidido por el papa Dámaso. En Oriente, el primer concilio en hacerlo fue el de Hipona (norte de África), del año 393, convocado por san Agustín.

Estos concilios, por su parte, también eran meramente regionales, de manera que sus decretos seguían teniendo un alcance limitado. No todas las iglesias cristianas reconocían la autoridad de estos cónclaves.

Aun así, a partir del siglo VI, tanto en Oriente como en Occidente, se empezó a adoptar de hecho, y de manera pacífica, el canon de 27 libros; y desde entonces ya no hubo discusiones. Actualmente es el canon de la mayoría de las iglesias cristianas, con excepción de la iglesia Siria Nestoriana (que tiene solo 22 libros: eliminó 2 Pe, 2 y 3 Jn, Jds y Ap), la iglesia copta de Egipto (que admite 29

libros: incluye dos epístolas de Clemente) y la iglesia etíope (que los eleva a 31, pues agrega 4 libros: «El Sínodo», «Clemente», «El Libro de la Alianza», y «La Didascalia»).

En el año 1441, por primera vez un Concilio Universal menciona la lista de los 27 libros del Nuevo Testamento: el Concilio de Florencia. Pero los nombra de pasada, sin pretender expresar un dogma de fe.

Finalmente en 1517, cuando el debate sobre el canon del Nuevo Testamento parecía ya concluido, la discusión resurgió nuevamente con fuerza debido al monje Martín Lutero, quien había manifestado sus dudas sobre 4 libros: Santiago, Hebreos, Judas y Apocalipsis. Entonces la Iglesia católica, para terminar de una vez con el problema, declaró definitivamente, como dogma de fe, que el Nuevo Testamento completo consta de 27 libros. Lo hizo en el Concilio de Trento, el 8 de abril de 1546.

Ponía así punto final a una controversia de más de 1400 años.

De la mano de la Iglesia

¿Quién reunió los libros del Nuevo Testamento? Nadie. Fue la práctica de las primeras comunidades y de las iglesias locales la que poco a poco fue aceptando unos libros y dejando de lado otros, hasta que en el siglo IV las autoridades eclesiásticas oficializaron la colección.

Cuando tomamos hoy la Biblia en nuestras manos, y la leemos como si fuera una obra escrita de corrido, no imaginamos los grandes debates y discusiones que hubo a lo largo de la historia para formar esa colección. Fue un proceso largo,

lento y atormentado, que muestra cómo muchas de estas cuestiones religiosas no se resuelven de golpe, por iluminación directa de Dios. Al contrario, necesitan aportes sucesivos y plurales que ayuden a enriquecer la mirada y afinar las decisiones. Pero una cosa es cierta: fueron la fe y la vida de las comunidades cristianas las que llevaron a la formación de los escritos, no al revés. No fue la Biblia la que creó a la Iglesia, sino la fe de la Iglesia la que dio origen a la Biblia. Lo decía muy bien san Agustín: «Yo no creería en los Evangelios, si la Iglesia no me lo hubiera enseñado».

Para continuar la lectura

Piñero (ed.), Orígenes del cristianismo. Antecedentes y primeros pasos, El Almendro, Córdoba 2004.

R. Penna, La formación del Nuevo Testamento en sus tres dimensiones, Editorial Verbo Divino, Estella 2012.

Editorial Verbo Divino

Avenida de Pamplona, 41

31200 Estella (Navarra), España

Teléfono: 948 55 65 11

Fax: 948 55 45 06

www.verbodivino.es

evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta: Francesc Sala

© Ariel Álvarez Valdés, 2022

© Editorial Verbo Divino, 2022

Edición digital: José M.ª Díaz de Mendívil

ISBN epub: 978-84-9073-783-5

(ISBN de la versión impresa: 978-84-9073-782-8)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).